

Germán Colmenares
Obra completa

Ensayos sobre
historiografía

TMI EDITORES • UNIVERSIDAD DEL VALLE
BANCO DE LA REPÚBLICA • COLCIENCIAS

GERMAN COLMENARES * Estudió Derecho en la Universidad del Rosario y Filosofía y Letras en la Universidad Nacional. Profesor en la Universidad de los Andes entre 1965 y 1966. Un año más tarde viaja a Chile para llevar a cabo estudios de posgrado. Obtiene el Doctorado en la Universidad de París en 1971, bajo la dirección de Fernand Braudel. En 1972 se vincula a la Universidad del Valle. Para ese entonces ha publicado *Pampiana y Tunja*, seguidos por *Historia económica y social de Colombia-I, Cali: terratenientes, mineros y comerciantes* e *Historia económica y social de Colombia-II*. Le es otorgada en 1985 la beca Guggenheim. Permanece dos años en Sevilla investigando en el Archivo de Indias. Se publica en 1985 *Las convenciones contra la cultura*. El manuscrito *El tránsito a sociedades campesinas de dos sociedades esclavistas en la Nueva Granada: Cartagena y Popayán*, es leído en varios foros en el transcurso del mismo año. Igualmente lee el manuscrito *La aparición de una economía política de Indias*. En diversos momentos actúa como profesor invitado de universidades latinoamericanas, norteamericanas y europeas.

Su relación con la metodología propia de la Escuela de Annales, así como con la de corte anglosajón acudiendo al análisis sistemático de fuentes documentales primarias, constituyen una ruptura fundamental con la historiografía tradicional. Este sesgo, que comparte con otros historiadores de su generación, hacen que su trabajo sea renovador, marcando de manera decisiva la llamada «Nueva Historia de Colombia».

La edición de Tercer Mundo se propone reunir en una colección los libros y artículos más significativos, incluyendo inéditos y ediciones agotadas. Se trata de hacer un trabajo crítico minucioso, cuidando y restaurando los textos y el aparato de notas, dándolos a conocer en la versión más autorizada, para deleite del curioso y placer del especialista.

* Bogotá, 1938, Cali, 1990

Biblioteca Germán Colmenares

ENSAYOS SOBRE HISTORIOGRAFÍA

por
GERMÁN COLMENARES



Universidad
del Valle



BANCO DE LA REPÚBLICA



COLCIENCIAS



EDITORES



ENSAYOS SOBRE HISTORIOGRAFÍA

por
GERMÁN COLMENARES



Universidad
del Valle



BANCO DE LA REPÚBLICA



COLCIENCIAS



EDITORES



EDITORES

• **TERCER MUNDO S.A.** SANTAFÉ DE BOGOTÁ

TRANSV. 2a. A. No. 67-27. TELS. 2550737 - 2551539. A.A. 4817. FAX 2125976

EDICIÓN A CARGO DE HERNÁN LOZANO HORMAZA
CON EL AUSPICIO DEL FONDO GERMÁN COLMENARES
DE LA UNIVERSIDAD DEL VALLE

Diseño de cubierta: Héctor Prado M., TM Editores

Primera edición: agosto 1997, TM Editores

© Marina de Colmenares

© TM Editores en coedición con la Fundación General de Apoyo
a la Universidad del Valle, Banco de la República y Colciencias

Esta publicación ha sido realizada con la colaboración financiera de Colciencias,
entidad cuyo objetivo es impulsar el desarrollo científico y tecnológico de Colombia

ISBN: 958-601-719-2 (Obra completa)

ISBN: 958-601-731-1 (Tomo)

Edición, armada electrónica, impresión y encuadernación:
Tercer Mundo Editores

Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

CONTENIDO

CIENCIA HISTÓRICA Y TIEMPO PRESENTE	1
LA HISTORIOGRAFÍA CIENTÍFICA DEL SIGLO XX	15
El caso de la Escuela francesa de los <i>Annales</i>	15
Introducción	15
Los orígenes positivistas de la escuela	18
Lucien Febvre y el método de las ciencias positivas	23
el paradigma de Ernest Labrousse	28
La historia seriada	34
El refinamiento de los conceptos: la larga duración	40
Debates: historia y estructuralismo	44
Annales y el marxismo	49
La historia y las ciencias sociales: ¿una nueva crisis?	52
FILOSOFÍA, TEORÍAS Y MÉTODO DE LA HISTORIA	57
SOBRE FUENTES, TEMPORALIDAD Y ESCRITURA DE LA HISTORIA	73
La historia y las ciencias sociales	73
Antropología e historia: el problema de las duraciones	80
El problema de la cultura	84
La escritura de la historia	88
PERSPECTIVA Y PROSPECTIVA DE LA HISTORIA EN COLOMBIA 1991	97
Enfoques y paradigmas de la investigación histórica en Colombia	97
La investigación histórica en Colombia con respecto al nivel de América Latina	101
Vacíos teóricos, metodológicos y conceptuales en la investigación histórica	102
Obstáculos y problemas en la investigación histórica	104
Recomendaciones	107

(o sus métodos) constituye la totalidad del quehacer de los historiadores. Braudel, sin beaterías, admite la multiplicidad fundamental de la historia. Lo contrario significaría excluir del dominio de una ciencia discutible las obras indiscutiblemente históricas que son el producto de un oficio muy viejo y refinado. Por eso debería confirmarse la validez —o invalidez— de las observaciones de Simiand al terreno de los «objetos» actuantes en la historia, es decir, aquellos elementos susceptibles de ser aislados momentáneamente y cuyo comportamiento obedece —presuntamente— a leyes o regularidades independientes de la espontaneidad o de la actitud valorativa del historiador.

II

Para Simiand lo *objetivo* es el dominio de relaciones estables, de «regularidades» o leyes observables. Estas leyes no dependen en modo alguno de la espontaneidad del observador (de sus deseos, por ejemplo), y por lo mismo hacen posible el conocimiento científico allí donde no puede establecerse una ley que equivale a una relación constante y necesaria entre dos fenómenos. Si la historia quiere alcanzar el rango de ciencia (en este caso, de ciencia positiva) deberá descartar el dominio de lo contingente y de lo individual, de aquello que no se somete a la regularidad y que por tanto no puede ser relacionado de una manera necesaria —a través de un principio causal— con otros fenómenos.

Puede prescindirse de reabrir una vez más la discusión que quiere fijar la importancia relativa atribuible a la parte de «necesidad» o a la parte de «libertad» en los fenómenos sociales, o, lo que es lo mismo, lo que puede atribuirse en un proceso histórico a la acción de lo estrictamente individual (si existe tal cosa) o a la acción de fuerzas colectivas o naturales condicionantes. Pero en cambio sí pueden expresarse dudas respecto a la validez de identificar la naturaleza del concepto social y la del concepto abstracto elaborado por las cosas. Si se piensa en fenómenos sociales estáticos, de alguna manera análogos a las cosas, la identificación es válida. Pero generalmen-

te se admite una dinámica de los fenómenos sociales (mucho más perceptible que en las cosas, que para la física molecular tampoco son inmóviles) que dificulta fijarlos en un concepto abstracto. Aun si un investigador de lo histórico y de lo social reprime su espontaneidad en el examen de un fenómeno que observa, no puede dejar de inquietarse por la variedad de formas cambiantes que reviste este tipo de fenómenos. Es posible fijar la atención, como lo aconseja Simiand, en la constante; pero reducirse a ello exclusivamente conduce a un empobrecimiento de una de las dimensiones propiamente históricas, la evolución. En tanto que para los objetos (cosas) de la naturaleza no se requiere tener en cuenta su variedad individual, en lo social-histórico parece más aconsejable. Un matiz puramente cualitativo puede revelar más, «significar» más o explicar más que una regularidad cuyo sentido no puede desentrañarse con la precisión de una ley científica. A través, por ejemplo, de la reconstrucción cuantitativa de un proceso económico, o de una actividad económica preponderante, puede explicarse, en términos económicos, el comportamiento de una sociedad (puesto que se encadenan fenómenos de la misma naturaleza, según la prescripción de la metodología positivista) e inclusive puede llegarse a ciertas inferencias de comportamiento «social» pero estas explicaciones difícilmente cobijarán la totalidad del comportamiento histórico de esa sociedad —y ni aun se poseerá la clave de un cambio súbito en el organismo económico.

El intento de explicación de un proceso mucho más complejo que el de una economía concebida en los términos abstractos de la ciencia económica no puede prescindir, en efecto, de lo individual o lo «atípico». Simiand menciona, por ejemplo, la revolución francesa de 1848 para denunciar la precariedad de las interpretaciones que se atienden a lo meramente contingente, o a la acción de individualidades o de grupos reducidos en el seno del movimiento. No puede simplificarse, en efecto, un movimiento histórico hasta el punto de reducirlo al resultado de una conspiración. Pero la revolución de 1848, en su conjunto, es una entidad histórica, un proceso histórico dinámico que posee una individualidad y que por lo mismo no puede asimilarse a ninguna otra revolución. A partir de ella no puede formularse una ley para las revoluciones sino a lo sumo proporcionar una expli-

cación coherente para la revolución misma de 1848. Esta idea tan simple no excluye que se pueda estudiar la entidad dentro de un contexto muy amplio, de Historia Universal o de movimientos seculares. Y la explicación puede asimismo adicionar, según el deseo de Braudel, los puntos de vista más variados. Pueden medirse las relaciones de fuerza entre las diferentes clases sociales en conflicto y comprobarse una fatalidad inherente a la revolución misma, como lo sugieren los análisis magistrales de «La lucha de clases sociales en Francia» y «El dieciocho de Brumario» o, en un nivel más bajo, desentrañar el papel de las ideologías como en «1848» de Georges Duveau. También es válido —y no exclusivamente válido aunque sea novedoso— buscar los antecedentes de la revolución en una crisis económica (1846-1851), como lo han verificado Labrousse y sus colaboradores. La explicación puede tener la amplitud que se quiera y valerse de las técnicas de investigación más refinadas, pero esto no modifica el supuesto propiamente histórico de que se trata de un fenómeno peculiar, colocado en un cierto estadio de la evolución de una sociedad que se piensa diferente al de 1779 y al de 1870. Así, lo que Simiand designa como *regularidad* en el terreno histórico no puede reducirse a una simple negación de lo individual-contingente, sino que debe buscar la manera de actuar de factores sociales-colectivos, que para el historiador poseen siempre una forma de individualidad.

Hay, pues, una individualidad de lo colectivo (hoy prefiere hablarse de «estructura»), una manera peculiar de comportamiento de las sociedades que explican la vocación hacia lo individual del conocimiento histórico. Meinecke ha expuesto en «El historicismo y su génesis» el desarrollo de esta concepción —conquistada no sin trabajo— a través del pensamiento de Voltaire, de Herder, de Ranke, etc. Si se examina la historia del nacionalismo puede verse cómo una ideología ayuda a conformar un tipo de pensamiento científico. Pues la nación, como la clase, ha sido un agente histórico al que se puede atribuir una individualidad. El fracaso de este tipo de historiografía no debería verse en los supuestos teóricos en los que se apoya, sino en el énfasis injustificado que se acuerda a un nacionalismo estrecho. La historia «tradicional» (debería hablarse solamente de historia decimonónica) que denuncia Simiand no posee propiamente una

visión metafísica de su objeto, sino más bien una visión superficial, deformada por exigencias nacionalistas. Los ídolos que describe (preferencia por lo político, preocupación por lo biográfico, búsqueda de los «orígenes») pertenecen a una antología del pensamiento romántico y a una especie de exigencia oficial que busca una *res gestae* en contradicción con el cosmopolitismo dinástico del siglo XVIII.

De otro lado, si de fija la atención exclusivamente en el tema que preocupa particularmente a Simiand, la economía y la historia económica, se advertirá que una expresión tan usual como «determinismo económico» esconde una desconfianza invencible hacia cualquier investigador que se preocupe por la acción de la economía de la sociedad. Para desarmar esta desconfianza suele hablarse entonces de «relaciones estrechas» entre el dominio de lo «material» económico y lo «humano» social. Con este procedimiento quiere separarse a toda costa los dos órdenes de fenómenos, como si la economía actuara sobre el contexto de las relaciones humanas de la misma manera que la naturaleza. No es raro, entonces, que la economía quiera estudiarse como un objeto análogo a los objetos de la naturaleza. Pero sabemos que toda relación económica encubre una presencia y una voluntad humanas, más concretamente, un trabajo humano. Por eso, en la investigación histórica, sería conveniente adoptar un modelo parecido al que sugiere Braudel en el prefacio de una obra reciente³, en el que distingue «la vida material», es decir, la relación más inmediata del hombre con la naturaleza, de la «vida económica» que ya representa un estadio de iniciativa humana y de organización consciente, y de «capitalismo», una forma histórica identificable de esta organización. Por eso mismo Pirenne, un historiador, y Schumpeter⁴, un economista, podían llegar a una conclusión análoga respecto al papel jugado por los empresarios y a su aporte de *innovación* en el proceso capitalista. Esta intervención de un elemento social puede señalarse a lo sumo como una «constante» histórica del capitalismo; de ninguna manera como una ley, es decir, solamente como la actividad renovada de un grupo —o clase social susceptible de ser

3 *Civilisation matérielle et capitalisme*. (XVe-XVIIIe Siecle). Armand Colin. París, 1967.

4 V. Lucien Febvre, *Pour une histoire a part entiere*. S.E.V.P.E.N. 1962, pp. 330 ss. y la obra de Schumpeter, *Capitalismo, socialismo, democracia*.

individualizada— cuyas relaciones con el sistema económico (capitalismo) revisten una gran variedad de formas, desde la aventura aleatoria de los comerciantes itinerantes de la Edad Media, pasando por la frágil asociación de capitales del Renacimiento o las formas de empresa privada de la conquista americana, hasta el prototipo encarnado por los personajes balzaquianos o brechtianos. Y por todo esto, finalmente, la base misma de las teorías de Schumpeter se asentaba sobre una exigencia: «...pedir a los economistas cerciorarse de que la conducta en las sociedades humanas difiere de la conducta en sociedades animales o en sistemas físicos»⁵.

III

En nuestros días sigue preconizándose un acercamiento entre las ciencias sociales y, para obtenerlo, una manera de subordinación al modelo teórico de las ciencias de la naturaleza. El avance innegable de las ciencias que se conformaron voluntariamente a ese modelo desde el siglo pasado (psicología, sociología, economía) y su contribución al dirigismo social-económico sin precedentes, propio del siglo XX, ha sugerido a los historiadores la idea de una crisis de las ciencias humanas que Jean Francois Bergier interpreta más directamente como una «crisis de conciencia»⁶. Si hay una crisis de las ciencias humanas, tal como la advierte Braudel, ésta no ha podido surgir sino a partir del momento en que se las concibe dentro de un patrón cientifista, es decir, un esquema tomado de las ciencias de la naturaleza, al cual cada una va adaptándose con dificultad. La adopción ulterior de técnicas cuantitativas, inspiradas en la base estadística de la economía, ha conducido, según Bergier, precisamente a esta crisis de conciencia.

Pero de todos modos la discusión no se ha proseguido a la altura de la argumentación de Simiand. La noción misma de «ciencia exacta» ha evolucionado. La *exactitud* de la ciencia no depende ya de un

5 J. A. Schumpeter, *Business Cycles*. McGraw-Hill, 1964.

6 V. «Situazione e problemi attuali della Storia Economica». Estratto de *Quaderni Storiche delle Marche*. Ancona, Gennaio 1967, N° 4 y «Histoire et Mathématiques - nouvelles tendances en histoire économique». *Diogene*, N° 58 Avril-Juin, 1967, pp. 111-130.

postulado de tipo metafísico o la posibilidad de inducir reglas de validez universal mediante un principio inequívoco de causalidad sino de la mera *probabilidad* establecida a través de inferencias estadísticas. Y si la ciencia misma se reconoce apenas como una construcción siempre provisional y siempre aproximada, no se ve la razón de por qué una construcción como la historia deba intentar una formulación de leyes generales que encuadren su dominio.

Pero aun si se descarta esta pretensión, subsiste un deseo de «actualizar» los temas de la historia y su tratamiento. Este deseo es perfectamente legítimo pero conlleva, a nuestra manera de ver, una urgencia de reflexión sobre la naturaleza del conocimiento histórico (mórbida Capua, la denomina un historiador). Según la idea de Braudel, no debiera omitirse ninguna interpretación. El olvido de un oficio muy viejo puede conducir a un espectáculo de desconcierto entre los historiadores que quisieran manejar un instrumental adecuado a los problemas que se plantean y que acogen gustosos técnicas estadísticas o «modelos» sociológicos y económicos. El camino más corto para el encuentro de los problemas actuales se ha visto —o entrevisto— por parte de la historia, en la mera imitación. Con ello se esperaba que los economistas o los sociólogos tuvieran en cuenta la historia como una de las claves para solucionar problemas del mundo contemporáneo. Así, la conjunción de econometría e historia en torno al doble problema de crisis económicas y de desarrollo no hace sino dar cuerpo a una vieja pretensión positivista del dominio de la naturaleza mediante formulación de leyes. ¿Hasta dónde podía la historia contribuir a la verificación de mecanismos económicos? Para responder a esta incitación se ha buscado convertir la historia en un campo de verificación empírica. El intento ha conducido fatalmente a un doble impasse: por un lado, la elaboración de series estadísticas (y de una «*histoire sérielle*») cuyo propósito se reduciría a ampliar la visión de los economistas, es decir su experiencia acerca de los movimientos cíclicos y de las crisis de la economía capitalista. De otro lado, el propósito aún más deliberado de la escuela de Marzewski⁷

7 V. Pierre Chaunu, «Dynamique conjoncturelle et histoire sérielle». *Revue Industrie*, N° 6. Juin 1960, Bruxelles. Jean Marzewski, *Introduction a l'histoire quantitative*. Droz, Geneve 1965.

de construir una historia económica integralmente cuantitativa valiéndose del modelo de la contabilidad nacional. Con esto quiere salvarse lo meramente descriptivo de la historia económica tradicional y llegar a una formulación rigurosa que posiblemente alcance la nitidez de una cifra matemática... pero que no es historia. Ésta depende demasiado de sus propias fuentes y de las limitaciones de los hombres que las elaboraron. Puede llegarse, muy directamente (y, sobra decirlo, de una manera muy imprecisa) a una cuantificación pero que dependerá siempre de una iniciativa y de una imaginación propiamente históricas.

IV

Las urgencias de la realidad parecen dictar sus exigencias al quehacer de aquellos que se ocupan de las ciencias sociales, según la observación de Rostow⁸. Y si la realidad —o sus urgencias, que es lo mismo— se suele pensar como un presente, no cabe duda de que las ciencias que se edifican a partir de una mera observación empírica cumplen al menos con un requisito de actualidad. De allí la sospecha que parece asaltar de pronto a los historiadores (que, al contrario, no reconstruyen el pasado sino de una manera indirecta y a veces inconsciente a partir de un presente) de que tal vez su preocupación en torno al tiempo no constituya, en últimas, sino una evasión. Mirada desde este ángulo, la cuestión de las ciencias sociales presenta una cisura evidente entre una ciencia histórica, consagrada al estudio del pasado y por tanto de espaldas a las urgencias del presente, y ciencias sociales (economía, sociología, psicología) cuya vocación las encara más directamente con la solución de problemas inmediatos.

Pero la observación más superficial lleva a reconocer que ningún problema social, o simplemente humano, posee una sola dimensión temporal. Que si se renuncia deliberadamente a los datos que puede aportar la observación de un estadio social anterior, de alguna forma se ha cortado el problema de una de sus raíces esenciales; y que la

8 W. W. Rostow, «Histoire et Sciences Sociales» *Annales*. E.S.C. Oct. Dec. 1959, pp. 710-718.

solución, en consecuencia, será errónea o parcial. Kula⁹ cita como ejemplo la precariedad de teorías económicas concebidas dentro de un marco estrecho de observación empírica.

Pero aun admitiendo la legitimidad de la historia, es decir, su aptitud para encarar ciertos problemas que las otras ciencias sociales no pueden asumir, subsiste un problema de *integración* de la historia con las demás ciencias sociales. No se sabe, en efecto, de qué manera su constitución peculiar le permita incorporar sus observaciones dentro del marco general de las ciencias sociales. No se trataría, en todo caso, de una mera adición de conocimientos sino de una «reflexión en común», por tanto de un lenguaje común y de una actitud parejamente receptiva para las demás ciencias sociales.

Frente a este problema Rostow, Kula y Braudel asumen posiciones diferentes, si no antagónicas, que vale la pena resumir.

Para Rostow la solución estaría dada por una mera adición de conocimientos. Propone que, de una manera empírica, las ciencias sociales encaren un mismo problema concreto que por lo mismo se convertiría en un catalizador, una piedra de toque sobre la efectividad de las ciencias sociales en su conjunto. La inspiración de esta idea proviene de las experiencias logradas con los estudios de área (*area studies*), cuyos defectos podrían eliminarse, según Rostow, mediante una limitación voluntaria. La idea de Rostow apunta a procedimientos puramente pragmáticos, previo reconocimiento de una colaboración necesaria entre las ciencias sociales.

Kula se reduce a examinar el problema de las relaciones entre historia y economía. Concluye que la complejidad de relaciones que están habituados a desentrañar los estudios históricos los habilita para enriquecer la visión de los economistas. Pueden al mismo tiempo ayudar a franquear los obstáculos que surgen a raíz de modelos concebidos por un tiempo limitado y dentro de un ámbito que no cobija espacios asimilables a un estadio precapitalista de la economía europea.

Tanto el artículo de Rostow como el de Kula fueron escritos como respuestas presuntas a la invitación formulada por Braudel para una

9 W. Kula, «Histoire et économie». *Annales*. E.S.C. Mars-Avril, 1960.

reflexión en torno al concepto de «larga duración». Con todo, ninguno de los dos posee la amplitud teórica de la elaboración de Braudel¹⁰. Ésta sólo ha suscitado, por un lado, una respuesta puramente pragmática y, por otro, una serie de observaciones discutibles en torno a las relaciones entre historia y economía.

Braudel, por su parte, ha elaborado un intento de sistematización metodológica que permitiría el acercamiento de la historia al resto de las ciencias sociales. A partir de la comprobación de que la historia ha superado una limitación que le imponía su interés tradicional por los «acontecimientos» y de que ha accedido a una visión más amplia mediante el concepto de «larga duración», Braudel encuentra que la nueva historia puede apropiarse instrumentos específicos de las otras ciencias sociales, los *modelos*, y de que aun puede formularse el deseo de que algún día alcance la perfección del lenguaje más universal, las matemáticas. Este último paso permitiría la intercambiabilidad de sus datos con el resto de las ciencias sociales y significaría tanto la culminación de un esfuerzo teórico como la realización del objetivo propuesto: la unidad de las ciencias sociales.

Con todo, Braudel reconoce la existencia de obstáculos insalvables al menos por ahora. Veamos por qué.

El problema de un lenguaje común para las ciencias sociales estaría resuelto por la posibilidad de una formulación matemática, el lenguaje más universal concebido por el hombre. Pero la matemática específicamente social, la matemática cualitativa, sólo puede aplicarse en un marco de relaciones fijas, en un tiempo inmutable de estructuras (que se opone a la movilidad de la coyuntura propiamente histórica), en el que éstas son casi un ente de razón que se identifica con el modelo (o construcción teórica) concebido para su interpretación. Los trabajos de Lévi Strauss ilustran suficientemente este problema, ya que los éxitos que ha obtenido en el campo de la antropología se refieren a estructuras casi intemporales como las del parentesco, cuyas combinaciones posibles —y con ello su expresión matemática— se formulan a raíz de un hecho constante y universal en el seno de las sociedades humanas: la prohibición del incesto.

10 F. Braudel, «Historia y ciencias sociales». La larga duración, *Cuadernos Americanos*, N° 6, 1958, pp. 73-110.

El «modelo histórico», por el contrario, no puede idearse sino dentro de un marco de relatividad absoluta. Siempre «naufraga» al remontar la corriente del tiempo. Por eso Braudel pone sus esperanzas en la «larga duración» como terreno común de observación y de reflexión para las ciencias sociales. Pero aun si se concibe una larga duración con marco exclusivo de fenómenos históricos, siempre se tratará de una larga duración apenas relativa, puesto que debe comprender tanto la posibilidad de examinar históricamente verdaderas *estructuras*, cuya existencia se coloca en el límite de la movilidad, como los movimientos de *coyuntura*, reconstruidos a partir de series estadísticas. Surge siempre una contradicción inherente a la naturaleza misma de la historia, a la coerción que impone su dimensión temporal y por tanto su movilidad. Pues, ¿hasta dónde la historia puede dar una imagen estática de larga duración que no se haya petrificado en una estructura, sea geográfica o familiar, es decir, que haya dejado de ser historia para convertirse pura y llanamente en Geografía o Antropología? Si no existiera esta limitación todo —según la idea de Collingwood—, absolutamente todo, sería historia. Pero la «larga duración» no puede sobrepasar el límite impuesto por los testimonios humanos descifrables, es decir, las fuentes del historiador.

Esta dificultad implicaría una imposibilidad virtual de acercamiento entre la historia de larga duración y la antropología estructural —de «larguísima duración»— de Lévi Strauss. Y por tanto de una formulación matemática parecida.

Después de todo, no en vano el concepto mismo de «larga duración» posee también una historicidad. Al menos si se tiene presente su origen, sea a partir de las observaciones de Simiand, un economista, formuladas a propósito de la historia meramente «factual», sea por la influencia de una escuela geográfica en la obra de Braudel. Sólo a través de una «larga duración» pueden significar algo para la historia las *estructuras* que oponen su permanencia a un flujo cambiante (¿cómo no pensar en el Mediterráneo del propio Braudel?), y aun movimientos de *coyuntura* que unifican las manifestaciones más variadas de la vida humana, que las presiden como una fatalidad.

Tampoco en vano estos conceptos tuvieron su auge después de 1920, cuando la crisis redujo a la irrisión o al estado de creencia in-

genua la posibilidad de actuar de una manera consciente sobre la historia. La crisis se originó en círculos financieros y en el sector de la industria pesada, precisamente allí donde pudiera localizarse una «voluntad» unificadora, capaz de actuar sobre los acontecimientos. Ante la crisis había que admitir algo como un movimiento propio de la economía y proceder a analizarlo con imparcialidad, si se quería conjurar una catástrofe. La creencia optimista de un movimiento automático —y previsto de antemano— que tendería a restablecer el equilibrio en el circuito económico, en todo momento en que tal equilibrio se viera comprometido, cedió el paso a la comprobación alarmada de una ausencia de control sobre el sistema entero. Se imponía entonces la observación atenta de los «comportamientos» estadísticos de larga duración. La historia podía brindar, ocasión única, un campo de acción privilegiado con su acceso a economías igualmente sujetas a crisis en la época precapitalista. De allí el éxito de la historia económica cuantitativa. Y su razón de ser, según uno de sus más autorizados discípulos.

V

Han tratado de exponerse, en una ojeada forzosamente sintética, los problemas que plantea una nueva concepción del trabajo histórico, su acercamiento a las otras ciencias sociales, y los peligros que acarrea una servidumbre aceptada sin discusión. El ejemplo muy reciente de una «ciencia política» utilizada con fines groseramente pragmáticos constituye una advertencia suficiente de tales peligros en una dimensión mucho más amplia, que confina con supuestos éticos y acarrea una discusión sobre los atentados contra la libertad intelectual. Como lo señala un intelectual norteamericano, Christopher Lasch, «...el espíritu 'científico' que se extiende de las ciencias naturales a los estudios sociales, tiende a vaciar estos últimos de su potencial crítico y al mismo tiempo los convierte en un instrumento ideal de control burocrático».

No es inútil llamar la atención sobre este fenómeno si se tiene en cuenta el esfuerzo de los historiadores para convertir su actividad en una referencia más que permita encarar los problemas del tiempo

presente. Se ha mencionado, por ejemplo, la convergencia de las ciencias sociales en torno a los problemas de las crisis económicas y en torno a los problemas del desarrollo. Y así, aunque Braudel advierte acerca de la precariedad de los modelos concebidos y utilizados para remontar una dimensión temporal, debería reiterarse la advertencia con respecto a una ciencia social latinoamericana demasiado inclinada a una práctica sumisa a la conceptualización ajena. El hecho de que Latinoamérica esté incorporada a una «coyuntura» mundial desde los orígenes del capitalismo moderno muestra hasta qué punto puede ser falaz un «modelo histórico» de tipo diacrónico, que simplemente reduzca un estadio de la economía latinoamericana a fáciles analogías con una etapa superada de la historia europea. Y con ello el error de suponer que un estudio de las condiciones o los factores del tránsito del sistema precapitalista europeo a la era capitalista puede iluminar de algún modo el acceso al capitalismo de países que siempre han girado dentro de su órbita.

Pero aquí surgiría inevitablemente, una confrontación de los resultados de una ciencia histórica latinoamericana que apenas comienza a esbozarse con las urgencias de una época contemporánea. Y esta es una tarea para la cual, desgraciadamente, no estamos preparados.



LA HISTORIOGRAFÍA CIENTÍFICA DEL SIGLO XX*

El caso de la Escuela francesa de los *Annales***

INTRODUCCIÓN

A partir de 1929 la Escuela francesa de los *Annales* se ha ido afianzando como una empresa académica de gran envergadura. Sus productos se mueven con una gran soltura no sólo en el ámbito de la historia regional, siguiendo una tradición que se prolonga desde los trabajos de Lucien Febvre sobre el Franco-condado hasta trabajos más recientes sobre Beauvais, La Cataluña, el Languedoc o Zaragoza, sino también en el tratamiento de los grandes problemas de la expansión y el capitalismo europeos. Esta doble vertiente de preocupaciones ha permitido a la Escuela ampliar simultáneamente las temáticas de la historiografía y los métodos que hacen posible el desarrollo de esas temáticas.

Pese a esa diversidad aparente el espíritu de la Escuela es siempre reconocible en sus productos. Casi ninguno de sus discípulos se resiste, por ejemplo, al empleo de conceptos (aunque este empleo no tenga siempre una significación unívoca) tales como *coyuntura* y *estructura*. Este homenaje implícito a maestros y directores de tesis monumentales de doctorado de Estado hace sonreír a algunos o los hace dudar de la capacidad creativa de los discípulos.

De otro lado, la institucionalización definitiva de la Escuela en los marcos de la enseñanza francesa a todo nivel y hasta la aparición frecuente de sus maestros por la televisión, le vale todos los días

* Tomado de *Eco*, XXXI, 6, N° 192, octubre 1977, pp. 561-602.

** Debo agradecer a Jean y a Sylvia Vilar la hospitalidad en su biblioteca, en donde surgió la idea de este artículo. Y a la fundación Guggenheim por una beca de estudios que me permitió repensar los supuestos de mi propia formación como historiador.

ataques furibundos de quienes ven en ella sólo un instrumento de poder académico. Estas críticas plantean problemas interesantes sobre las relaciones entre el establecimiento universitario y el sistema político en Francia pero rara vez aluden al fondo del problema, es decir, al contenido mismo de las enseñanzas de la Escuela. Si por un lado existen esquemas imponentes de investigación que emplean enormes recursos presupuestales e implican por tanto relaciones evidentes de poder, a su lado subsisten pequeñas empresas artesanales de investigación. Los sistemas de producción del saber no son uniformes en este caso y es dudoso que se pueda impugnar el saber mismo aludiendo a su aparato de producción¹.

En otros respectos la Escuela de los *Annales* es una escuela historiográfica nacional. Esto no quiere decir que haya permanecido confinada, como las escuelas europeas de historia nacional en el siglo XIX (o en los países latinoamericanos hasta nuestros días) en la contemplación de un pasado nacional. El carácter nacional de la Escuela se define en un sentido menos obvio por la influencia que han tenido en ella corrientes de pensamiento típicamente francesas. Con respecto a Alemania, Italia o Inglaterra, por ejemplo, la Escuela se ha mantenido en un aislamiento voluntario y en su seno no se han debatido siquiera los ataques contra el positivismo de la escuela de Dilthey, ni la han inquietado las elucubraciones de un Croce; Weber apenas se menciona y Collingwood o Danto son meramente anglosajones. Raymond Aron y después de él Henry I. Marrou quisieron introducir estos debates con el nombre de *Filosofía crítica* pero sus intentos apenas han atraído una atención distraída hacia una discusión que parece demasiado abstracta².

- 1 Cf. «L'opération historique» de Michel de Certeau en *Faire de l'histoire*, t. I. París, Gallimard, 1974. Jean Chesneaux, quien anima un *forum* de historia en la Universidad de París VII, se declara violentamente en contra de la utilización de la historia por parte de los aparatos del poder. Cf. *Du passé faisons table rase?* Maspero, París, 1976.
- 2 Cf. Raymond Aron, *Introduction a la philosophie de l'histoire*. París, Plon, 1958. Del mismo, *Dimensions de la conscience historique*. París, Plon, 1961. H. I. Marrou, *El conocimiento histórico*. Labor, Barcelona, 1968. Sobre estos dos autores Cf. los comentarios de Pierre Vilar en *Crecimiento y desarrollo*. Ariel, Barcelona, 1964, pp. 453 y ss.

Si bien la Escuela ha adelantado debates metodológicos de un cierto alcance teórico, tales debates se han producido dentro del contexto limitado del oficio historiográfico y no de una especulación propiamente filosófica. En este sentido es característica la actitud de Lucien Febvre, para quien la actividad de los historiadores estaba totalmente divorciada de las especulaciones filosóficas³. Esta actividad de los historiadores se define como un oficio en el que, a fuerza de familiaridad con los hechos, de su dimensión temporal y de las relaciones que les son peculiares en un período histórico dado, no se requiere de ninguna formulación abstracta. Por el contrario, con la abstracción se corren riesgos tales como el de incurrir en anacronismos o el de matar la trama viva de la historia. Aquí la concepción de la historia linda peligrosamente con la de un arte en el que la intuición de rasgos temporales podría desembocar en impresionismo literario. Y esto sin una justificación teórica como la que proporcionaban las especulaciones de Dilthey o de Rickert relativas a una captación inmediata de hechos *con sentido*.

Nada más alejado del espíritu de la Escuela de los *Annales* que comprometer sus investigaciones en la rigidez conceptual de un sistema filosófico o de admitir siquiera que el carácter científico de su oficio deba confiarse a la reflexión de los filósofos, ocupados de determinar las condiciones del conocimiento. La Escuela, por lo demás, nunca mostró inclinación por objetos teóricos tales como la cultura sino que se ha dedicado más bien a la exploración de las condiciones materiales de la vida del hombre. Siempre la atrajeron las manifestaciones concretas, inclusive cuantificables, como productos históricos, antes que cualquier concepción idealista de una objetivación del espíritu humano. El Rabelais de Lucien Febvre se mueve dentro de una *utilería mental*. La imagen, que procede del mismo Febvre, no está escogida al azar. Los hombres forjan herramientas materiales y herramientas conceptuales. Ni unas ni otras son independientes de

3 Cf. *Annales*, Av. Juin, 1950 p. 43. «¡Peste! —exclamaba Febvre irónicamente. ¿De dónde saca su espíritu (el de los filósofos) tantas gracias? Pero no las aprovechamos en nada. Entre lo que hacemos, entre lo que para nosotros, historiadores, es la historia y todas esas cosas bonitas, ¿qué lazo existe? Misterio sombrío. Y ruptura radical. ¡Qué lástima! Yo no sabría decir para quién».

su actividad ni cobran una vida aparte, susceptible de contemplación filosófica.

El carácter nacional de la Escuela de los *Annales* proviene así de una filosofía francesa, el positivismo, y de un humanismo universitario francés. Su vitalidad se deriva, sin embargo, de algo más que la adscripción a una escuela de pensamiento. En el curso de su desarrollo y de su afianzamiento institucional, la Escuela ha promovido alianzas con otras disciplinas y, como se dijo inicialmente, ha encauzado investigaciones en direcciones múltiples. Aparte de sus orígenes en el positivismo, hoy resulta difícil identificar una vertiente teórica entre los discípulos de *Annales*.

Por eso, aun a riesgo de simplificar y de excluir, parece preferible examinar aportes diferentes de los historiadores sobresalientes de la Escuela. Se volverá, en primer término, sobre el origen positivista de los *Annales*. Se examinará enseguida el aporte de Lucien Febvre, quien preconizó siempre una apertura hacia el resto de las ciencias sociales. Del positivismo y de esta apertura puede derivarse la preocupación cuantitativa de los *Annales* y el refinamiento de algunos conceptos como los de *estructura* y *coyuntura*, además de los debates que se han sostenido con otras escuelas, particularmente con el estructuralismo. Finalmente, algunos de los historiadores de la Escuela señalan una apertura diferente, esta vez hacia el marxismo, sin renunciar por ello a los logros de sus colegas.

LOS ORÍGENES POSITIVISTAS DE LA ESCUELA

A comienzos de este siglo la *Revista de Síntesis* creada por Henri Berr sirvió de punto de apoyo para debates entre sociólogos, psicólogos, geógrafos y economistas sobre el valor científico del método histórico. Aunque en ella tuvieron audiencia Lamprecht, Windelband y Rickert, las discusiones estuvieron dominadas por sociólogos discípulos de Durkheim. Para Paul Lacombe⁴ los hechos establecidos por la erudición eran apenas la base de una reflexión ulterior, encaminada

4 Cf. *De l'histoire considérée comme science*. París, 1894. Un buen resumen accesible en español de las ideas de Lacombe en Enrico de Michelis, *El problema de las ciencias históricas*. Nova, Bs. Aires, 1948, pp. 46 ss.

a la generalización propia de las ciencias positivas. La investigación de hechos se refiere al establecimiento de la *realidad*, en tanto que la *verdad* constituye otra investigación relativa a las regularidades de estos hechos, a sus similitudes, en una palabra, a sus leyes... El descubrimiento de tales leyes se solía asignar, a fines del siglo XIX, a una filosofía de la historia que sería mejor designar en adelante como sociología, es decir, una de las ciencias positivas, descubierta por Auguste Comte. De una manera similar, Henri Berr postulaba como síntesis deseable en historia un proceso meramente inductivo en el que una síntesis erudita (o mera recopilación exhaustiva de datos) debía coronarse por una síntesis científica basada en generalizaciones⁵.

A mediados del siglo XIX, Buckle, un historiador inglés, había preconizado la aplicación sistemática de estos mismos principios en su disciplina. A su modo de ver la inferioridad de los estudios históricos residía en que nadie había intentado combinar en un todo o buscar las conexiones entre los hechos establecidos por la erudición. Para ello debía usarse la generalización y buscar el descubrimiento de regularidades. De los simples hechos particulares el historiador debía pasar al descubrimiento de las leyes que los gobernaban.

Con este propósito en mente el historiador no debería proceder de manera diferente que los practicantes de las ciencias físico-naturales. Para Buckle la estadística (aquí debe tomarse en cuenta la enorme aplicación de esta técnica en el primer país industrializado de Europa) arrojaba indicios suficientes de regularidades en el compartamiento social. La justificación última de este ordenamiento se le escapaba debido «al presente estado de los conocimientos», pero en todo caso le bastaban las comprobaciones que arrojaban estadísticas conocidas para invitar a multiplicar las observaciones. De éstas irían formulándose generalizaciones sucesivas que servirían para fundamentar las leyes reguladoras del proceso de la civilización⁶.

5 Cf. Henry Berr, *La synthèse en Histoire*. Albin Michel, París, 1953. Existe traducción española.

6 Cf. la Introducción de *History of Civilization in England*, 1856. Reproducida en Fritz Stern, *The varieties of History*, 1956, pp. 122, ss.

Para Buckle, como para los sociólogos positivistas franceses de comienzos del siglo, el problema del saber histórico residía en que hasta entonces los historiadores habían recogido apenas un material desdeñable, omitiendo los hechos verdaderamente importantes. El proyecto positivista conducía, al contrario, a eliminar lo accidental y, por ende, el relieve de los hechos individuales —reivindicados tanto por las tendencias antipositivistas como por la vieja erudición.

El positivismo sociológico se enfrentó a posiciones aun más crudas de empirismo sostenidas por la erudición. Si bien esta erudición se apoyaba en un humanismo tradicional que intentaba mantener viva la memoria de la humanidad, tanto el resultado final como los métodos de la construcción histórica no pueden calificarse de otra manera que de empirismo rudimentario. Desde 1903 François Simiand⁷, entre otros, daba un golpe de gracia a este empirismo estrecho de los manuales escolares y de los preceptos de Langlois y Seignobos afirmando las analogías de las construcciones de la ciencia social con las de las ciencias físico-naturales. Mientras que para Seignobos, por ejemplo, fenómenos como Iglesia, familia, industria, eran meras abstracciones que no podían operar por sí mismas y que el historiador debía remplazar por la *realidad* de los individuos que las componían (clero, parientes, empresarios, etc.), para Simiand y su escuela sólo eran formulables científicamente las relaciones a nivel de estas abstracciones. Según Lacombe, la relación causal sólo podía establecerse entre los actos realizados por un número de hombres más o menos grande. El antecedente individual —observaba— sólo aparece una vez y no da margen a una observación comprobable, es decir, sólo la repetición puede dar margen a una observación que excluya los altercados. Ahora bien, sólo cuando puede asignarse una causa puede hablarse de ley y por tanto de ciencia⁸.

El nivel de la discusión a comienzos de siglo puede parecer hoy un poco anacrónico. Tal discusión estaba ligada a las concepciones que las ciencias físico-naturales divulgaban de sí mismas por boca

7 Cf. «Méthode historique et sciences sociales» en *Annales*, Janv. Fev. 1960, pp. 85 ss. Este famoso artículo aparecido por primera vez en la *Revue de Synthèse historique* en 1903.

8 Cf. Berr, *op. cit.*, p. 44 y De Michelis, *op. cit.*, p. 44, nota.

de Cournot o de Claude Bernard. Sin embargo, es de allí de donde arrancan los fundamentos y las premisas de construcciones enteras que no han vuelto a someterse a un análisis por parte de los herederos de Lacombe, de Simiand o de Henri Berr. En ellos, al menos, se explicitaban los supuestos epistemológicos de su crítica. Contra un humanismo trasnochado se postulaba la necesidad de abstraer elementos comunes en los fenómenos para incorporar como objeto de reflexión formas más amplias que los individuos. Esta abstracción sola sería capaz de despojar los fenómenos de lo accidental y de lo contingente, proceso necesario para llegar a descubrir relaciones regulares y necesarias, es decir, para formular leyes científicas. Como no podía hablarse de ciencia sino *de lo general*, el estudio de los hechos humanos no debía parar mientes en las contingencias individuales «...sino, al contrario, desprender relaciones estables y definidas que puedan aparecer entre los fenómenos, una vez que se comprueban y se ponen aparte estas contingencias...»⁹.

Contra el humanismo erudito que buscaba la causa de los acontecimientos en la acción aislada de algunos individuos, el positivismo sociológico debía desembocar en la fundación de una historia cuantitativa en la que, en efecto, podrían desprenderse relaciones estables y definidas entre los fenómenos (series de precios, por ejemplo, que traducirían la coyuntura económica, la revelarían). En este primer estadio, sin embargo, el criterio para escoger la abstracción objeto de estudio se confiaba no a una reflexión teórica sino a lo que en la realidad misma presentaba aspectos de regularidad, lo que Simiand llamaba *abstracciones felices*, aquellas que eran apropiadas para poner en evidencia regularidades o para establecer leyes.

Esto valía tanto como afirmar que las únicas abstracciones felices debían reportarse siempre a objetos cuantificables, en los que la estadística podía sumergir el perfil anárquico de lo individual. Aquí el método define sin remisión el objeto de conocimiento y da origen a la creencia de que a través de la cuantificación puede probarse las relaciones entre los fenómenos. De esta manera, también, la estadís-

9 Simiand, «Méthode...» *cit.*

tica debía convertirse en piedra de toque de una metodología histórica: la *historia seriada*.

Para seguir las inflexiones de la realidad se confiaba su tratamiento a una técnica impersonal, la estadística. La obra más importante de Simiand sobre el salario, la evolución social y la moneda¹⁰ aspiraba a crear con ella condiciones de laboratorio o de método experimental. Confiaba en que la objetividad en el tratamiento de los hechos aparecería con ese necesario distanciamiento de la realidad. La conformidad con el objeto estudiado y no el espíritu del que lo operaba debía fundamentar el valor de las manipulaciones sobre la realidad. Por eso Simiand discutía en un volumen entero las condiciones óptimas en las cuales los hechos examinados podían revelar una explicación. Se trataba, en el fondo, de simples precauciones de estadígrafo combinadas con el método, familiar a los historiadores, de crítica interna y externa de los datos, para establecer series de precios que reprodujeran las articulaciones de la realidad económica en su transcurso histórico. De esta manera la explicación se derivaba de las inflexiones de una curva que revelaba la existencia de fases periódicas en el acontecer económico. En las regularidades de tipo estadístico los hechos hablaban por sí mismos, una vez colocados en la proyección chinesca de una curva.

¿Los resultados? Sería mejor hablar de tanteos. A través de ellos, sin embargo, podía entreverse la posibilidad de construir una cronología racional, basada en el comportamiento global de la economía. Para el período estudiado por Simiand ésta mostraba una sucesión de fases largas y coherentes de expansión y de contracción sucesivas de los precios. La tendencia sostenida al alza, que Simiand denominó fase A (en oposición a una fase B de contracción), estaba asociada a los períodos de prosperidad económica y al crecimiento de la productividad, estimulada por los buenos precios. El derrumbe de éstos (fase B) quería decir que la expansión había encontrado un límite y que se abocaba un período de crisis, en el que la producción debía buscar trabajosamente el camino de un nuevo ciclo de prosperidad.

10 *Le salaire, l'évolution sociales et la monnaie. Essai de Théorie expérimentale du salaire*, Alcan, París, 1932.

De acuerdo con sus premisas metodológicas, Simiand concentró todos sus esfuerzos en la comprobación experimental y no en la teoría de los ciclos económicos. Empero, su intento de revelar la trama profunda de la vida económica tuvo que tropezar con el obstáculo de otras articulaciones más profundas de la realidad, no observables en la proyección de los precios. Las series, aún si se trata de series largas y capaces de revelar regularidades, no descubren forzosamente el tránsito de un sistema económico a otro. Más tarde vino a observarse, también en el terreno empírico, que el esquema de Simiand se veía desmentido para el período 1820-1850, cuando a pesar del estancamiento en los precios la productividad francesa creció mucho. La clave de este fenómeno ya se esbozaba, sin embargo, casi contemporáneamente a la aparición de los trabajos de Simiand, como se verá más adelante. Sólo que la solución debía escapar al *método experimental* preconizado por Simiand y confiarse a la reflexión teórica.

LUCIEN FEBVRE Y EL MÉTODO DE LAS CIENCIAS POSITIVAS

A lo largo de toda su carrera Lucien Febvre —fundador de una verdadera dinastía de *maîtres à penser* y fundador, junto con Marc Bloch de la revista *Annales* (1929)— fustigó sin descanso el empirismo elemental de la erudición historiográfica de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Parte de su obra teórica está contenida en una colección de artículos, reseñas de libros y conferencias cuya edición preparó él mismo en 1952, cinco años antes de su muerte, bajo el título muy apropiado de *Combats pour l'histoire*. El resto de su labor crítica está contenido en un libro más voluminoso publicado en 1962 con el título, elegido por Fernand Braudel de *Pour une histoire à part entière*¹¹.

Los comentaristas críticos de libros suelen ser, la mayoría de las veces, demoledores para sus adversarios, aquellos que no compartían la amplitud de sus puntos de mira sobre el quehacer histórico. La ironía, la causticidad y a veces la benevolencia del maestro fueron las armas de estos combates y signaron con un carácter peculiar

11 De *Combats pour l'histoire* existe una traducción parcial en castellano.

una empresa académica que tardó poco en imponerse e inclusive en institucionalizarse en Francia.

Al margen de las proposiciones estrictamente teóricas sería mucho más largo tratar de dar cuenta del magisterio que pudo desprenderse de su obra como historiador. Al referirse a esta obra, Pierre Vilar dice que Febvre hizo suya la sociedad del siglo XVI¹². Y otro de sus discípulos, Robert Mandrou, pone como ejemplo de historia total la primera de sus obras mayores, sobre Felipe II y el Franco Condado, tesis doctoral que data de 1912. Según Mandrou se trata de una historia dialéctica, en la que se reconstruyen las relaciones que ligán lo económico, lo político y lo cultural¹³.

La obra de Febvre señala la diferencia entre un discurrir metodológico en abstracto —o en el vacío— y un *hacer* que se puede llamar también metodológico¹⁴. En ausencia de un estatuto teórico, el quehacer de los historiadores suele remitirse a la obra de otros historiadores, al planteamiento de unos problemas o a la constitución de una temática. En esto no se está muy lejos de una *normalidad* científica introducida por un paradigma¹⁵. Pero se trata también de un rasgo de oficio artesanal, como muchos otros de la tradición historiográfica enmarcada en escuelas nacionales.

Lo esencial, para Febvre, era el planteamiento de un problema a cuya atracción la limadura de los hechos se agrupara como bajo un imán¹⁶. Los simples hechos no daban razón de sí mismos y de allí el imperativo de una construcción previa en torno a preguntas específicas. Febvre simpatizaba sin duda con la crítica de los sociólogos positivistas a la historia erudita de comienzos de este siglo. Esta historiografía sostenía que *el método histórico* consiste ante todo en determinar *hechos* sobre una base documental (*datos*). El encadenamiento

12 Cf. Pierre Vilar, «Histoire marxiste, histoire en construction. Essai de dialogue avec Althusser», en *Annales*, Janv. Fev. 1973. También en *Faire de l'histoire* cit. Hay varias traducciones al castellano, p. 182.

13 Entrevista con Robert Mandrou, en *Aujourd'hui l'histoire*. Libro colectivo de encuestas llevadas a cabo por la revista *La Nouvelle Critique* entre 1968 y 1972. Editions sociales, París, 1974, p. 235.

14 Cf. A. J. Greimas, *Sémiotique et sciences sociales*. París, 1976, p. 34.

15 Cf. Thomas S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago, 1970.

16 Cf. *Annales*, Av. Juin, 1946, p. 154.

de estos hechos ni siquiera obedecía a un principio sistemático o lógico que pudiera establecerse de antemano sino que el historiador debía plegarse a un orden empírico sugerido por los hechos mismos. El encadenamiento causal se imponía por una simple sucesión cronológica y por eso bastaba establecerla correctamente¹⁷. De esta manera los hechos, convenientemente ordenados, daban razón de sí mismos y de sus relaciones. La mediación del historiador no debía afectar la eficacia del testimonio sobre los hechos. Su presencia era apenas necesaria para purificar el documento de escorias o de contradicciones. El historiador debía desaparecer discretamente tras las bambalinas de unas reglas conocidas de crítica documental. A lo sumo, se agregaba a su misión introducir una coherencia en el relato, de manera que las secuencias de hechos reprodujeran la coherencia que se suponía existir en el tiempo vivido.

Contra estos supuestos, a menudo informulos en el trabajo erudito, la enseñanza de Lucien Febvre irrumpió con una cierta violencia para cuestionar el valor mismo de los hechos. Para Febvre, los hechos aducidos por los historiadores no podían tener un valor sustancial o ser capaces de revelar inmediatamente el haz de sus relaciones de manera de quedar éstas traducidas automáticamente en un relato factual. Para estigmatizar este tipo de historia solía referirse a ella con las expresiones de Berr y de Simiand, historia *historizante* e historia *episódica* o *factual* (*événementielle*).

En realidad, Febvre supo adecuar mejor que sus predecesores ciertos principios, que guían los procedimientos de las ciencias físico-naturales, a las observaciones históricas. La dicotomía entonces en boga entre ciencia de la naturaleza y ciencias sociales, basada en una observación deficiente de los métodos de aquéllas, perdía todo fundamento. Toda ciencia —observaba Febvre— fabrica su objeto¹⁸. No se contenta, en ningún caso, en la mera observación de hechos y con su descripción para hacer aparecer una relación de objetividad. Para que ésta se produzca debe fabricarse un instrumento mediador entre

17 Charles Seignobos, *La méthode historique appliquée aux sciences sociales*. París, 1901. Cit. por De Michelis, *op. cit.*, p. 61. Cf. también Berr, *op. cit.*, p. 41.

18 Cf. *Annales*, Janv. Mars 1948, p. 22.

el sujeto que observa y los fenómenos observados: la teoría, «*Sin teoría previa, sin teoría preconcebida, no hay trabajo científico posible*»¹⁹.

Febvre se revolvía entonces contra una captación superficial del fenómeno científico por parte de los historiadores. La ciencia les aparecía como esclava de los hechos. De la misma manera la historia, para ser científica, debía atenerse a los hechos. Por tratarse de una observación indirecta, a través de documentos, podía haber dudas en cuanto a la autenticidad de estos hechos. De aquí que fuera necesaria una labor crítica de los testimonios. Una vez establecida su autenticidad no quedaba otra cosa que consignarlos como algo de suyo significativo. Levantada un acta notarial de legitimidad por el historiador, el hecho adquiría el rango de acontecimiento histórico y, como tal, capaz de figurar en el panteón dedicado a tales hechos, la historiografía.

Febvre podía advertir lo empobrecedor para su disciplina de tales procedimientos y de tales supuestos. Pues con ellos se escamoteaban todos aquellos hechos que no ofrecieran un significado más o menos evidente en un orden predeterminado de importancia. ¿Para qué ocuparse, por ejemplo, de hechos menudos o al parecer insignificantes, consignados sistemáticamente en masas enormes de documentos? Sobre ellos no parecía valer la pena el ejercicio de una crítica testimonial: se trataba a lo mejor de hechos ciertos pero que nadie tenía interés en controvertir, dado que no podía verse inmediatamente su influencia en el acaecer histórico. Pues esta influencia era cuestión de sentido común. En ausencia de todo principio sistemático o de todo principio lógico para encadenar los acontecimientos, se recomendaba a los historiadores examinarlos «...en el orden en que se presentan a la imaginación, comenzando por los más aparentes»²⁰. La imaginación o el sentido común no podía hacer otra cosa que privilegiar acontecimientos e instituciones políticas como los más aparentes. Así, hechos históricos y acontecer histórico obedecían a una concepción previa, así se tratara de un mero prejuicio sobre la importancia de cada uno. Febvre tachaba esta elección como

19 *Ibid.*, p. 23. Y su discurso inaugural en el Colegio de Francia en 1933. *Combats pour l'histoire*, p. 7.

20 Seignobos, cit. por Berr, *op. cit.*, p. 41.

arbitraria y hacía notar al mismo tiempo la contradicción en que se veía envuelta una historia *sin supuestos*.

Para que otros hechos adquirieran el rango de hechos históricos era necesario que surgiera lo que L. Febvre llamaba *historia-problema*. Ésta fue posible gracias a un acercamiento más atento a los métodos de las ciencias empíricas. Para éstas no puede haber hechos privilegiados, que den razón de un determinado fenómeno. Un humilde guijarro o un astro ejemplifican por igual fenómenos mecánicos. Lo que aproxima a los hechos —humildes o trascendentales— es una teoría. Ésta no puede privilegiar especies de objetos o de hechos sino, a lo sumo, asignarles un rango o una especial ubicación dentro de una cadena de fenómenos.

Unido en una misma crítica de la erudición y el humanismo estériles con sociólogos, economistas y geógrafos que se nutrían del positivismo filosófico, Febvre abrió las compuertas de la especialización histórica a los problemas que trataban esas disciplinas, lo mismo que a sus preocupaciones metodológicas. Esto tuvo como consecuencia inmediata conquistar para la historiografía una sucesión casi ilimitada de territorios. El tratamiento de éstos, confiado a otras ciencias sociales, no sólo eliminaba una distinción ficticia entre los objetos de las ciencias de la naturaleza y de las ciencias sociales sino que incorporaba de golpe a la historiografía una suma de saberes. De allí que Febvre pudiera concebir la historia como una síntesis o más bien —para diferenciarla de la síntesis positivista de Berr— como *historia total*.

Debe observarse, sin embargo, que la reivindicación de los hechos históricos que permitió incorporar los métodos de la geografía, la demografía, la economía, la sociología, etc. y manejar de manera adecuada fuentes inexploradas, no accedía a una teoría por ese hecho. Febvre, que partía tanto de una posición consecuentemente positivista como de una visión humanista, podía rescatar para la historia territorios enteros de hechos que tocaban con el hombre. Nada más revelador de esta doble fuente que el siguiente pasaje: «...toda teoría está fundada en el postulado de que la naturaleza es explicable. Y el hombre, objeto de la historia, hace parte de la naturaleza. Él es para la historia lo que la roca es para el mineralogista, el animal para el biólogo, la estrella para el astrofísico».

El hombre, como la naturaleza, podía ser objeto de una teoría. El hombre, se entiende, como sociedad. Pero cuando Febvre hablaba de teoría, ¿a qué estaba aludiendo exactamente? Cualquier teoría, siempre que tenga la virtud de hacernos comprender, parece decirnos. La teoría, como instrumento mediador entre el observador y el hecho observado, no adelanta nada respecto a la constitución del objeto o la estructura mental del sujeto del conocimiento. No pasa, en suma, de ser un artificio útil, una *construcción* o un andamiaje.

Febvre comprendía a cabalidad que las formulaciones científicas sobre fenómenos naturales, en su carácter de generalidad, es decir, de ciencia constituida, no dependían de la observación directa de estos fenómenos. Igualmente, los hechos en la historia no poseían una realidad sustancial que revelara inmediatamente su sentido a la observación. De allí la necesidad de un instrumento mediador construido por el hombre.

Febvre tomaba partido contra el empirismo rudimentario que acumulaba hechos de erudición asignándoles un valor preconcebido, sin justificar o hacer explícitos siquiera los criterios que guiaban su jerarquización. Al mismo tiempo refinaba, en una visión totalizadora de la historia, las observaciones de economistas y sociólogos positivistas. Allí donde el positivismo fragmentaba o enclaustraba en disciplinas académicas, la historia total de Febvre quería acumular un conocimiento exhaustivo. Sin embargo, este tipo de saber quedaba confinado también a lo que pudieran aportar los métodos y las teorías de disciplinas vecinas. Por eso las directrices de Lucien Febvre han amenazado siempre con la dispersión indefinida de la historiografía, sin una teoría específica que oriente sus investigaciones.

EL PARADIGMA DE ERNEST LABROUSSE

Apenas un año después de la aparición del trabajo de François Simiand sobre precios y salarios (1932) se publicó la *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIIIe. siècle*. Retrospectivamente, ha querido situarse estos dos trabajos en relación con la inquietud dominante del período, la gran crisis de 1929. Ambos se referían a los problemas cíclicos de la economía y ambos adoptaban una metodo-

logía empírica para identificar las fluctuaciones periódicas en un contexto histórico muy precioso.

La analogía entre ambos trabajos no puede llevarse demasiado lejos. Para empezar, en el caso de Ernest Labrousse a nadie se le ocurriría hablar de empirismo. Aunque Simiand había identificado —a través de series de precios— fenómenos de *coyuntura*, su razonamiento no iba más allá (y, posiblemente, no podía ir más allá) de esta comprobación. Los trabajos de Labrousse, por el contrario, penetraban mucho más profundamente en el tejido histórico debido a la complejidad de su tratamiento teórico. Aun más, su percepción podía rebasar los meros movimientos de coyuntura para enfrentarse a verdaderos cambios de *estructura*, mucho más aptos para dar cuenta de una periodización histórica racional.

Los conceptos de *estructura* y *coyuntura* son fundamentales para la comprensión del debate teórico en la escuela de los *Annales*. Sobre estos conceptos ha habido sucesivas elaboraciones (Braudel, Chau-nu) y su significado no es perfectamente unívoco por cuanto su empleo ha trascendido el campo de la descripción económica al de una reflexión temporal propia de la historia.

Una primera observación: traducir la palabra francesa *conjoncture* por *coyuntura* podría inducir a equívocos (como casi siempre ocurre con las traducciones francesas) si no se aclara el concepto que corresponde a la designación francesa y se atribuye a la palabra española el mismo valor. Mientras *coyuntura* designa una articulación (de dos huesos, por ejemplo), una intersección o un momento dado (coyuntura favorable: momento único para actuar), el significado de *conjoncture* es casi el opuesto. No se trata de un momento o de una simple intersección sino de una tendencia general que se prolonga. En el análisis del comportamiento de los precios, por ejemplo, Simiand encontraba dos fases más o menos prolongadas (en conjunto, de una amplitud decenal) que traducían la coyuntura económica puesto que asociaba una mayor productividad y, en general, una prosperidad económica a la tendencia al alza y de contracción a la tendencia a la baja.

Ahora bien, el estudio de Labrousse, enfrentado al de Simiand, demostraba que este último, al atenerse a los precios, había confiado apenas en un síntoma para describir la coyuntura. No siempre el

alza de los precios podía identificarse con prosperidad económica puesto que el alza podía significar cosas diferentes en estructuras económicas diferentes. Aún más, en un cierto tipo de estructura económica, el alza de los precios no sólo podía ser catastrófica sino que afectaba de manera diferente a diversos estratos de la población.

Para llegar a estas conclusiones el trabajo empírico de Labrousse había incorporado no sólo la noción de precios sino también los diversos tipos de ingreso profesional, salario, renta y ganancia. Y su análisis estadístico había profundizado en el comportamiento de los precios tanto en el sector agrícola de las subsistencias como en el sector manufacturero. En el plano temporal había logrado también una mayor complejidad de análisis al superponer sucesivamente movimientos estacionales a movimientos cíclicos y percibiendo, más allá de éstos, una tendencia de *larga duración*.

Los primeros hallazgos empíricos de Labrousse pueden sintetizarse así:

- a) Existe una tendencia sostenida al alza de los precios de cereales y de otros productos agrícolas entre 1726 y 1789, tendencia de larga duración que se prolonga en el siglo XIX y que tenía su origen en el XVI, a pesar de algunos retrocesos significativos en el siglo XVII y el primer tercio del XVIII. El alza de los precios de productos manufacturados es menor.
- b) En este movimiento de larga duración se inscriben variaciones cíclicas de amplitud variable según los productos. Estas variaciones, violentas y breves, afectan de manera diversa a las diferentes clases sociales (definidas por su tipo de ingreso) y se ven reforzadas por variaciones estacionales. Sufren más quienes dedican una mayor parte de su presupuesto a la compra de artículos básicos de origen agrícola. Menos, quienes gozan de rentas fijas, sobre todo en especie.
- c) El alza secular de los precios coincide con una elevación similar y más amplia en las rentas que perciben propietarios feudales y burgueses. Los pequeños propietarios, que deben vender parte de su fuerza de trabajo, no se benefician mayormente con el alza secular de precios por cuanto no tienen mucho que vender. En

cambio se ven afectados, en su doble calidad de propietarios y trabajadores, por las fluctuaciones cíclicas.

- d) Existe un antagonismo entre la producción manufacturera y los momentos de alza cíclica en los precios de cereales. De otro lado, el alza secular de los precios de productos alimenticios es muy superior a la de los salarios. La violencia de las fluctuaciones cíclicas en los precios de productos alimenticios, especialmente en los cereales de mayor consumo popular, se suman a esas discordancias para afectar de manera negativa el nivel de vida de los trabajadores.

Esta primera aproximación, sin matices, a los resultados de *l'Esquisse* de Labrousse permite darse cuenta de la complejidad de la exploración empírica. Ya no se trataba de la identificación de un mero síntoma de la coyuntura sino de la construcción de un modelo dinámico²¹ o, como lo expresa Pierre Vilar, «...no se quedaba, como en Simiand, como el soporte de generalizaciones psicológicas o sociológicas sino que podía fundar la historia social más profunda, aquella de las clases en la dinámica de sus contradicciones, y finalmente aclarar en sus orígenes y su desarrollo no sólo los movimientos económicos sino pensamientos, instituciones, acontecimientos...»²².

Una elaboración posterior²³ permitió a Labrousse no sólo refinar sus conceptos fundamentales sino profundizar la exploración de contradicciones entre clases sociales de acuerdo con sus ingresos. Con un cierto virtuosismo podía ahora realizar lo que Fernand Braudel llamó después «recitativo de la coyuntura». De su primer trabajo una primera comprobación se imponía: la diferencia de significado de las crisis en economías agrarias o de *antiguo régimen* y en economías industriales, dominadas por la producción en la industria pesada.

21 Cf. Emmanuel Le Roy Ladurie, *Le territoire de l'historien*. Gallimard, París, 1973, p. 32.

22 Cf. Pierre Vilar, *La Catalogne dans l'Espagne moderne* (Recherches sur les fondements économiques des structures nationales), t. I. Sevpen, 1962, p. 16.

23 Cf. *Fluctuaciones económicas e historia social*. Tecnos, Madrid, 1962, pp. 339 ss. Introducción de *La crise de l'économie française... etc.*

En las primeras, la crisis (que está colocada en la juntura de los dos movimientos del ciclo) tiene como consecuencia la elevación de los precios: es una crisis de escasez (debida a las malas cosechas). En las segundas, la crisis significa la baja de los precios: es una crisis de superproducción. Mientras en el primer caso la brusca subida de precios significa empobrecimiento para las masas obreras y campesinas y oportunidades excepcionales de aprovechamiento para quienes perciben rentas fijas en forma de excedentes comercializables o para quienes pueden retener los productos y buscar el momento más favorable para sacarlos al mercado, en el segundo el mismo fenómeno de alza posee un signo contrario: la producción crece en el mismo sentido que los precios al recibir su estímulo.

Pero hay que distinguir todavía: los fenómenos de crisis en las economías de antiguo régimen estaban ligados a fluctuaciones cíclicas de corta duración. En el ciclo secular o de larga duración los precios agrícolas experimentaron un ascenso sostenido y con ello el resultado final fue semejante al que experimentan las economías modernas al recibir el estímulo de los buenos precios. El alza significa también aquí expansión económica. «En este caso —aclara Labrousse— no es la producción la que impulsa los precios, como sucede en el caso de las variaciones cíclicas, sino que son los precios los que impulsan la producción... a diferencia de lo que se observa para los movimientos cortos, el síntoma de los precios tiene la misma significación, en este caso, en la agricultura y en la industria»²⁴.

La distinción entre economías de antiguo régimen, dominadas por la producción agrícola (y, en el sector manufacturero, por la industria textil que está subordinada a su vez, en cuanto a insumos de fibras vegetales y a su mercado, a la suerte de las cosechas), y la producción de régimen industrial —Labrousse evita la palabra *capitalista*— se ha establecido por la significación diferente de la coyuntura. Esto permite a Labrousse aproximar coyuntura y estructura. En un debate sostenido en 1968²⁵ afirmaba que la coyuntura, como fenómeno repetido, «institucional» (y aquí se complacía Labrousse,

24 *Ibid.*, pp. 345-346.

25 Publicado en español con el título *Las estructuras y los hombres*. Ariel, Barcelona, 1969.

marxista, en citar a Paul Lacombe, el positivista) es un fenómeno estructural. Como esto implicaba que la coyuntura se produce de manera diferente en estructuras diferentes. Además, las crisis agrarias no tienen el mismo sentido en un régimen capitalista que en un sistema precapitalista. Pero siempre guardan la forma que les imparte el sistema en que están inscritas.

El fenómeno de las penurias agrícolas es tan universal y los mecanismos sociales que distribuyen su peso en forma desigual entre rentistas (sea de tipo feudal o burgués), pequeños propietarios, aparceros, asalariados, etc. tan constantes que sugieren a Pierre Vilar el empleo de un modelo²⁶. «Pero se trata de un modelo en donde se combinan, en una totalidad que no puede ser rota, lo cuantitativo y lo cualitativo, lo objetivo y lo subjetivo, lo estructural y lo coyuntural. Así y solamente así, se define la especificidad del objeto de la historia»²⁷.

Ahora bien, ¿cómo puede discernirse en semejante modelo lo que se fundamenta en un trabajo empírico riguroso y lo que se debe a la reflexión teórica? Sin duda, los conceptos de salario, renta y ganancia pertenecen a la economía clásica. Pero el juego que establecen entre sí, su acumulación, sus contracciones, la manera como se distribuyen, etc., se producen en dimensiones temporales en donde el historiador recupera su dominio. Las comprobaciones de Labrousse permiten resolver, además, a nivel casi empírico, problemas como el de la transición de un sistema económico a otro en los que la «teoría» suele acumular un bagaje enorme de especulaciones gratuitas.

No resulta extraño, entonces, que la obra de Ernest Labrousse haya suscitado adhesiones casi incondicionales entre una parte de los discípulos de los *Annales*. Sus implicaciones ideológicas, sin embargo, parecen haber desviado a muchos de continuar sus explora-

26 Un discípulo latinoamericano de Labrousse, Enrique Florezcano, ha aplicado con éxito la metodología de *l'Esquisse* (siguiéndola tan minuciosamente como se lo permitían sus fuentes) en *Precios del maíz y crisis agrícolas en México 1708-1810*. México, 1969.

27 Cf. P. Vilar, «Reflexions sur la 'crise d'ancien type', 'inegalité des récoltes' et 'sous-développement'» en *Conjoncture économique, structures sociales. Hommage a Ernest Labrousse*. Mouton. París La Haye, 1974, p. 37.

ciones. Aquí conviene abrir un paréntesis para tratar de definir otras tendencias dentro de la Escuela.

LA HISTORIA SERIADA

El magisterio de los *Annales* e incluso su institucionalización como escuela oficial en Francia logró imponerse después de la crisis de 1929. Pierre Chaunu ha descrito varias veces las etapas de lo que él llama *historia seriada* (en francés, *sérielle*) como etapas de la Escuela. Estas etapas (1929-1960, en donde se inscriben trabajos inspirados presuntamente por la crisis mundial y se absorben, en trabajos regionales, las enseñanzas de los maestros; 1960-1970, aparecen en el horizonte otras crisis, esta vez de carácter político: fin de las guerras de descolonización, transformación de la guerra fría, revueltas estudiantiles, etc.; 1970, etapa planetaria de la historiografía del computador) coincidirían con una respuesta de los historiadores de la Escuela a los problemas mundiales. Según Chaunu²⁸, después de 1929 la angustia hizo presa de los historiadores. Frente a una crisis, descrita en términos barrocos como «atmósfera dolorosa», «con dimensiones enormes y con repercusiones infinitas», que quiso dar una respuesta subordinando la encuesta histórica a los problemas de la economía política.

Chaunu (que tiene su peculiar idea de *la grandeur*) exagera no sólo la inmediatez de la respuesta o su relevancia sino también su alcance. No se sabe muy bien por qué, él lo supone universal. A pesar de su influencia indiscutida, la Escuela de los *Annales* sigue siendo una escuela nacional. Y muy posiblemente la aparición casi simultánea de los trabajos de Simiand y de Labrousse en el ámbito de la crisis de 1929 obedeciera a una coincidencia. Su elaboración debió llevar la mayor parte del decenio de 1920 y, en el caso de Simiand, tanto el tema de la encuesta como la metodología proceden directamente de las formulaciones positivistas de comienzos del siglo.

28 Cf. Pierre Chaunu, *Histoire, science sociale. La durée, l'espace et l'homme à l'époque moderne*. París, 1974. También «Dépassement et prospective» en *Faire de l'histoire*, cit., p. 53.

Los *Annales*, por influencia de Simiand y más tarde de Jean Meuvret, creyeron encontrar en la historia de los precios la clave de la vida económica²⁹. Los precios, a su vez, pusieron en el centro de las preocupaciones de la Escuela los conceptos de crisis, coyuntura y estructura a través de los trabajos de Labrousse, rebasando con ello la aproximación puramente positivista. De otro lado, Pirenne y Earl J. Hamilton, al explorar cada uno por su lado los orígenes del capitalismo, contribuyeron a centrar muchos estudios en torno a los ejes geográficos de la primera expansión capitalista.

Capitalismo, crisis, coyuntura económica: las preocupaciones de la Escuela se orientaban francamente hacia problemas del mundo contemporáneo. La temática renovaba los métodos y propiciaba una apertura hacia las otras ciencias sociales, tal como lo había querido Lucien Febvre. La publicación de los trabajos, a menudo monumentales Tesis de Estado, que comenzaron a aparecer a comienzos de los años cincuenta (auspiciados por la recién organizada Sección VI de la Escuela de la Práctica de Altos Estudios), se ordenaban dentro de tres rúbricas: 1. Puertos, rutas y tráficos; 2. Negocios y gentes de negocios y 3. Moneda, precios, coyuntura.

De este programa, que la coyuntura coronaba como última elaboración, resultaba un énfasis especial para los fenómenos de circulación. El tráfico y el volumen de los intercambios debía verse como un sustituto de cifras inalcanzables de producción³⁰. Se ponía de relieve también el rol del empresario pero reducido a su carácter de intermediario. El programa se ocupaba sobre todo de la formación de la unidad del occidente europeo y de su expansión creciente: era, en rigor, un programa de estudios del siglo XVI, del surgimiento de los primeros imperios de la modernidad y del colonialismo. El tema del expansionismo aludía de manera indirecta a la formación del capitalismo, como si éste surgiera de unas mayores posibilidades de intercambio. No es raro que surgiera el equívoco de un capitalismo que no lo era del todo, el famoso capitalismo mercantil.

A pesar de las preocupaciones que había traído la crisis de 1929, cuando aparecieron los trabajos de una segunda generación de la

29 Cf. *Annales*, Janv. Mars. 1951, p. 61.

30 Cf. Chaunu, *Histoire, science sociale*, cit., p. 64.

Escuela la crisis ya estaba lejos. De otro lado, la llamada *historia seriada* no había adelantado mucho, ni fue nunca más lejos que Labrousse, en el conocimiento de los resortes últimos de una crisis de tipo capitalista, así la Escuela se siguiera ateniendo a las enseñanzas de Schumpeter más bien que a las de Keynes³¹.

Pero en cambio aparecían en el horizonte nuevas preocupaciones a las que podía aplicarse el saber acumulado. Una de ellas, la descolonización y la emergencia del Tercer Mundo que podría recoger la lección acumulada por una historia del desarrollo económico europeo.

En 1959 Fernand Braudel, E. Labrousse y P. Renouvin rendían un informe sobre «las orientaciones de la investigación histórica»³². Este informe, destinado a captar la ayuda presupuestal del gobierno francés para la investigación histórica, mostraba un interés especial por la historia de la técnica, hasta entonces descuidada, y proponía estudios de crecimiento, «muy en boga entre los economistas». En ese momento los historiadores se sentían capaces de competir con los economistas para encontrar las claves del desarrollo, «...en ciertos aspectos un problema muy viejo, que hoy puede ayudar a resolver una fuerte información estadística, elaborada en series seculares...».

La escuela de los *Annales* concedió siempre una importancia desmesurada a estas famosas series seculares. Tanto que su mera elaboración ha dado lugar a un tipo de historia, la *historia seriada*. En ella la cronología usual de los historiadores adquiere los perfiles de una curva que permite cuantificar, en un momento dado, la suma de una actividad humana. Dentro de esta preocupación Pierre Chaunu, que ha consagrado una gran devoción a las series, quiso inscribir su trabajo fundamental sobre Sevilla y el Atlántico. Para Chaunu la historia seriada se convertía en la última piedra de toque del conocimiento

31 Los puntos de vista de algunos discípulos de la Escuela son muy semejantes a la encuesta que proponía Joseph A. Schumpeter en 1939: «...Debemos ir tan lejos como sea posible en el pasado —porque no tenemos otra manera de observar un gran número de unidades fluctuantes— y de aquí que la investigación histórica sea de importancia excepcional, aún para tratar con lo más práctico de los problemas contemporáneos...» Cf. *Business Cycles*. Edic. abreviada. Nueva York, 1964.

32 Cf. *Revue Historique* t. 222, Juillet. Sept. 1959, pp. 34 ss.

histórico, si bien admitía que tal historia debía ponerse al servicio de la economía, apenas como un material empírico debidamente ordenado y depurado por los historiadores. El historiador proponía poner al alcance de los economistas teóricos un material más vasto de observación, pues advertía que éstos continuaban moviéndose dentro de simplificaciones de la realidad o dentro de cortes temporales cuya precariedad no podía fundar un conocimiento con una sólida base empírica.

Como se ha observado recientemente, al comparar los resultados de la historia seriada y los de la *New Economic History*, la construcción de series no está orientada por la teoría económica sino más bien por la existencia de acervos documentales. Al cuantificar, a veces valiéndose de hipótesis atrevidas³³, el volumen total de intercambios entre Sevilla y América desde 1504 hasta 1650 (siguiendo el esquema cronológico de Hamilton), Chaunu pretendía rehusar todo lo que no fuera mensurable. Y aclaraba: «...esta forma de historia no es necesariamente económica sino seriada»³⁴.

¿Por qué se hace esta distinción? Aquí valdría recordar de nuevo el punto de partida, las formulaciones positivistas de comienzos de siglo y los intentos de Simiand de elaborar una *teoría empírica* del salario. Se trata, en últimas, de una elaboración sobre los hechos, a los cuales no renuncia el historiador. La serie es una primera aproximación, a veces una indicación útil de un orden de magnitudes. En ausencia de una teoría y de unos conceptos (como, en el caso de Labrousse, el empleo de los conceptos de salario, renta y ganancia confrontados en varias sucesiones temporales) se confía un poco ciegamente en que la serie larga descubra de suyo una racionalidad.

Uno de los rasgos que han marcado, en efecto, la originalidad de algunos de los discípulos de *Annales* radica en que sus trabajos de historia económica han mantenido distancias con respecto a la teoría económica. Por esto, a pesar de los esfuerzos por lograr un acercamiento con los economistas, éstos se han mostrado escépticos con respecto al valor demostrativo de las reconstrucciones seriadas. En

33 Cf. *Séville et l'Atlantique* (1504-1650), Première Partie: Statistiques. t. VII. París, 1957, p. 12.

34 *Ibid.*

este sentido existe una oposición irreconciliable entre el uso parcial de las series entre los historiadores y los intentos de J. Marcsewski. Éste, como la *New Economic History*, ha querido ligar más estrechamente la reconstrucción histórica a la teoría económica subordinando toda construcción cuantitativa a un modelo (en su caso, el de la contabilidad nacional). Los historiadores le objetan que ya no se trataría entonces de historia sino más bien de econometría retrospectiva³⁵.

Uno de los representantes de la Escuela, François Furet, distingue entre el aspecto técnico de la historia cuantitativa, el cual se refiere a la formación de las series y a los modelos de interpretación estadística, y el objeto específico de la historia, el tiempo, como dimensión diacrónica de los fenómenos. En este contexto la serie consiste apenas en una reconstitución peculiar de los hechos. Ya no se trata de los hechos puntuales y delimitados de la vieja historia erudita sino de regularidades perceptibles mediante la reconstrucción de la serie. Ésta permite el acceso estadístico a realidades de masa, las cuales no se agotan en su aspecto cuantitativo. Redefinido de esta manera el hecho histórico, Furet advierte que la disciplina histórica no posee conceptos propios. Los nuevos hechos tendrán que ser manipulados estadísticamente «...sobre la base de hipótesis que, originales o prestadas, dependen de la intuición del historiador»³⁶. Como puede verse, los defensores de la historia seriada no han avanzado mucho en el campo teórico con respecto a las proposiciones de

35 Cf. Jean Marcsewski, *Histoire quantitative, buts et méthodes*. ISEA, París, 1961. Y las críticas de P. Vilar, «Pour une meilleure compréhension entre économistes et historiens. Histoire quantitative ou économétrie retrospective?» en *Revue Historique*, t. 223 Av. Juin 1965, pp. 293-312. Hay traducción en castellano. Respecto al intento similar de la *New Economic History*, la actitud de la escuela francesa se divide en un franco rechazo (Chaunu, por ejemplo) y en una franca invitación a asimilar sus métodos: «...si no asimilamos a la Fogel —decía Le Roy Ladurie en su discurso inaugural cit.— los elementos de la teoría económica más sofisticada, nuestra escuela exagonal de investigadores se expone a encontrarse un día en posesión de un capital de saber que estará ligeramente sobrevalorado». Lo de exagonal alude a la forma del mapa francés.

36 Cf. François Furet, «Quantitative History» en *Historical Studies Today*. Edit. por F. Gilbertand y S. Graubard. Nueva York, 1972, pp. 46 y 47.

Simiand y de Febvre y han retrocedido más bien con respecto a Labrousse.

La herramienta estadística no sólo permite la configuración de hechos uniformes (*institucionales*, según la expresión de Lacombe) sino también la percepción de hechos nuevos. Hechos colectivos, hechos de masa, prolongaciones antes imperceptibles en un tiempo puntual, han entrado en el dominio del análisis histórico. Con tales hechos y con tales técnicas la noción misma de fuente ha sufrido una mutación profunda. Este es un enriquecimiento indudable, pero el viejo problema del positivismo permanece intacto: ¿hasta dónde puede confiarse en que la reconstrucción de los hechos constituya la realidad histórica que se busca construir?

Para uno de los amigos de la Escuela, el historiador polaco Witold Kula, el alargamiento de las series multiplica las posibilidades de análisis. Pero toda serie no puede prolongarse indefinidamente. Cada una posee cisuras y puede representar, en un momento dado, relaciones diferentes. La serie no es más que un signo y un signo equívoco. Así, las series sobre salarios, por ejemplo, pueden resultar incomparables del hecho de que, de una época a otra, no son homogéneas. Inclusive en la misma época, y aún en el mismo tipo de actividad, pueden tener significaciones diferentes según el nivel de la técnica empleada³⁷.

El mismo Kula resuelve este problema acogiéndose al concepto marxista de formaciones socioeconómicas y al postulado de que estas formaciones se rigen por leyes propias y por tanto de una validez limitada en el espacio y en el tiempo. Al examinar el sistema feudal *insiste en la necesidad de formular una teoría económica para ese sistema exclusivamente*. La teoría económica que corresponde a otro sistema, el capitalismo, por ejemplo, resulta inadecuada cuando se enfrenta a este nuevo objeto de investigación³⁸.

Kula no pudo disponer, para el período que se propuso estudiar (Polonia, entre los siglos XVI y XVIII), de las series largas que manejó Labrousse y que procedían de una administración perfectamente centralizada. Esto no fue óbice para que, de la misma manera que

37 Cf. «Histoire et économie» en *Annales*, Mars. Av. 1960, p. 305.

38 Cf. Witold Kula, *Teoría económica del sistema feudal*. Siglo XXI, México, 1974.

este último, llevara a cabo su análisis en dos dimensiones temporales: el corto y el largo plazo. En éste encuentra, lo mismo que Labrousse, fenómenos recurrentes que «...obrando acumulativamente, conducen a transformaciones estructurales»³⁹. Estos fenómenos no son perceptibles en el plazo corto ni son una mera prolongación de otros fenómenos observables en esta dimensión temporal.

Las series temporales, de mero expediente empírico para manejar *regularidades* a la manera positivista, se han convertido en instrumento (en el caso de Labrousse o en el de Kula) para alcanzar planos temporales diferentes. El análisis de largo plazo permite inclusive la construcción de una periodización racional, siempre y cuando se esté atento a los límites que impone la peculiaridad de una formación económico-social, es decir, a las leyes que le son propias.

La reflexión sobre estos planos temporales pasa por ser uno de los aportes más significativos de la Escuela de los *Annales*. A ella han contribuido no sólo los estudios sobre coyuntura y sobre los fenómenos de larga duración en el terreno económico sino, como se verá enseguida, el tratamiento de la estructura espacial en la obra de Fernand Braudel.

EL REFINAMIENTO DE LOS CONCEPTOS: LA LARGA DURACIÓN

A partir de 1957 los *Annales* intensificaron los contactos y los debates con practicantes de otras ciencias sociales: Gurvitch, Lévi Strauss, R. Barthes, J. Greimas, W. W. Rostow, etc. tomaban sucesivamente la palabra en la revista en tanto que su nuevo director, Fernand Braudel, daba un fuetazo a la polémica con un artículo sobre la *larga duración*⁴⁰.

Si bien los fundadores de *Annales* habían reconocido públicamente su deuda con el positivismo⁴¹, una segunda generación pro-

39 *Ibid.*, p. 138 y especialmente p. 146.

40 «Histoire et sciences sociales: la Longue durée». En *Annales*, Oct. Dec. 1958, pp. 725-753. Traducción española en *La historia y las ciencias sociales*. Alianza Edit. Madrid. 1968, pp. 60-106.

41 Véase por ejemplo la manera como Marc Bloch define los debates de comienzos de siglo en *Introducción a la historia*. México, 1952, pp. 18-19.

clamaba sus distancias con respecto a aquel al advertir que ya, en los años treinta y cuarenta, la atmósfera mental no era la misma y que las ciencias no aspiraban forzosamente a postular principios de validez universal. Pero tan pronto como las ciencias del hombre llegaban a una cierta madurez se anunciaba que estaban en crisis. ¿En qué consistía esta crisis? Para la historia, al menos, en su deseo de afirmarse como disciplina autónoma frente a una sociología cada vez más formalizada pero de la que había recibido un gran impulso. Por eso Braudel no dudaba en definir la historia como una colección de oficios, de curiosidades o de puntos de vista. Mucho en esta discusión, en especial con Gurvitch, es específico del mundo académico francés de fines del decenio de los cincuenta y comienzos del de los sesenta.

Braudel reconocía, por ejemplo, un «imperialismo», una «hinchazón» de la historia⁴². Un poco más tarde Roland Barthes le hacía eco y observaba que el sueño de unidad de las ciencias humanas se había quedado a menudo en la formulación de sus premisas teóricas. Que su realización no iba a operarse por adición de disciplinas, por una especie de federación. La unidad, según él, debía encontrarse en profundidad, prescindiendo de los marcos tradicionales de las disciplinas académicas. Esto exigía un imperialismo abierto en el que debían embarcarse las dos disciplinas mejor afianzadas en el mundo académico francés: la historia y la antropología⁴³.

A su turno, Fernand Braudel reconocía que, debido a los progresos mismos de las ciencias del hombre, cada una se hallaba trezada en «embrollados pleitos» para establecer sus límites o afirmar sus superioridades. Por su parte, ofrecía una perspectiva temporal, el dominio indiscutido de la historia, para fundamentar un objetivo común de las ciencias humanas. Para Braudel las elaboraciones historiográficas de los últimos veinte o treinta años (es decir, a partir de 1930 a 1940) habían acumulado observaciones sobre un tiempo múltiple. Se había comprobado cómo fenómenos históricos de alcance diferente se desarrollaban en un transcurrir diferente. Para captarlos

42 *La historia y las ciencias sociales*, cit., p. 116.

43 Cf. *Annales*, Nov. Dec. 1964, p. 1.087.

como tales fenómenos, para darles una entidad reconocible, había sido necesario identificar la dimensión temporal en que se movían. El contacto con sociólogos y economistas de confesión positivista (que habían llamado inicialmente la atención sobre *regularidades* comprobables estadísticamente) había llevado a la comprobación empírica de movimientos de coyuntura. Para expresar estos fenómenos el pasado tenía que descomponerse en decenas y veintenas de años. Más allá de esta comprobación todavía podía hacerse otra de fenómenos que sólo se revelaban como una unidad, o como una *estructura*, en un transcurso secular. La historia económica (y Braudel tenía en mente sin duda los trabajos de Labrousse) había confrontado alguno de sus conceptos con este juego temporal, con esta *dialéctica de la duración*. Pero esta era apenas una primera introducción a la historia de *larga duración*, una primera clave.

Para Braudel, en efecto, la noción de larga duración se derivaba de múltiples aproximaciones a la historia. La suya propia, en la cual tuvieron una gran influencia los geógrafos, se había ocupado de las transformaciones que, en diversos niveles temporales, afectaron al espacio mediterráneo y a las sociedades que tuvieron como eje este espacio. Si la óptica del historiador se desviaba de los meros acontecimientos, inscritos en un lapso fulgurante, para ocuparse de *estructuras*, es decir, de relaciones aparentemente estables como las que se ofrecían en su investigación entre un espacio y las masas sociales que sustentaba, había que concebir un tiempo casi inmóvil o muy lento para percibir cambios significativos.

Braudel mencionaba también la presencia de un tiempo largo en algunos pocos ejemplos de tratamientos historiográficos de la historia intelectual: la persistencia de temas literarios (en E. R. Curtius, Braudel hubiera agregado un tratamiento similar de temas iconográficos en E. Panofsky), de una concepción espacial en la pintura (Francastel) o de una concepción ideológica del mundo (Febvre). Lo que podía interesar al historiador no era solamente la permanencia de estas estructuras sino su erosión, su desagregación espontánea o provocada. O el proceso de su formación. Y como este triple movimiento de formación, permanencia y desagregación se operaba en una *larga duración*, esta dimensión temporal debía incorporarse en la base de todo estudio histórico. Para Braudel toda la historia debía

replantearse con relación a este nivel profundo, en el que las estructuras aparentemente más estables estaban dotadas de movimiento, así fuera casi imperceptible.

En la concepción braudeliana se está muy lejos del voluntarismo histórico que se derivaba de las concepciones liberales sobre el contrato social y que permitía moldear las sociedades sobre un consenso. Se ha llegado, imperceptiblemente, a una ecuación entre historia y naturaleza. Inútil inquirir en la primera por una causa o siquiera por un agente de los cambios. Los llamados agentes históricos disuelven su acción en la futilidad del *tiempo corto*. Y sobre ellos operan determinaciones que apenas perciben y que proceden de la coyuntura. Los actores se ven superados así por fenómenos envolventes y, en el límite, por un tiempo que acarrea consigo cambios más radicales que aquellos que pueden inscribirse en el lapso de una vida humana. Los sistemas sociales mismos no representan sino arreglos provisorios destinados a ser barridos por este tiempo en el límite de lo móvil.

No habría que exagerar, empero, las implicaciones de la larga duración por cuanto no siempre la noción se aproxima a un tiempo cósmico que diluye la historia en la naturaleza. La primera intuición braudeliana se deriva de la geografía humana y de la ubicación del hombre en vastos espacios. El concepto ha inspirado también la reconstrucción de ciclos climáticos con métodos históricos, pero esto no significa que su campo de acción opere usualmente dentro de una indefinición cósmica⁴⁴. De ser así, la historia profunda hubiera sustituido a la historia monda y lironda. Lo cierto es que —sobre todo en los terrenos de la historia económica y social— la larga duración se ha visto constreñida a los límites obvios de una presencia humana o a los que impone la posibilidad de cuantificación de algunos fenómenos y, aún dentro de éstos, a las necesarias fisuras que se presentan en la transición de un sistema económico a otro.

44 Sobre este problema. Cf. Guy Beaujouan, «Le temps historique» en *L'histoire et ses méthodes*. La Pleiade. Gallimard. París. 1961.

DEBATES: HISTORIA Y ESTRUCTURALISMO

El artículo de Fernand Braudel ofrecía como un puente para las ciencias humanas el concepto de larga duración. Pero la polémica se movía también en otras direcciones al tratar de precisar lo que para los historiadores constituía una estructura. Aquí vale la pena anotar que, en adelante, aún lo que podría denominarse el «ala izquierda» de la Escuela cerró filas en torno a la identificación braudeliana de la estructura con el tiempo largo⁴⁵.

Diez años antes del artículo de Braudel, Claude Lévi Strauss se había referido a un programa lúcido y modesto que había confinado a los historiadores desde los tiempos de Hauser y Simiand. No sólo quería recordar los orígenes positivistas de la Escuela de los *Annales* sino deslindar, con una cierta brusquedad, los dominios de la historia y de la antropología⁴⁶. La historia no daba cuenta, según él, de los elementos inconscientes de las sociedades humanas. Elementos que poseen una estabilidad de la que carecen los hechos conscientes, volitivos, que pertenecen al campo de estudio de la historia. Tales elementos, en el primer caso, pueden ser percibidos con respecto a la duración simultáneamente y así aparecen en las ciencias de la *sincronía*.

Esta distinción entre *sincronía* y *diacronía*, tomada del *Curso de lingüística general* de Saussure, funda la noción de estructura, particularmente en lingüística, en donde todos los elementos son solidarios unos de otros simultáneamente. Cualquier elemento de inestabilidad (diacrónica) negaría de suyo la posibilidad de aprehender una estructura.

De otro lado, los fenómenos inconscientes que aparecen en las sociedades humanas estarían inscritos en una estructura fundamental del espíritu humano, a la cual se acercarían precisamente los métodos estructuralistas. Según Lévi Strauss una actividad inconsciente

45 Cf. Albert Soboul, «description et mesure en histoire sociale», en *L'histoire sociale, sources et méthodes*. París, 1967, p. 12. Labrousse. *Las estructuras y los hombres*, cit., p. 96.

46 Cf. Claude L. Strauss, «Histoire et ethnologie» en *Revue de Metaphysique et de Morale*, LIV, Nos. 3-4 (1949). Artículo incluido como capítulo I de la *Antropología estructural*.

del espíritu imprime sus formas, siempre las mismas, en contenidos objetivos: costumbres, instituciones. Lo esencial del método estructuralista consistiría entonces en «... agarrar la estructura inconsciente que yace bajo cada institución y cada costumbre para obtener un principio de interpretación válido para otras instituciones y otras costumbres...». De esta manera se elimina lo imprevisible y lo contingente, ya no de la manera positivista, mediante la comprobación de regularidades empíricas, sino mediante el postulado expreso de un principio de interpretación invariable: el inconsciente estructural⁴⁷.

El deslinde que quería introducir Lévi Strauss en 1949 entre historia y etnología estaba condenado a girar en el vacío. En ese momento cualquier historiador hubiera admitido que aun en historia existen procesos inconscientes y que sólo la vieja historia *episódica* o historia *historizante* perseguía los hechos conscientes en un encadenamiento temporal lineal. Un proceso económico es, a no dudarlo, un resultado de la actividad humana. El todo de este proceso sólo llega a ser consciente excepcionalmente, pero aún así no puede afirmarse que sea un contenido que lleva impresa la marca de una forma fundamental del espíritu humano. A menos que con ello quiera expresarse simplemente un truismo: de que la economía es una actividad humana que puede hallarse en todas las sociedades conocidas. Y nadie ha intentado la explicación de los procesos económicos mediante la comprensión de una estructura del espíritu.

En 1958 se publicó la *Antropología estructural* de Lévi Strauss, cuyo primer capítulo era su artículo de 1949. Ese fue también el año de la aparición del artículo de Braudel sobre la larga duración, el cual quería despejar algunos equívocos contenidos en la *Antropología* respecto al quehacer histórico. En primer lugar, a la altura del desarrollo historiográfico de los *Annales*, no podía hablarse de que la historia se ocupara ya de hechos conscientes. Precisamente la historia inscrita en la larga duración (Labrousse, Curtis, Francastel, Febvre, Panofski) había buscado los condicionamientos en los que no podía

47 Cf. a este respecto los comentarios de Emilio de Ipola, «Etnología e historia en la epistemología estructuralista» en M. Castells y E. de Ipola, *Metodología y epistemología de las ciencias sociales*. Edit. Ayuso, Madrid, 1975, pp. 94 y 105.

discernirse un patrón consciente o con respecto a los cuales no podía buscarse siempre una respuesta consciente a nivel individual o a nivel colectivo. Más aún, en la larga duración la historia buscaba un nivel profundo, objetivo, en hechos repetidos indefinidamente y en los que la conciencia no tenía nada que ver.

Tampoco la historia era extraña a la noción de estructura. En este punto Braudel ofrecía deliberadamente un terreno de confluencia reconociendo en la historia un estrato intemporal, casi inmóvil. La larga duración aparecía de esta manera como un terreno común de observación. Si la estructura sólo era evidente en un terreno ahistórico, en el que la sucesión temporal era un elemento perturbador, en ese momento la historia prestaría una noción en la cual podía ser válida la observación sincrónica. Con ello no quedaba eliminada la noción temporal, antes bien, se acentuaba. Un tiempo en el límite de lo móvil podía sustentar estructuras de transformación muy lenta.

¿Aproximación? Aunque el propósito confesado de Braudel fuera alcanzar una primera convergencia entre las diferentes ciencias humanas a través de un concepto fundamental, no hay duda de que su artículo no hacía otra cosa que teorizar su propia experiencia como historiador. Para empezar, a veces prefería referirse a *modelos* antes que a *estructuras*. No se trataba de captar formas fundamentales del espíritu humano inscritas en las cosas, así fuera a través de los *modelos mecánicos* de la etnología. En éstos se trataba del estudio de pequeños grupos, en los que cada individuo era directamente observable «...y en los que una vida social muy homogénea permite definir con toda seguridad relaciones humanas, simples y concretas y poco variables»⁴⁸.

Según Braudel, en historia, a diferencia de la lingüística o de la antropología que quería fundar Lévi Strauss, resultaba imposible perseguir un átomo social, o unidad fundamental, que permaneciera constante a través de las transformaciones impuestas por la duración. Los modelos implícitos en la obra de un historiador trataban igualmente de captar una estructura pero no podían pretender a una validez intemporal. En la corriente del tiempo eran como barcos que

48 Artículo, cit.

la remontaran por algún tiempo pero que naufragaban una vez deshecha la estructura que los sostenía.

El diálogo entre estructuralismo e historia no hizo otra cosa que ayudar a precisar la manera como los historiadores habían concebido, desde hacía tiempo, las transformaciones estructurales. En 1968, diez años después de publicada la *Antropología estructural*, una discusión pública⁴⁹, en la que intervinieron Ernest Labrousse, el lingüista André Martinet y algunos historiadores, acentuaba las diferencias de concepción. Albert Soboul repetía, siguiendo a Braudel, cómo una estructura en historia era transportada en el tiempo y desgastada por él⁵⁰. Para Labrousse, inclusive la coyuntura, cuando refleja un estado de cosas que se repite insistentemente, es una estructura: «...en historia, el movimiento es también una estructura...»⁵¹.

En todos estos casos se trataba de una confrontación con el concepto de estructura que, finalmente, lo reducía a un equívoco. Es decir, a dos aproximaciones tan diferentes a la estructura que resultaban inconciliables. La noción sugería a los historiadores una armazón, una arquitectura, pero no de partículas homogéneas y complementarias sino de elementos complejos y contradictorios, capaces de introducir modificaciones sucesivas en el conjunto⁵². Afirmar, por otra parte, que el movimiento en una estructura resultaba una paradoja demasiado fuerte para quienes pretendían fundar una ciencia de la sincronía.

La obra —todavía en sus inicios— de Nathan Wachtel⁵³ permite medir la magnitud de este equívoco inicial. Es verdad que esta obra, rigurosamente estructuralista, confina en los límites de la historia y de la etnología. De otro lado, sus análisis se limitan voluntariamente

49 V. nota 25.

50 *Ibid.*, p. 119.

51 *Ibid.*, p. 97.

52 *Ibid.*, p. 122

53 Cf. *La vision des vaincus. Les indiens du Perou devant la conquête espagnole 1530-1570*. Gallimard. París, 1971. También, «Pensée sauvage et acculturation: l'espace et le temps chez Felipe Guaman Poma de Ayala et l'Inca Garcilaso de la Vega» en *Annales*. Mai-Aout, 1971. Y «La vision des vaincus: la conquête espagnole dans le folklore indigene». *Ibid.* No. 3, 1967, pp. 554-585.

a un texto o a representaciones rituales, es decir, a elementos de comunicación.

Las estructuras que analiza Wachtel, sin embargo, quieren mostrar esas formas fundamentales del espíritu humano que operan a nivel inconsciente. Se trata, en rigor, de esquemas mentales ajenos al mundo occidental, como en su análisis de los textos de Huaman Poma de Ayala. ¿Significa esto, acaso, que el hecho de que otros textos históricos posean otra lógica y de que esta lógica esté formalizada los convierta en manifestaciones conscientes en tanto que textos que poseen una lógica no formalizada tengan que aparecer como productos inconscientes?

No es una coincidencia que el estructuralismo se aplique en los extremos de la historia, allí donde la crónica y el mito se confunden, o a ciertos textos que revelarían una historia cultural profunda. En estas manifestaciones suele haber una contracción violenta del tiempo y los acontecimientos se calcan unos a otros perdiendo su perfil individual y con ello la huella que dejan en el tiempo. Los esquemas implícitos son susceptibles de un análisis estructural, es decir, de ser descompuestos en sus partículas elementales.

Así, el estructuralismo en historia ha sido empleado para acercarse a otros sistemas de razonamiento y, en los análisis de Wachtel, a la percepción de una historia que hasta ahora no ha sido tomada en cuenta. En este caso, aun tratándose de sociedades históricas, historia inconsciente y ausencia de un sentido del tiempo se identifican. La sincronía y el análisis sincrónico cobran allí sus plenos derechos por cuanto los esquemas mentales que presiden los testimonios etnográficos que se analizan unifican allí donde el testimonio propiamente histórico despliega los acontecimientos en su peculiaridad.

En 1971, cuando la revista *Annales* dedicó un número especial a estos problemas⁵⁴, muchos equívocos habían sido despejados. Por un lado, se había advertido cómo el método estructuralista rehuía deliberadamente la historia para romper «... el molde historicista en el cual (algunas disciplinas) habían sido fundidas». Esto era bastan-

54 *Annales*, Mai-Aôut, 1971.

te obvio en la *Antropología estructural* de Lévi Strauss, en donde el estructuralismo se daba como una alternativa al difusionismo y al evolucionismo, pobres remedos de historia. Pero para los historiadores era igualmente claro que la realidad social no podía tratarse como un simple agregado de unidades elementales⁵⁵.

ANNALES Y EL MARXISMO

La polémica con el estructuralismo trajo consigo el tardío reconocimiento de aquello que la elaboración histórica debía a Marx. Aunque también Lévi Strauss había reconocido un parentesco —así hubiera sido contraído en su adolescencia— de su pensamiento con Marx. La geología, el psicoanálisis y el marxismo le habían mostrado el valor de un modelo afín a la estructura del entendimiento. Según él, la meta del marxismo era también la de construir un modelo⁵⁶.

A su turno, Fernand Braudel veía en el marxismo un mundo de modelos. Además, estos modelos estarían inscritos precisamente en la larga duración. Y Labrousse señalaba la grandeza del marxismo en haber constituido una base común para las ciencias sociales. Al mismo tiempo le parecía que la estructura (entendida como un conjunto de relaciones mayoristas) podía servir de fundamento a todas las ciencias⁵⁷. Albert Soboul atribuía el manejo de esta noción a historiadores influidos precisamente por el marxismo. André Burguière llegaba a una conclusión semejante en la presentación del número de *Annales* consagrado a «Historia y estructuralismo».

Este reconocimiento oficial del marxismo en el mundo académico francés no deja de plantear nuevos equívocos. Primero, porque como lo advierte Burguière, hasta el momento ninguna obra histórica importante (al menos en la esfera de influencia de la Escuela) ha podido reclamarse enteramente como marxista. Luego, porque si así fuera, sería muy dudoso que pudiera colgársele la etiqueta de estructuralista.

55 *Ibid.* Presentación, p. II.

56 Cf. C. Lévi Strauss, *Tristes tropiques*, Plon, París, 1955, p. 44.

57 *Art. cit.*, p. 193.

Paradójicamente, el reconocimiento de Marx ha penetrado en la escuela de los *Annales* a través de una polémica sembrada de equívocos con el estructuralismo. La coyuntura, trabajada magistralmente por E. Labrousse, se ha convertido, en su propio pensamiento, en estructura. La movilidad misma de la historia se ha transformado en esta discusión en estructura.

De todos modos debe reconocerse que, independientemente de la cuestión estructuralista, la reflexión de Ernest Labrousse, en la que se combinan la exploración de ciclos de corta y larga duración con el análisis de sus aspectos sociales en la diferenciación de los tipos de ingreso, ha abierto una ventana hacia la teoría marxista. Su definición de crisis de subsistencias o crisis de antiguo régimen señala una precisión importante con respecto a un modo de producción. Las fluctuaciones de precios y de ingresos desembocan en una demostración empírica de los conflictos. Éstos aparecen en las sacudidas más espasmódicas de la corta duración y se incuban en un proceso de transición entre las crisis de antiguo régimen y una fase ascendente (de larga duración) que culmina en un nuevo modo de producción. De esta manera los acontecimientos de superficie se inscriben en el marco de coyunturas y éstas, a su vez, reposan en transformaciones estructurales más profundas.

En materia de historia social la síntesis marxista ha irrumpido como una necesidad dentro de las certidumbres cuantitativas de la Escuela. Hoy existe un esfuerzo indudable, por parte de algunos de sus discípulos, por recuperar para el marxismo aquellos desarrollos de la práctica histórica que convergen hacia una definición concreta de los modos de producción⁵⁸.

Hay que precisar que no existe un cuerpo homogéneo de doctrina dentro de la Escuela. Conceptos como estructura y coyuntura están lejos de ser unívocos y ni aún la larga duración braudeliana se ha impuesto con una significación uniforme. Inclusive existe un acuerdo entre los historiadores marxistas de la Escuela (Vilar, Soboul, etc.) en que al menos dos de los fundadores, Ernest Labrousse y Marc Bloch, no estuvieron alejados de la problemática marxista. Según Bou-

58 Cf. A. Soboul, «Description et mesure...».

vier el marxismo ha influido, así sea de una manera confusa, ciertos desarrollos de la Escuela⁵⁹. Para Bouvier los trabajos de Labrousse pueden caracterizarse como «...una especie de fusión de Marx y Simiand».

Los parentescos de la escuela de los *Annales* con el marxismo se subrayan ahora, cuando el marxismo ha recuperado su vitalidad y ha resucitado de la muerte cuya partida de defunción había extendido durante la guerra fría «el fin de las ideologías» (y, en Francia, Raymond Aron). De otro lado, habría que examinar de qué manera surge esta aproximación. Porque puede verse en ella, de la misma manera que un artículo de una revista de la Academia de ciencias de la URSS ve en algunas de las investigaciones de la *New Economic History*, una aproximación espontánea al marxismo o, por el contrario, una influencia más directa⁶⁰.

Este problema pertenece a la historia intelectual francesa y para resolverlo habría que explorar el clima mental europeo de la primera mitad del siglo. Que la influencia del marxismo no haya sido explícita, aun más, que haya estado rodeada de equívocos y de vaguedades, se debe al rechazo obstinado de esta herencia por parte del mundo académico. Pero esto no quiere decir que toda traza del pensamiento de Marx haya podido eliminarse del trasfondo de algunos problemas fundamentales.

En 1934 Febvre escribía que los puntos de vista de Marx se encontraban en el origen de muchas especulaciones de los historiadores que se presentaban como una novedad. Lo cual no le impide acordar una discreta preferencia a sus *pares*, Weber, Troeltsch, y sobre todo Pirenne. Para Febvre, en los años de gestación del frente popular y de la lucha antifascista, Marx era un fenómeno cultural. Aun si el historiador no había leído a Marx o se decía «antimarxista», el pensamiento de éste hacía parte de un patrimonio común y sus ideas «...viven mezcladas con otras que les sirven de cortejo, habiendo nacido en el mismo momento, en el mismo medio y del mismo medio...».

59 «Tendances actuelles des recherches d'histoire économique et sociale en France», en *Aujourd'hui l'histoire*, p. 133.

60 Cf. Johan Kahk, «Une nouvelle science historique» en *Ibid.*, pp. 143-161.

Marx se veía así colocado en el mismo complejo de ideas y en una equitativa posición con respecto a otros pensadores del siglo XIX: Comte, Proudhon o Darwin. Todavía muchos historiadores insisten en ver en Marx un precursor de los estudios de historia económica. Sin embargo, su obra plantea hoy otros interrogantes. Sobre todo cuando se habla de la unidad de las ciencias del hombre. Porque debe admitirse que éste es un problema cuya solución no depende, a la postre, de un esfuerzo de síntesis académica. Como lo han mostrado Lukacs y Korsch, al referirse a la categoría de la totalidad, y como lo ve claramente Pierre Vilar⁶¹, este problema está referido fundamentalmente a la *praxis* y a la transformación de la historia, no a su mera concepción teórica.

LA HISTORIA Y LAS CIENCIAS SOCIALES: ¿UNA NUEVA CRISIS?

A partir de las enseñanzas de Lucien Febvre la historiografía ha quedado abierta a cualquier problema que le planteen las ciencias sociales, sus vecinas. De esta manera la historia como síntesis no viviría una vida propia. La perspectiva de una historia total —lo de *parte a parte* (à part entière)— parece moverse perpetuamente dentro del ámbito de las conquistas ajenas. En su lección inaugural en el Colegio de Francia, Emmanuel Le Roy Ladurie (quien sucedió allí a Fernand Braudel) proclamaba casi jactanciosamente que después de Bloch, Braudel y Labrousse, «...la historia había encontrado a las ciencias sociales en el baño y les había cogido los vestidos sin que éstas percibieran siquiera su desnudez»⁶².

La diversidad infinita —abierta— de problemas daría como resultado una gran variedad de teorías. La síntesis, siempre provisoria, pasaría a ser una suma de aspectos tratados y de problemas resueltos. Pero al final, ¿qué garantía poseemos de que esta suma encuentra un orden, una jerarquía que encadene los fenómenos dentro de

61 Cf. Georg Lukacs, *Histoire et conscience de classe*. Minuit, París, 1960, Karl Korsch, *Marxisme et philosophie*. Minuit, París, 1964. Pierre Vilar, «Marxismo e historia en el desarrollo de las ciencias humanas. Para un debate metodológico», en *Crecimiento y desarrollo*, pp. 449-493.

62 Cf. «L'histoire immobile» en *Annales*, mai-juin 1974, p. 692.

un marco inteligible de relaciones? Cada problema debe encontrar su teoría —recomendaba Febvre. Pero de otro lado los conceptos de una cierta amplitud (burguesía, proletariado) le inspiraban desconfianza y los calificaba desdeñosamente de *grandes machines*. Esto marcaba en su actitud distancias con respecto a la teoría y sus alinderamientos necesarios⁶³.

Puesto que se partía al rescate de los hechos buceando en la práctica de todas las ciencias humanas y usando las redes de sus teorías regionales, en los primeros momentos se tuvo una sensación de libertad. Febvre no se cansaba de repetir que debía abolirse los compartimentos-estancos levantados por la rutina académica entre todas las ciencias del hombre. De este modo se conquistaba una libertad, así fuera relativa y sólo en comparación con una experiencia anterior de servidumbre hacia los testimonios juzgados estrechamente históricos.

La actitud de Lucien Febvre ha marcado los posteriores desarrollos de la Escuela. Su sucesor, Fernand Braudel, no se ha cansado de repetir: «No nos gusta el hecho por el hecho... el documento no nos interesa sino repensado por el historiador, colocado por él en su plan de importancia y de explicación, como soporte de investigaciones e interpretaciones nuevas...»⁶⁴.

Este rechazo sistemático del hecho por el hecho remite, sin duda, a las *investigaciones e interpretaciones* nuevas. En un terreno de experimentación, la novedad se erigía como piedra de toque de las investigaciones. Si bien no eran los hechos los que imponían su forma a la investigación —y entre estos hechos algunos privilegiados, los hechos políticos y cualquier hecho podía encontrarse enmarcado dentro de un sistema explicativo más amplio, este marco de explicaciones parecía ser indiferente.

63 *Ibid.* Oct. Dec. 1952, p. 515. «...patriciado, proletariado, palabras de reuniones públicas, de afiches electorales, de manifiestos de partido, no de historiadores». Hoy, estos conceptos elementales que designan un estadio de la lucha de clases se aceptan sin pestañear aún por parte de los historiadores más conservadores. Pero es comprensible que pudieran llenar de impaciencia a L. Febvre en los años de la guerra fría.

64 *Ibid.*, p. 503.

El mismo Braudel reconocía, en 1958, que la historia era tal vez la menos estructurada de las ciencias del hombre y, por tanto, debía aceptar las lecciones de sus vecinas, aunque enriqueciéndolas en una perspectiva temporal. Concretándose al desarrollo del oficio histórico, Braudel preconizaba una especie de indeterminación teórica absoluta: la historia sería la suma de todas las historias posibles, una colección de puntos de vista en los que sería un error privilegiar alguno⁶⁵.

A pesar de la repugnancia aparente por el hecho, en el fondo no se hacía otra cosa que reivindicarlo globalmente. Porque la «suma de todas las historias» *no puede ser otra cosa que la suma de todos los hechos percibidos no importa cómo*: el agotamiento de la realidad en un simple intento descriptivo. En este caso, como lo percibe Foucault con razón⁶⁶, la diversidad de enunciados no puede referirse a un mismo objeto. ¿Cómo, por ejemplo, identificar la historia de Tucídides con la del mismo Braudel? El mismo objeto aparente se ha encargado de una riqueza tal de determinaciones conceptuales que lo hacen cualitativamente diferente.

En algunos casos extremos aún la innovación temática, por audaz que se presente, parece incapaz de superar el esquema epistemológico que orientaba la erudición del siglo XIX. Léase si no esta comprobación de E. Le Roy Ladurie: «Esta era la clásica desventura: yo había querido apoderarme de un documento para descifrar en él las certidumbres de mi juventud; y era el documento el que se había apoderado de mí y me había insuflado sus ritmos y su cronología, su verdad particular...»⁶⁷.

El mismo Le Roy Ladurie admite que en materia teórica la Escuela se ha contentado con aprovechar los hallazgos de otras disciplinas. Éstas han corrido con el riesgo de la exploración de (es su imagen) campos minados. Para este historiador su disciplina debe permanecer agazapada en oscuras galerías y salir a la luz sólo para apoderarse de aquello que pueda aprovechar en un trabajo lento y acumulativo,

65 *Art. cit.*, pp. 61 y 75.

66 *L'archéologie du savoir*. Gallimard, París, 1969, p. 45.

67 *Cf. Les paysans de Languedoc*. Ephe, 1966, p. 8.

desdeñoso de las modas intelectuales⁶⁸. La imagen es mezquina así quiera estigmatizar la ligereza de las modas intelectuales.

En otro caso, un conocido medievalista, Georges Duby, se siente atraído por una nueva ciencia de corte norteamericano, la psicología social, aun reconociendo su conformación empirista, destinada a resolver problemas de propaganda. Todo por atender a la incitación de L. Febvre de aliarse a las disciplinas vecinas, «...solicitándolas, como intentando resolver ella misma sus interrogantes y sus proposiciones»⁶⁹.

La incorporación de técnicas metodológicas que provienen de otras ciencias sociales ha proporcionado a la historia un espesor que antes no tenía. La mera historia institucional o la más escueta historia-batalla han cedido el lugar a una historia que se quiere total. Pero, ¿hasta dónde métodos y técnicas prestados pueden agarrar las profundidades del hecho histórico? En el uso mismo de técnicas más o menos sofisticadas el historiador se encuentra preso por las limitaciones de una información fragmentaria e inadecuada. De otro lado, las metodologías puestas a punto por las ciencias sociales se refieren a realidades que, hasta cierto punto, las conforman. Al utilizarlas, el historiador correrá el riesgo de extrapolar, con el método, conceptos y realidades anacrónicos. A veces el campo entero de aplicación —como en el caso del psicoanálisis— se sustrae a una observación razonable por parte del historiador.

La pugna que se insinuó a comienzos de los años sesenta y que hoy día encuentra más de una respuesta novedosa o aventurada en el estructuralismo, la semiología o la epistemología, radica en imponer una validez teórica, un esquema totalizador que rehuya los cargos de empirismo que los practicantes de las ciencias sociales se suelen lanzar unos a otros. La historia, que desde hace cuarenta años se ha fijado una vocación totalizadora, acoge técnicas y teorías que desde su origen vienen marcadas con ese epíteto.

Por eso la fuerza y la debilidad más notoria de la escuela de los *Annales* ha radicado en su dispersión. Una dispersión buscada deliberadamente para abrazar todo tipo de historia, todo tipo de expe-

68 Cf. «L'histoire immobile» cit., p. 678.

69 Cf. Georges Duby, «Histoire des mentalités» en *L'histoire et ses méthodes*. p. 942.

rimentación investigativa. A pesar suyo, parecería que con el tiempo se ha vuelto a imponer —aunque con una temática más amplia y una pretensión orgánica— una historia *historizante*. La encuesta profunda sobre toda suerte de tópicos ha creado un nuevo tipo de erudición en el que es ya difícil discernir la unidad. El horror inicial de la especialización y la búsqueda de una síntesis se han perdido. Cada investigación se ha instalado en su propio territorio sin una posibilidad remota de confrontar sus hallazgos con todos los demás territorios. La reflexión teórica o las observaciones críticas vienen forzosamente de fuera⁷⁰ porque en el interior de la Escuela cada uno cultiva su parcela con la tranquilidad de saberla un territorio definitivamente conquistado.

Esta dispersión ha logrado, por otro lado, aperturas sucesivas del oficio: hacia la economía, hacia la sociología, hacia la antropología y aun hacia métodos muy característicos de la lingüística, el estructuralismo, etc. Pero aún así no deja de inquietar a sus más recientes practicantes: «...O la historia es el 'hombre enfermo' de las ciencias humanas, y sufre la suerte de su vieja compañera privilegiada, la geografía, que conoció su hora de gloria y hoy, despedazada, busca redefinir su especificidad. O bien, a despecho de una expansión en múltiples direcciones, la historia ha conservado su unidad, su territorio, y puede legítimamente reivindicar que permanece totalizadora...⁷¹. La respuesta a esta inquietud es finalmente optimista por parte de quienes la formulan: juego de espejos, las investigaciones parciales se reflejan constantemente las unas en las otras.

Habría que observar que esta respuesta no deja de ser un poco acomodaticia. En el fondo, no hace sino reiterar una vieja certidumbre del positivismo, de que la realidad se ofrece ya encadenada y que basta un espejo para reflejarla. Aquí se trata, claro, de múltiples espejos, pero su número no altera el principio epistemológico en que se basa esta presunción tranquilizadora.

70 Particularmente Althusser, Lévi Strauss (Cf. el último capítulo de *La pensée sauvage* sobre historia y dialéctica. En esta polémica con Sartre se achaca como un defecto la multiplicidad del tiempo de los historiadores. Althusser, en el capítulo IV de *Para leer el capital*, les reprocha no multiplicarlo lo suficiente) y M. Foucault.

71 Cf. Lucette Valensi y Nathan Wachtel, «L'historien errant» en *L'Arc*, N° 65.

FILOSOFÍA, TEORÍAS Y MÉTODO DE LA HISTORIA*

La reflexión usual sobre la *filosofía de la historia* en las universidades anglosajonas comienza por hacer notar el doble sentido de la palabra historia. Mientras que en el resto de los órdenes del saber la disciplina o la ciencia poseen una designación diferente a la del universo factual de que se ocupan o al menos delimitan con la misma designación un orden de fenómenos: la física no se ocupa de la física sino de los fenómenos físicos en la naturaleza, la economía no tiene por objeto la economía sino que es una reflexión sobre los aspectos económicos en una sociedad, la palabra historia designa tanto la disciplina como su objeto. Por ella se entiende al mismo tiempo tanto el acontecer, la corriente indiscriminada de hechos que fluyen en el tiempo y que cualquiera puede percibir como una prolongación, hacia atrás, de su propio complejo histórico, como la percepción sometida a un ordenamiento por los especialistas que escriben historia. Debe subrayarse que en este último caso no se trata de una percepción caótica, que dé por sentado que en el tiempo se sucede una multiplicidad de fenómenos, todos indiferentemente históricos, sino de una construcción intelectual deliberada.

Esta distinción ha servido para concentrar la reflexión de los filósofos de la historia (en la respectiva sección de los Departamentos de Filosofía) en el segundo aspecto, dejando de lado cualquier especulación relativa a la manera como los hechos mismos (o los fenómenos históricos) podrían encontrar una ordenación espontánea u obedecer a patrones o leyes. De esta manera la reflexión se confina a la manera como los historiadores elaboran sus construcciones.

El punto de partida de esta filosofía de la historia sirve para encarar una epistemología de la disciplina histórica. Es decir, para es-

* Conferencia dictada en el Seminario sobre Ciencia y Tecnología, bajo el tema «La historia como ciencia», febrero de 1978.

tablecer el valor que poseen como conocimiento las construcciones de los historiadores. De esta manera surgen problemas como el de la objetividad del conocimiento histórico, o el de las reglas de inferencia que presiden corrientemente los razonamientos de los historiadores, etc. El tratamiento de la historia o, mejor, de la historiografía, como un modo de razonamiento propio de una disciplina y la especulación en su valor como conocimiento hacen parte del problema más general de una teoría de la ciencia y, en últimas, de la validación de un tipo de aproximación intelectual a la realidad. La discusión epistemológica busca entonces responder a la inquietud de si el llamado conocimiento histórico, tal como lo elaboran los especialistas, constituye o no una ciencia. Aquí se juzgan los procedimientos lógicos que orientan la construcción de los historiadores, contrastándolos generalmente con el modelo de los procedimientos que orientan la construcción de otras disciplinas, reconocidas como científicas.

Este problema de si la historia constituye o no una ciencia restringe sus consideraciones a la manera como se presentan los datos sobre la realidad histórica, a la manera como esos datos son manipulados por los historiadores y, si en últimas, como ocurre en la ciencia, los datos producen una evidencia o verifican una hipótesis o una teoría. Aquí debe observarse que entre dato y hecho existe una relación análoga a la que se encuentra entre las dos acepciones de la palabra historia. El dato se refiere a un hecho, no es el hecho mismo. Es un testimonio o un registro de los hechos y por lo mismo una primera construcción o versión de los hechos. Se trata en todo caso de una primera aproximación en bruto, no elaborada. A partir de los datos (y no de los hechos, a los cuales el historiador no tiene acceso por razones obvias) son posibles las construcciones de la historiografía. Cualquiera de ellas comienza con una selección de datos adecuada a los términos de un problema planteado de antemano y continúa con una serie de manipulaciones o de «montaje» de los datos.

La filosofía de la historia, tal como se ha descrito, no se pregunta —puesto que esto cae fuera de su alcance y de su propósito— por la relación entre el hecho y el dato. Esta es una tarea que compete a los historiadores, a su reflexión crítica sobre las fuentes, y que hace parte de sus preocupaciones metodológicas usuales. Pero tampoco esta versión de la filosofía de la historia se ocupa de los hechos históri-

cos, anteriores al dato. Concentrada en las reglas que puede observar en la manipulación de los datos por parte de los historiadores, no está interesada por averiguar las formas de sucesión de los hechos, de su encadenamiento, o por la manera como, independientemente de la reflexión, se plasma espontáneamente en órdenes de fenómenos que más tarde se clasificarán como políticos, económicos, sociales, etc.

Esta reflexión, que identifica primero analíticamente órdenes de la totalidad social y luego trata de ver sus articulaciones, sería el objeto propio de una teoría de la historia.

Sin embargo, la idea de ocuparse de la historia en su primera aceptación, simplemente como aquello que acontece o, para darle una dimensión temporal, como el acontecer, y tratar de encontrar leyes o patrones en ese acontecer, fue sistemáticamente rechazada y desprestigiada como una filosofía metafísica de la historia. Se juzgaba que en este caso el filósofo de la historia sustituía abusivamente al historiador mismo. Si éste se ocupaba de exponer, con algún valor de conocimiento, la sucesión multiforme del acontecer, no se veía para qué una reflexión abstracta sobre el mismo objeto, pero empobrecido por el hecho de que el filósofo, a diferencia del historiador, no tenía acceso a los datos. Las visiones globales sobre el acontecer humano, o sobre la historia en su acepción de acontecer no elaborado como conocimiento, resultaban ser así falsificaciones truculentas o, en el mejor de los casos, una segunda elaboración con pretensiones de universalidad de los datos obtenidos por algunos historiadores. Con esto quería excluirse interpretaciones últimas sobre el discurrir global de la humanidad en el tiempo, fueran éstas de tipo teológico (como en el caso de la concepción agustiniana dominante durante toda la Edad Media) o filosófico (como en el caso de la filosofía hegeliana) y aún histórico pero con pretensiones de explicación total (la obra de Spengler o de Toynbee).

Puede decirse entonces que el confinamiento de la filosofía de la historia a una filosofía crítica o a una epistemología ha obedecido a la intención manifiesta de excluir cualquier tentación de elaboración ideológica. La reflexión sobre la totalidad de un acontecer humano que se proyectaba desde los orígenes hasta un hipotético fin de los tiempos introducía forzosamente elementos que pretendían erigirse

en normas del actuar humano o inclinar a la aceptación de un destino preconcebido. El rechazo venía de una doctrina de la libertad humana, en el supuesto de que la historia era el resultado de la actuación espontánea y no condicionada de los hombres. A nadie se le escapará, sin duda, el hecho de que en esta posición hay no sólo implícito un fuerte elemento ideológico sino aún una interpretación global de la historia que no dejan de ser lo que son por el hecho de que no se formulen sistemáticamente.

La filosofía de la historia como filosofía crítica (o como epistemología de una disciplina particular) refuerza la noción de un acontecer no condicionado y sanciona el ejercicio de la interpretación múltiple y aún contradictoria a partir de datos específicos. Cualquier proceso histórico puede construirse o reconstruirse sobre la base de sus propios datos, clasificados según el orden de la actividad humana de la cual se derivan: esto hace posible las historias económicas, políticas, sociales o culturales.

La visión global del acontecer humano, sin embargo, puede tener un sentido diferente al de la síntesis interpretativa que elimina la necesidad misma del conocimiento histórico. Se trata, claro está, de una visión global que no pretende abarcar, como las filosofías de la historia tradicionales, la sucesión temporal entera, proyectando los más remotos orígenes hacia un futuro indefinido y aparecer de esta manera como una profecía. El intento teórico se reduce en este caso a una reflexión sobre la manera como actúan ciertas determinaciones globales dentro de un sistema o una unidad de análisis. Entendida así no es otra cosa que el último refinamiento de un pensamiento histórico por excelencia.

La historiografía académica del siglo XIX había identificado ya períodos o épocas que se ofrecían como dotados de una unidad. Se reconocía, en períodos designados como Edad Media o Renacimiento, rasgos distintivos, un «espíritu» o un «tono» que identificaban al período entero. En dónde residía el fundamento de esta unidad, era un problema susceptible de recibir respuestas múltiples. Aceptada la designación era cuestión de bucear en las creencias, o en los efectos de una nueva actitud ante el mundo y la vida, o en los cambios de un sistema jurídico tradicional, o en la aparición de nuevas formas de concebir el Estado. En fin, todo aquello que se identificaba

vagamente como las manifestaciones de una *cultura* y de sus transformaciones, daba razón de la construcción historiográfica y de la intuición de una unidad fundamental que yacía debajo de las manifestaciones múltiples de la actividad humana.

La periodización se convirtió así en un tema central de la historiografía y en materia de sucesivos descubrimientos. El esquema tripartito (Edad Antigua, Edad Media, Renacimiento) dejó de ser una mera percepción peculiar de los humanistas y un juicio de valor sobre su propia época y su propia actividad literaria para erigirse en un sistema canónico y en un instrumento pedagógico. El tratamiento afortunado de un período y un sentido de identidad semejante al de los humanistas fueron agregando cánones menores como el del Helenismo, la Ilustración o el Gran Siglo. Para explicar estas unidades se introdujeron esquemas organicistas o analogías biológicas. Imágenes de nacimiento, florecimiento y decadencia o muerte correspondían a los ciclos de las grandes civilizaciones. O, sin incurrir en metáforas dudosas, épocas formativas o arcaicas, de apogeo o clasicismo y de decadencia o manierismo se calcaban sucesivamente y parecían reproducir expresivamente la actividad creadora misma del *homo sapiens*.

El valor heurístico de tales imágenes rara vez se puso en entredicho a pesar de que sobre ellas pesara la ambigüedad esencial de si se trataba de imágenes literarias, con un mero valor descriptivo o tenían el alcance de una explicación teórica y eran por lo mismo conceptos definidos. Todas ellas apelaban a un sentido de identificación, de experiencia vivida, y cualquiera podía percibir (o creer que percibía) el pulso de su propia época como afín al arcaísmo, al apogeo o a la decadencia. Las modas intelectuales del siglo XIX —derivadas del romanticismo— y aún las del siglo XX se hacían la ilusión de recapturar la esencia de una perdida Edad Media o de la República Romana o el clasicismo griego. La historia —y el historicismo— era un espejo en el que se podía contemplar la propia imagen si se tenía la voluntad de recrear los valores esenciales de un período. Las coyunturas del momento se reproducían en esta imaginería sucesivamente, de acuerdo con los estados de ánimo. Nunca, como en el siglo XIX, la imagen histórica estuvo revestida de un tal prestigio o se tuvo la

sensación de un sentido histórico, de haber recapturado la historia en sus pulsaciones de nacimiento, esplendor y muerte.

Pero, ¿qué explicaban realmente estas imágenes fuera de su correspondencia con los estados de ánimo de los autores de las modas intelectuales europeas? Las imágenes del arte y de las instituciones grecorromanas llenaron por un instante el vacío que dejaba el repudio del arte y de las instituciones del antiguo régimen. Hoy, a nadie se le ocurriría comparar las instituciones romanas con las creaciones jurídicas de la revolución francesa. El clasicismo de Winckelmann o de Goethe, el prerrafaelismo de Rosetti o los orientalismos tan frecuentes del siglo XIX fueron modas intelectuales y no una recreación de realidades remotas.

El principio abstracto que animaba las periodizaciones canónicas estaba confundido a menudo con el poder sugestivo de la descripción histórica. Pero la manera de asociar imaginativamente todos los fenómenos de un período histórico resultaba muy pobre como teoría. Tales intentos no poseían un fundamento racional sino estético. Como estética fue la teoría del conocimiento histórico en que finalmente desembocaron.

Según ésta, la historia podía recrearse mediante un proceso intuitivo que colocaba al historiador en la posición de captar desde dentro el sentido de un acontecimiento histórico. En contacto con las supervivencias del pasado, el historiador podía percibir su significación peculiar e intentar recrear su contexto mediante procedimientos que no se asociaban con los procedimientos lógicos sino con la recreación de valores estéticos. El historiador holandés Huizinga ha descrito con gran precisión la «sensación histórica», el «contacto histórico» o la «imaginación histórica»:

...el objeto de la sensación no son figuras humanas en su forma individual, ni vidas humanas o pensamientos humanos que uno crea discernir. Lo que el espíritu crea o experimenta a este respecto puede escasamente llamarse una imagen. Con la condición y en tanto eso asume una forma, ésta es algo que permanece complejo y vago: un *Ahnung* (presentimiento, en alemán) tanto de caminos, casas y campos, de sonidos y colores, como de gente sugerente y sugerida. Este contacto con el pasado que se acompaña de una completa convicción de autenticidad puede ser evocado por un renglón de un do-

cumento o una crónica, por un grabado, por unas pocas notas de una vieja canción. No se trata de un elemento que el escritor imparta a su obra usando ciertas palabras. Yace más allá del libro de historia, no en él. El lector lo aporta al autor, en su respuesta al llamamiento del escritor... (*Men and Ideas*).

Este tipo de visualización sensitiva se adaptaba bien a la percepción de la individualidad de una obra de arte. Subyacente a su universalidad estaban todas sus referencias a un momento único que la obra estaba destinada a expresar. Trataba de rescatarse, en palabras de Rickert, un fragmento vivo de la realidad por medio de la imaginación. Todo historiador se ha familiarizado con esta «sensación histórica». Ciertas fórmulas o ciertos episodios no pueden pertenecer sino a un contexto de relaciones que sabemos que están ahí de alguna manera y que, como lo sugiere Huizinga, las palabras sólo contribuirían a trucar. Un testamento del siglo XVIII, por ejemplo, nos sorprende con ciertas fórmulas que, a pesar de ser rituales, no nos son familiares. Su contexto es demasiado complejo y alude a estados de conciencia que se nos escapan en gran parte. Aún así, ningún historiador renunciaría a intentar expresarlos.

Aunque el historiador se aferre obstinadamente a este tipo de experiencia, su valor no puede erigirse en sustento teórico de las construcciones historiográficas. En este sentido la mayoría de los historiadores contemporáneos ha tomado partido por la exigencia positivista de Lamprecht, para el cual «...todo estudio histórico debía conducir a la formulación de conceptos generales, en los cuales el conocimiento de los hechos específicos fueran asimilados y perdieran toda significación independiente» (*Ibid.*).

La generalización de un concepto intuitivo para delimitar un período no se presenta sólo como un artificio descriptivo. En el uso académico pretende una validez como generalización y como concepto aunque quienes lo acuñaron hayan estado lejos de esta pretensión. La posición historicista, que descarta la interpretación global de un período, y más aún si esta interpretación está referida a leyes del acontecer histórico, acepta, sin embargo sin rechistar la caracterización descriptiva de una periodización tradicional. Insiste, a veces, en que tal caracterización es un mero artificio pedagógico, lo cual la lleva a considerar el flujo de la historia como un *continuum*

en el que resulta imposible practicar cisuras. Se trataría, en rigor, de una corriente progresiva en la que la mera acumulación conduce a estadios superiores de la civilización o de la cultura.

La existencia misma de una ciencia histórica depende de que estos conceptos generales no sólo describan sino den la clave de la comprensión de un proceso histórico global y la posibilidad de delimitarlo con claridad. Aquí se postula una doble exigencia, aparentemente contradictoria. Por un lado comprensión global, por otro delimitación necesaria.

La comprensión se refiere en este caso no a un proceso intuitivo de los hechos particulares sino todo lo contrario: la posibilidad de establecer objetivamente sus relaciones dentro de los diferentes planos en los que, analíticamente, los podemos localizar. Más claramente, la posibilidad de encontrar las articulaciones entre fenómenos económicos y sus leyes y estructuras sociales, políticas y mentales. De otro lado, esta comprensión es posible solamente dentro de la previa delimitación de un sistema en el que, sin excluir las contradicciones entre ellos, estos órdenes del complejo social se evidencian como una unidad.

Para el pensamiento idealista hay un espíritu de la época cuya percepción se confía a una intuición de valores específicos. Pero mucho más cerca de nuestra experiencia cotidiana existen relaciones entre los hombres cuya naturaleza no es inasible ni su esencia volátil. A pesar de su variedad, tampoco se trata de formas inagotables y proteicas sino de fenómenos que admiten una conceptualización puesto que conservan rasgos básicos, no sujetos a variaciones súbitas. Precisar la naturaleza de estos fenómenos y de sus relaciones no ha sido la tarea de una filosofía de la historia sino de una ciencia histórica con un fundamento materialista. Hay así, como en toda ciencia, la posibilidad de construir una teoría de la historia o de la manera como se encadenan los hechos objetivos esenciales del acontecer social. Esta construcción teórica puede presidir la captación de desarrollos particulares cuya variedad infinita pone constantemente a prueba (al nivel de la verificación) la solidez de la construcción teórica.

Hasta aquí se han desarrollado algunas ideas básicas respecto a la filosofía y a la teoría de la historia. Pero ¿qué con respecto al mé-

todo de las investigaciones históricas? Quienes se ocupan de reflexiones teóricas suelen conceder poca importancia a las cuestiones de método, a la manera de abordar los datos que confirmarían o infirmarían precisamente sus teorías. Dan por sentado que una concepción teórica correcta proporciona todas las herramientas deseables para la investigación y la elaboración historiográficas. De allí que, sobre todo en América Latina, el paso entre las afirmaciones teóricas y el trabajo historiográfico sea casi insalvable. Curiosamente, los críticos de las obras de historia jamás han tenido una experiencia investigativa y ni siquiera cierta familiaridad con los temas sobre los que ejercen su crítica. Suponen, vagamente, que la crítica de los historiadores puede ejercerse de la misma manera que la crítica del arte, por el gusto. A la comprobación se prefiere el esquema y al examen de una situación concreta la caracterización vacía. La razón parece estribar en la confusión reinante entre filosofía, teorías y métodos de la historia. Es obvio que nadie pretendería que estos tres aspectos no tengan nada que ver el uno con el otro. El tipo de reglas que preside toda elaboración historiográfica o los problemas epistemológicos contemplados por una filosofía de la historia influirán forzosamente o al menos darán razón de su teoría. Y es evidente que, a su vez, la teoría histórica influirá sobre el empleo de los métodos al alcance de los historiadores.

Debe advertirse que estos métodos no se han desarrollado siempre encauzados por una teoría, al menos de manera explícita. Muchos proceden de una práctica de los historiadores y no siempre se han formulado normativamente. Otros, los que proceden de tendencias cuantitativas se prestan al menos a una sistematización temática de acuerdo con el objeto al que se aplican.

La confusión entre métodos y teorías de la historia ha generado prejuicios sobre el empirismo de los historiadores. Los métodos de la construcción historiográfica no se han elaborado a partir de una observación sobre el comportamiento de la realidad histórica sino del tipo de materiales que dan testimonio sobre esa realidad. El historiador no confronta normalmente hechos sino datos. Frente a esta realidad ineludible la teoría cobra todo su valor orientador pero sin sustituir el conjunto de procedimientos que permiten la captación de parcelas de la realidad. Si bien es cierto que ninguna manipula-

ción de los datos puede insuflarles un sentido o descubrir el significado de sus relaciones mutuas, la mera teorización no es suficiente para captar la existencia de situaciones peculiares.

La opinión vulgar sobre los historiadores y sobre su oficio los confina a la búsqueda un poco inútil de hechos heterogéneos o a la confección de relatos. Se supone vagamente que los historiadores andan a la búsqueda de repositorios de datos y que su hallazgo es la base de todo descubrimiento histórico. Lo cierto es que cualquier exploración de un nuevo tipo de materiales ha sido precedida por el verdadero hallazgo, una formulación teórica, y va acompañada siempre de una reflexión metodológica sobre su utilización. Los datos no descubren relaciones sino las confirman. Y su valor probatorio no reside en cada uno aisladamente sino en la posibilidad de construirlos dentro de conjuntos uniformes que, como lo expresaban los positivistas del siglo XIX, señalen regularidades. No sobra advertir que tales regularidades no se buscan gratuitamente sino que cada una obedece a un concepto que las define. No se trata, como podría pensarse, de un mero procedimiento empírico-inductivo de buscar regularidades por ellas mismas, sin asignarles previamente un valor. El ritmo mensurable con que ocurre un fenómeno debe tener, en la teoría, una significación.

Al desarrollo de los métodos históricos ha contribuido el aporte de otras ciencias sociales, en particular la sociología, la economía y la antropología. Problemas, temáticas y conceptos se han desprendido de estas disciplinas para enriquecer y poblar una perspectiva histórica puramente lineal. Estos aportes, sin embargo, ponen a prueba permanentemente la historiografía para asimilarlos de una manera adecuada a la dimensión temporal que maneja, la temporalidad. En el tiempo histórico se disuelven las formaciones económico-sociales tal como el historicismo alemán había captado la disolución de *formaciones humanas* (la expresión es de Meinecke) concebidas como culturas o civilizaciones. En el caso del historicismo idealista el acceso a estas individualidades históricas operaba mediante un principio intuitivo destinado a aprehender su fundamento espiritual, sus valores específicos. En una perspectiva materialista tampoco las leyes económicas o sociales son intemporales. Desde un punto de vista metodológico la historia económica no puede ser tratada mediante

la aplicación automática al pasado de las leyes económicas formuladas por la teoría neoclásica ni la historia social se reduce a la confirmación de la sociología contemporánea. A este respecto observa el gran historiador polaco Witold Kula:

...es un hecho evidente —y hasta una perogrullada— que entre las tesis que se pueden formular sobre el obrar económico humano, no pocas tienen diferentes grados de aplicación cronológica y geográfica, teniendo en cuenta que cuanto mayor sea el campo de aplicación, tanto más estrecho será su contenido. Y aunque, según parece, los creadores de la economía clásica hayan pasado por alto esta verdad, los economistas occidentales de nuestros días llegaron a comprenderla a través de sus investigaciones sobre la economía de los países subdesarrollados, semif feudales, o de los pueblos primitivos...

Según el mismo Kula, la limitación de las leyes económicas está asociada a la limitación de los sistemas socioeconómicos que las sustentan. En otras palabras, sociedad y economía, como un sistema global, deben ser contempladas por el historiador como un hecho individual para el cual debe formular teorías específicas. De esta manera queda deslindado el aporte de las restantes ciencias sociales, que tiene que ver casi siempre con una perspectiva temporal limitada.

A esta altura surge otro problema sobre la manera como podrían formularse teorías, es decir, marcos explicativos que ordenen los datos históricos y encuentren su verificación en ellos cuando estos datos no nos son familiares o resultan extraños a las teorías de las disciplinas que conocemos. Aquí lo histórico reviste una ambigüedad que debe ser despejada. Por un lado, lo histórico se presenta como el dato bruto entresacado de otras épocas en el cual se supone una esencia que comparte con otros datos de la misma época. Ya hemos visto cómo el historiador percibe esta afinidad engañosa, esta particularidad, sin poderla atribuir a un principio explicativo que no sea el mero producto de su imaginación descriptiva. A este respecto hemos tratado de suprimir la noción de esencia subrayado que la afinidad es explicable si podemos dar con las relaciones recíprocas entre los diversos órdenes de fenómenos, sus articulaciones. De otro lado advertimos también en el dato histórico un parentesco y al mismo tiempo una diferencia con respecto a los datos que nos brinda nues-

tra propia realidad. Estamos en capacidad de identificar fenómenos de crédito en la época colonial, por ejemplo, pero tales fenómenos están ligados de manera diferente al complejo social y su significación no es exclusivamente económica. Un testamento no es la simple disposición de una fortuna material a la hora de la muerte, un acto económico, sino también un instrumento para saldar deudas sociales, fuera de su contenido religioso.

El problema de la construcción teórica de la historia, que Croce interpretaba subjetivamente en torno a un interés vital en el pasado y que expresaba con la fórmula: «la verdadera historia es historia contemporánea», ha sido expuesto por Marx en un pasaje demasiado conocido sobre el «método de la economía política». Según Marx,

La sociedad burguesa es la más compleja y desarrollada organización histórica de la producción. Las categorías que expresan sus relaciones, la comprensión de su estructura, por ello permiten también perspectivas a la estructura y a las relaciones de producción de todas las formaciones sociales desaparecidas, de cuyas ruinas y elementos ella misma se construyó, cuyos vestigios, todavía parcialmente no superados, son arrastrados dentro de ella, cuyos menores indicios han desarrollado en ella una significación explícita, etc. La anatomía humana contiene una clave para la anatomía del mono. Los indicios de un desarrollo superior entre las especies animales subordinadas, empero, pueden ser comprendidos sólo cuando se conoce el desarrollo superior. La economía burguesa suministra así la clave de la economía antigua, etc. Pero de ninguna manera al modo de aquellos economistas que resbalan sobre todas las diferencias históricas y ven relaciones burguesas en todas las formas de sociedad. Se puede comprender el tributo, el diezmo, etc. si se está familiarizado con la renta del suelo. Pero se puede no identificarlos. Más aún, como la sociedad burguesa es en sí misma solamente una forma contradictoria de desarrollo, las relaciones derivadas de formas anteriores se hallarán a menudo en ella sólo en una forma completamente atrofiada o hasta disfrazadas...» (subrayo).

Perspectivas, indicios, formas atrofiadas, ruinas y elementos anteriores permiten acceder a estadios anteriores e identificar sus elementos más durables y capitales, en clara contraposición con los elementos del sistema más desarrollado. Como se sabe, Marx invier-

te las premisas del historicismo, entendido éste como una concepción de escalones que llevan uno a otro y que implica la comprensión de los escalones inferiores primero. Para Marx la crítica —o la autocrítica— del sistema más desarrollado debe haberse iniciado antes de intentar el conocimiento de categorías históricas. De lo contrario se resbalará sobre toda diferencia histórica puesto que no se comprende el carácter temporalmente limitado (hacia el pasado, como hacia el futuro) de las relaciones capitalistas.

Marx advierte que las categorías económicas no expresan a menudo sino aspectos parciales de una sociedad y se refieren a ella como su *materia* (en el sentido de tema). Trabajo, renta, moneda, etc. como categorías económicas sólo expresan «formas de ser, características de la existencia y a menudo sólo aspectos individuales a esta sociedad específica, esta materia...». Por esta razón la sucesión histórica de las categorías, o elementos aislados de un sistema económico, no da razón de los sistemas como tales. En ellos hay un modo específico de producción «...que predomina sobre el resto, cuyas relaciones asignan así un rango e influencia a los otros. Se trata de una iluminación general que baña todos los otros colores y modifica su particularidad. Es un éter particular que determina el peso específico de cada ser que se ha materializado dentro de él...».

Aquí predomina la universalidad del sistema sobre sus datos particulares. La propiedad comunal, por ejemplo, de los pueblos pastores está calcada sobre su forma de producción fundamental. Y entre los pueblos de agricultura sedentaria toda forma de propiedad reviste las características de la propiedad inmobiliaria. En la sociedad burguesa ocurre todo lo contrario: aún la agricultura se convierte en una rama de la industria, siendo dominada por el capital.

Una vez que nos movemos dentro de un ámbito teórico conocido (aunque mal explorado), el de las sociedades pre-capitalistas, cabe esperar un comportamiento *sui generis* de sus categorías económicas, irreductible a las leyes formuladas para el capitalismo. Aquí el historicismo recobra sus derechos lo mismo que el tratamiento empírico de los datos. Un dogmatismo correoso y a veces sordo, usual en los medios universitarios de Latinoamérica, influidos por fragmentos de discusiones parisienses, ha divorciado violentamente el

reino de la teoría intangible de las prácticas historiográficas que aportan un método. Cualquier intento de aproximación a una temática histórica se descarta como empirismo si en ella no se reconoce el *ritornello* familiar y encantatorio de la historia que ya cada uno posee.

EPÍLOGO

La presentación de las anotaciones que preceden en un seminario sobre ciencia y tecnología en la Universidad del Valle suscitó dos tipos de cuestiones sobre las que, tal vez, no se había hecho un énfasis suficiente. La primera, planteada por un científico, demandaba un criterio de verificación para la construcción histórica, similar al de las ciencias físico-naturales. Con esto se revivía una vieja polémica, pues data del siglo XIX, sobre la pretensión de las ciencias naturales en erigirse en un modelo para la ciencia, y la objeción de Karl Popper sobre la previsibilidad de comportamientos como criterio de verificación. Infortunadamente, en toda la discusión se perdió a menudo de vista (por más esfuerzos que hizo el autor para que se aceptara la discusión en estos términos) el antecedente de la naturaleza de los datos históricos. En otras palabras, de la doble tarea de construir teorías para esos datos y valerse de ellos como material empírico de verificación.

Baste observar que, por un lado, se ha tenido el cuidado de distinguir entre una teoría y por otro su verificación en la materia misma histórica, que proporciona datos empíricos. Lo que caracteriza a una ciencia consiste precisamente en la posibilidad de formular teorías sobre un grupo de fenómenos y son las teorías —no los fenómenos— los que se verifican. La metodología, por otra parte, se ocupa de todos los procesos que tienen que ver con la manipulación de los datos. Se ha hecho énfasis en que la teoría misma requiere apropiarse de la naturaleza especial de los datos históricos y no simplemente constituir abstracciones entresacadas de las otras ciencias sociales.

La otra inquietud, que provenía de sociólogos y economistas, apuntaba al tema altuseriano de la constitución del objeto de una ciencia. ¿Cuál era el objeto de la historia? Si la historia se auxilia con otras ciencias sociales ¿no quedaba automáticamente confundida con

ellas sin delimitar su objeto? Aquí, el razonamiento parece ser el de que la delimitación precisa de un objeto legitima el saber, al menos frente a una clientela universitaria. Nacidas de la coyuntura positivista —o crecidas a su amparo— la economía y la sociología que se cultivan en nuestros medios universitarios quieren guardar celosamente límites que justifican su existencia. Creo haber subrayado que el razonamiento histórico se ha aprovechado ventajosamente de los modelos que proponen estas ciencias. Sin embargo, no podría aplicarlos literalmente sin hacer perder a un período histórico su peculiaridad como tal. El historiador, menos que nadie, puede resbalar por sobre las diferencias históricas, como lo expresa Marx.

Ante la insistencia un poco irritante de la pregunta, que se formuló varias veces sin que el autor estuviera en capacidad de satisfacer a sus colegas sociólogos y economistas, sólo cabe concluir en que a los historiadores no les preocupa en lo más mínimo (y esto desde 1930, después de la lección de Lucien Febvre) establecer compartimentos estancos entre su disciplina y el resto de las ciencias sociales. Si lo que hacemos es economía, sociología, antropología, etc., enhorabuena. La historia es una disciplina de síntesis y en materia de objetos no se conforma con menos que con la totalidad de lo social dentro de su perspectiva temporal.

10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100

SOBRE FUENTES, TEMPORALIDAD Y ESCRITURA DE LA HISTORIA*

LA HISTORIA Y LAS CIENCIAS SOCIALES

Una exposición sobre métodos históricos no puede reducirse a una mera colección de recetas sobre la manera como debe conducirse una investigación desde el momento en que se selecciona un tema monográfico, se localizan las fuentes aprovechables y se someten a variados procedimientos críticos y cuantitativos, hasta cuando se acomete la empresa final de la presentación narrativa o analítica de los resultados. Cada uno de estos pasos ha recibido un énfasis diferente en diferentes épocas, tipificando así una escuela o toda una manera de concebir la tarea historiográfica. El primero de ellos, por ejemplo, no parece recelar mayores dificultades. Sin embargo, cuando en él se considera incluido el planteamiento de un problema y la identificación de los elementos que lo constituyen, entonces resulta encerrar el mayor número de cuestiones teóricas.

Los historiadores del siglo XVIII concentraron sus esfuerzos sobre la última etapa del proceso descrito y destilaron sabios preceptos sobre la composición histórica. La historia era entonces un artefacto literario montado sobre un universo conocido y limitado de hechos que sólo exigían del historiador un balance y una armonía en su forma de exposición. Era necesario hacer resaltar su interés dramático e impartir a su encadenamiento una forma reconocible y generalmente afín con la de otros géneros literarios. Aquí se acentuaban los elementos retóricos que el Renacimiento había revivido con los modelos de la edad clásica. La excelencia de los resultados prestaba autoridad o hacía persuasivas las verdades generales, de tipo moral o filosófico, de las que esta composición era el vehículo. Se suponía que de esta manera en el discurso quedaba adherida una parte sus-

* Tomado de *Boletín Cultural y Bibliográfico*, xxiv, 10, marzo 1997, pp. 3-18.

tancial de la realidad o, en verdad, la parte más sustancial, a saber: su enseñanza moral.

El siglo XIX, en cambio, hizo énfasis particular en el problema de las fuentes históricas y en su utilidad para encadenar una narración. A través de ellas, tanto la historiografía romántica como la historiografía positiva aspiraban a tener acceso directo a la realidad del acontecer. Esta aspiración quedó consignada en la insoslayable fórmula de Leopold von Ranke de *wie es eigentlich gewesen* o de mostrar «lo que realmente ocurrió». La secuencia discursiva de la historiografía del siglo XIX iba colocando los hechos brutos en un orden adecuado para dotarlos de sentido mediante la mera progresión. Mientras que en el romanticismo este sentido era idéntico al de la vida que los actores comunicaban a los hechos, el positivismo desechaba todo elemento vital para encontrar un sentido más bien en la conformación de series de hechos homogéneos y en la interacción de unas sobre otras. Pero en uno y otro caso el orden del relato debía reproducir el orden de la realidad.

Simultáneamente con la atención que comenzó a prestarse a las fuentes, se estableció como una forma de virtuosismo de la composición histórica la disimulación de toda traza de ellas en el relato. A lo sumo se admitía su presencia esporádica en una cita destinada a ambientar una época distante con algún giro especial del lenguaje. La narrativa debía deshacerse del andamiaje de las fuentes para hacer más evidente el acceso inmediato a la realidad del acontecer, como si el historiador hubiera sido un testigo presencial de los hechos.

Compárese este procedimiento, que invocaba una limpidez narrativa, con la introducción de una obra reciente. Charles Tilly abre su libro sobre *The Contentious French*¹ con una evocación del localismo de los archivos de Dijon de los que extrajo una parte de sus materiales. Aquí no hay ninguna preocupación por trasladar imaginativamente al lector a alguna época remota. Por el contrario, Tilly quiere subrayar la distancia irrevocable que media entre las formas de conflicto en el pasado con aquellas con las que el historiador puede tropezarse al trasponer la quietud del recinto de un

1 Charles Tilly, *The Contentious French, Four Centuries of Popular Struggle*, Cambridge (Mass.), 1986.

archivo. La referencia a un acontecer distante no está trucada por la ocultación de las fuentes o por el deseo de borrar todas sus trazas en la narración. El historiador despliega ante los ojos de todo el mundo su manipulación de este material. Si hay lugar a alguna discusión, ésta no versará sobre la reconstrucción del acontecer sino sobre el manejo y la manipulación de las fuentes.

Mientras que la exhibición de las fuentes quiere mostrar las deficiencias y la precariedad de una información que obliga a introducir en ella correctivos, su disimulación buscaba borrar toda huella del apoyo que brindaban como único acceso a la realidad del acontecer histórico. La cualidad única de lo vivido en su particularidad debía reflejarse en el relato y entre la conciencia y el acontecer debía suprimirse la materialidad de estas mediaciones. La presunción de que las fuentes remitían a una realidad, a un referente, descuidaba por eso la riqueza potencial del significado de los textos.

En su rechazo del positivismo, Dilthey formalizó esta práctica de la historiografía romántica con la noción de vivencia (*Erlebnis*). La noción debía servir para escapar al espesor y a la materialidad de las fuentes en bruto reconvirtiendo su contenido a la vida de la que habían formado parte alguna vez. Pero lo cierto es que este contenido vivencial no podía proceder sino del conjunto de las experiencias del historiador mismo. Para ocultar este carácter debía disfrazar el lenguaje con un traje de época, valerse de los recursos de un arcón repleto de utilería teatral que podía servir en multitud de representaciones.

La insistencia de la profesión de retornar cada vez a las fuentes debería ir acompañada hoy de una insistencia similar en la reflexión sobre el *significado* de los textos. La exhibición de las fuentes como algo definitivamente extraño en obras recientes señala a las claras la necesidad de su traducción en términos de nuestro propio lenguaje o en el de conceptos que puedan sernos familiares, alejándonos de una vez por todas de la mimesis teatral.

De datos primarios, con un significado deducible de su secuencia o de su acumulación, las fuentes han pasado a ser instrumento de verificación. Han perdido así su carácter de testimonio irrecusable del acontecer. Se las reconoce más bien como registros parciales y fragmentarios cuya elaboración ha debido pasar en todo caso por

una conciencia humana. Como tales, remiten no a un acontecer sino al acto personal de su escritura, como cualquier texto. Este problema, que solía enfrentarse como un problema forense, con una crítica interna y externa de las fuentes como testimonios para establecer ante todo su veracidad y su autenticidad, aproxima hoy su tratamiento a los procedimientos de la crítica literaria. Las fuentes no se remiten a fragmentos de una realidad externa a ellas sino que invitan a ser trabajadas como textos. Su fragmentariedad busca un complemento no en otros fragmentos (destinados a reconstruir la continuidad de una secuencia) sino en el contraste con el sistema conceptual del cual forman parte. Sólo que, a diferencia de los textos literarios, éste es un contexto social, puesto que las fuentes están lejos de exhibir un estilo o de constituirse en la expresión de un yo único y autónomo.

Debe haber una elaboración de las fuentes como debe haber, así mismo, una elaboración previa de la realidad o de los hechos históricos. La primera, acabamos de verlo, debe acogerse a las técnicas de la crítica literaria. La segunda pasa forzosamente por el control y la iniciativa de las ciencias sociales. Para la historia ha sido mucho más difícil (es tal vez mucho más difícil) que para la economía, la sociología o la antropología pensarse a sí misma como una de las ciencias sociales. Vale la pena recordar que la antropología busca con empeño divorciarse del mundo humanístico liberándose del peso del método histórico-comparativo y que esto ha originado su permanente desconfianza hacia todo tipo de historicismo. Pero aun como disciplina humanística, la capacidad de la historia para explorar aspectos siempre nuevos de experiencias humanas, por fuera de los límites de las otras ciencias sociales, la han defendido de sospechas definitivas en medios académicos en los que la práctica científica controlada debe conducir a certidumbres. O por lo menos a la apariencia momentánea de una certidumbre.

Hace un cuarto de siglo el profesor Edward E. Evans-Pritchard² predecía que muy pronto las fronteras entre la antropología social y la historia serían traspasadas en ambos sentidos. Se preguntaba si la

2 E. E. Evans-Pritchard, «Anthropology and History» (1961), en *Social Anthropology and Other Essays*, Nueva York, 1962, pp. 172-191.

antropología social «a pesar de su desprecio actual hacia la historia no es ella misma una especie de historia» y encontraba que la diferencia entre ambas no residía en el método o en el propósito, «puesto que fundamentalmente ambas están tratando de hacer la misma cosa: traducir un conjunto de ideas en términos de otro». Hoy, el historiador busca reducir un exceso de información sobre los hechos para retener los patrones básicos que los informan: ceremonias, ritos, creencias, actitudes, etc. Basta echar una ojeada a los títulos y a los temas de que se ocupan los artículos de revistas históricas innovadoras (*Annales, Past and Present*), cuando no los de obras como la de Keith Thomas, Edward P. Thompson o Philippe Ariès³ para ver hasta qué punto la predicción de Evans-Pritchard se ha cumplido, al menos por parte de los historiadores.

En cierta medida la historia se ha alimentado en los últimos cincuenta años de las expectativas que suelen crearse de vez en cuando en torno al resto de las ciencias sociales. Ella, a su turno, ha contribuido a alimentar estas expectativas por medio de debates o de síntesis llamativas como las que ha producido una sociología histórica en las obras de Barrington Moore, Charles Tilly, Immanuel Wallerstein o Perry Anderson⁴. En la línea que va desde Max Weber hasta Norbert Elias, en la sociología ha existido una tentación permanente de teorizar los hallazgos de la historia. Esto ha hecho ver a menudo la historia como un campo de observaciones preliminares en espera del soplo vivificador de un espíritu teórico o como una especie de trasfondo susceptible de reforzar el alcance de los problemas definidos por otras ciencias sociales. A lo sumo, se ha visto en la historia una garantía de la existencia efectiva de los cambios sociales. En el momento en que la sociología y la antropología estaban dominadas

3 K. Thomas, *Religion and the Decline of Magic*, Londres, Penguin Books, 1984. E. P. Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona, 1979. Ph. Ariès, *L'homme devant la mort*, 2 vols., París, 1977.

4 B. Moore, *Social Origins of Dictatorship and Democracy. Lord and Peasant in the Making of the Modern World*, Boston, 1967. Ch. Tilly. *The Vendee*. Cambridge (Mass.), 1964. I. Wallerstein. *The Modern World-System*, 2 vols., Nueva York. Academic Press, 1976, 1980. P. Anderson, *Passages from Antiquity to Feudalism*, Londres, 1978, y *El Estado absolutista*, México, 1979. Sobre el conjunto de estos autores, véase Theda Skocpol, *Vision and Method in Historical Sociology*, Cambridge, 1984.

por paradigmas fundamentalmente antihistóricos, Charles Wright Mills se atrevía a enunciar que las producciones de los historiadores podían considerarse como «un gran archivo indispensable para toda ciencia social»⁵.

Obsérvese, sin embargo, cómo en cada una de las obras de la sociología histórica que se han mencionado su incursión en el campo de la historia las ha hecho prisioneras de la elaboración histórica. En ellas, nos vemos más inclinados a reconocer la historia que la sociología. La razón estriba en que no existe una definición autónoma o propiamente histórica de los hechos en que se ocupa la historiografía. Éstos aparecen siempre en función de determinada construcción, no como hechos históricos «puros». En un extremo, el de la historiografía del siglo XIX, el historiador se veía atraído por el carácter dramático de los acontecimientos, es decir, que los hechos aparecían como tributarios de sus técnicas narrativas, prestadas a la literatura de ficción. Hoy, resulta contradictorio considerar que no valga la pena conocer la historia por sí misma sino como un campo de observaciones destinado a verificar una teoría o a ampliar el alcance de una observación. En el momento en que el sociólogo emprende por sí mismo una exploración histórica, descubre a sus expensas que se está enfrentando con el objeto específico para el cual está concebida toda teoría dentro de las ciencias sociales.

Desde la perspectiva del historiador, tanto la percepción de la utilización de las fuentes y de los problemas que entrañan como la escritura misma de la historia se han visto alterados por préstamos permanentes a las otras ciencias sociales. Sin una familiaridad con las ciencias sociales, las fuentes aparecen como referencias directas a un acontecer que debe reconstruirse como una ilación continua y sin cisuras. En este caso, la naturaleza homogénea del acontecer reducible a un relato determina la elección de las fuentes y obliga a desechar el grueso de los testimonios que se conservan. Hoy, ninguna fuente revela un encadenamiento privilegiado. Frente a las posibilidades de establecer modelos teóricos para auxiliarse en el estudio de algún aspecto de la estructura social podemos medir la insuficiencia

5 Ch. Wright Mills, *La imaginación sociológica*, México, 1961, p. 159.

de las fuentes, aun si éstas se aprovechan masivamente. Las fuentes han pasado a ser así una referencia indirecta de la realidad social, incapaz de ilustrar todos sus aspectos o de responder a todas las preguntas que podemos formular sobre ella. Por esto, cualquier inferencia sobre esa realidad no reposa ya en las fuentes mismas sino en la asociación entre las fuentes y una teoría, un modelo o una hipótesis explicativa. Las fuentes adquieren una significación sólo con respecto a una teoría y no constituyen piezas reveladoras en sí mismas o eslabones en un encadenamiento narrativo. Esto ha traído dos consecuencias: una, la ampliación del rango de las fuentes aprovechables; otra, la alteración de la escritura de la historia, que en vez de una coherencia narrativa exige ahora una coherencia analítica.

Debido a que se enfrenta el mismo objeto de estudio, el horizonte de los avances en historia está contenido en el de las ciencias sociales. El tipo de saber que se requiere para establecer una visión válida del pasado, es decir, para una elaboración historiográfica, no es un saber canónico, fijado de una manera definitiva y de una vez por todas. No obstante, puede afirmarse de una manera general que los métodos historiográficos han estado asociados casi siempre a las formas de racionalismo de su época. Esto era mucho más palpable en el siglo XVIII, por ejemplo, cuando se recogía una tradición heurística y exegética (mauristas, bolandistas) para luchar abiertamente contra concepciones míticas del pasado humano. Durante el siglo XIX la historia, tanto como la ciencia, abrió paso a concepciones progresivas de organización social.

Estas expectativas sobre la historia han hecho que, en épocas de crisis intelectual, literatos de todas las tendencias le hayan reprochado el detenerse en prácticas académicas rituales o cerrar los caminos de la imaginación creadora. Por ejemplo, Nietzsche, George Eliot, Paul Valéry, Ibsen; la lista es larga y prestigiosa⁶. Hoy, la asociación más o menos estrecha con las ciencias sociales no previene a los historiadores de hacer un uso ideológico del pasado, es decir, de justificar los poderes de turno o de crear «visiones engañosas de un

6 V. Hayden White, «The Burden of History», en *History and Theory*, 5:2 (1966), pp. 111-134.

pasado con finalidad»⁷, pero al menos abre las puertas de una permanente renovación temática y metodológica. Si se subordina el estudio de las fuentes y de las formas de expresión de la historiografía a esta asociación, es decir, si se tiene en cuenta la manera como han sido afectadas por ella, debemos comenzar estas reflexiones por el examen de algunos de los puntos de contacto y, por qué no, de las divergencias entre las ciencias sociales y la historiografía.

ANTROPOLOGÍA E HISTORIA: EL PROBLEMA DE LAS DURACIONES

La piedra de toque para el prestigio teórico de una ciencia social parece consistir en que sus términos no se refieran a ninguna sociedad histórica en concreto sino que las cobije a todas. Invocando a Rousseau, Claude Lévi-Strauss⁸, por ejemplo, ha querido emprender la búsqueda de «la base inquebrantable de la sociedad humana». Según él, el estudio etnográfico «nos ayuda a construir un modelo teórico de la sociedad humana que no corresponde a ninguna realidad observable pero con la ayuda del cual lograremos desentrañar [y aquí viene una cita de Rousseau] 'lo que hay de originario y de artificial en la naturaleza actual del hombre y a conocer bien un estado que no existe ya, que probablemente no existirá nunca y del cual es, sin embargo, necesario tener nociones precisas para juzgar adecuadamente nuestro estado presente'».

En la búsqueda de una hipótesis lógica (de tipo rousseauiano) con una base empírica, que sirva de modelo teórico a todas las sociedades posibles, el etnógrafo reduce su contemplación a sociedades inmóviles, en las que todo acto de la vida social se encuentra fijado definitivamente por las fórmulas de un ritual inalterable. La tentación de ver reflejado lo más fundamental de nuestra propia sociedad en los rasgos más simples y verdaderos de sociedades primitivas debe suprimir como superfluo el conocimiento histórico. Lo histórico, en que se acumulan detalles concretos y vividos de una sociedad,

7 J. H. Plumb, *The Death of the Past*, Boston, 1971.

8 C. L. Strauss, *Tristes tropiques*. París, 1955, pp. 351 y ss.

sólo sirve para disimular el diseño nítido de formas esenciales. Tales detalles sólo serían apariencias destinadas a disolverse rápidamente en una temporalidad engañosa.

Es bien conocida la influencia que tuvo el modelo lingüístico de Ferdinand de Saussure sobre las formulaciones teóricas de la antropología estructural de Lévi-Strauss. Contra la gramática comparativa (histórica) del siglo XIX, Saussure había fundado una lingüística sincrónica que insistía en la coexistencia temporal de sus elementos y en su carácter sistemático. Esta existencia simultánea era el fundamento necesario de un modelo teórico, de la posibilidad misma de teorizar el lenguaje, pues de lo contrario todos los fenómenos sujetos a observación debían aparecer en una dispersión temporal incoherente. Esta idea era singularmente atractiva para el etnógrafo que buscaba distanciarse tanto de la necesidad de mantener una observación muy prolongada, y casi siempre imposible, de comunidades primitivas en disolución o, como sustituto, someterse a teorías evolucionistas o difusionistas. Como la lengua, las agrupaciones humanas primitivas debían estudiarse en sus elementos estructurales (o lo que quedara de ellos) tal como aparecían a los ojos del observador, es decir, simultáneamente y sin recurso a sustitutos hipotéticos de la historia.

Por razones diversas, personalidades tan diferentes como Ferdinand Braudel, Louis Althusser y Ernst Hans Gombrich han rechazado para la historia las nociones estructuralistas. Althusser las asociaba con la concepción hegeliana de la historia según la cual «la estructura de la existencia histórica es tal que todos los elementos del todo coexisten siempre en el mismo tiempo, en el mismo presente y son contemporáneos los unos de los otros en el mismo presente»⁹. El hecho de que, según la concepción hegeliana, todos los fenómenos históricos en un momento dado compartan el mismo espíritu, permitirían lo que Althusser llama un «corte de esencia», es decir, la operación intelectual que consiste en establecer un corte vertical en el tiempo histórico, la congelación instantánea de todo el acontecer, para lograr la coetaneidad de todos los fenómenos y poder de esta manera explorar sus relaciones.

9 L. Althusser y E. Balibar, *Para leer El Capital*, México, 1974, pp. 104 y ss.

Para Gombrich, una empresa de este tipo carece de sentido, sobre todo en el intento de atribuir a toda una época un espíritu similar que unifica todas sus manifestaciones. Tal es para él el modelo implícito de obras tan prestigiosas como *El otoño de la Edad Media* de Johan Huizinga o la *Historia del Renacimiento en Italia* de Jacobo Burckhardt. La definición de una época histórica o el fundamento de una periodización mediante la búsqueda de un espíritu particular (*Zeitgeist*) que informa todas las manifestaciones históricas o la «presunción de que debe descubrirse alguna similitud estructural esencial que permita al intérprete subsumir en una fórmula los variados aspectos de una cultura» le parece apenas un procedimiento metafórico enraizado en la metafísica hegeliana¹⁰.

Tanto Gombrich como Althusser rechazan para la variedad de las manifestaciones históricas un fundamento único, apoyado en presupuestos metafísicos. En ambos casos se impone la observación de una función transformadora del tiempo, diferente para cada una de las actividades humanas. Como historiador del arte, Gombrich ni siquiera encuentra razonable la división en *períodos*. Prefiere hablar de *movimientos*, pues mientras un movimiento o corriente puede atribuirse a individualidades, una época no. Para Althusser, en cambio, la multiplicidad de niveles en una estructura debe conducir a asignar a cada nivel una temporalidad propia: «para cada modo de producción hay un tiempo y una historia propios, con cadencias específicas para el desarrollo de las fuerzas productivas; un tiempo y una historia propios de las relaciones de producción, con cadencias específicas; una historia propia de la superestructura política [...]; un tiempo y una historia propia de la filosofía [...]; un tiempo y una historia propia de las producciones estéticas [...] un tiempo y una historia propia de las formaciones científicas [...] etc.»¹¹.

En últimas, la respuesta de Althusser no resulta tan diferente de la de Fernand Braudel, aun cuando no sea sino porque la observación original sobre los diferentes ritmos temporales la formuló este

10 E. H. Gombrich. *In Search of Cultural History*. Oxford, 1969.

11 *Op. cit.*

último en un famoso artículo publicado en 1958¹². Para Braudel era obvio que el oficio del historiador no podía quedar encerrado dentro de un estructuralismo para el cual la absoluta inmovilidad temporal era una condición necesaria. Quería, eso sí, tender un puente que hiciera posible la comunicación entre las diferentes ciencias sociales. Con respecto al estructuralismo y a la sincronía preconizados por Lévi-Strauss para la etnología, este acercamiento resultaba problemático por demás, puesto que Lévi-Strauss insistía en la necesidad de sacar a luz estructuras tan profundas que los cambios superficiales, aquellos que procedían de los acontecimientos, no podían traducirlas. Braudel, en cambio, quería hacer posible algo parecido a una reflexión estructuralista en historia pero sin renunciar a la temporalidad. Estaba de acuerdo —tanto como sus maestros Marc Bloch y Lucien Febvre una generación anterior— en que una historia factual, apoyada en hechos episódicos y aislados debía ser superada. Para ello concebía una «larga duración» (*longue durée*) dentro de los límites de la cual ciertas estructuras profundas actúan pero no se mantienen inalterables. La fuente de esta percepción era similar a la de Lévi-Strauss (o posiblemente la misma, dada la influencia de la geografía en los historiadores franceses): la geología, pues las estructuras levistraussianas se emparentan con el magma terrestre cuya actividad no altera sino remotamente el paisaje de la corteza.

La noción de larga duración ha permitido la recepción dentro de los estudios históricos de muchas adquisiciones de la etnología. Pero el desacuerdo inicial permanece intacto. La hipótesis lógica de linaje rousseauiano de Lévi-Strauss significa un extrañamiento de toda sociedad histórica. Ella quiere fundar una «base inquebrantable de la sociedad humana» y se vale para ello de combinaciones binarias que una conciencia humana imprimiría en el lenguaje de su sociabilidad y que rechazan de entrada toda combinación dialéctica.

La concepción braudeliana ha tenido también una respuesta en Michel Foucault. Según Foucault, al mismo tiempo que la historia se inclinaba por la larga duración y rechazaba la intrusión del acontecimiento puntual, en ciertas disciplinas específicas, como la historia

12 F. Braudel, «La larga duración» en *La historia y las ciencias sociales*. Madrid. 1968, pp. 60-106.

de las ideas, de las ciencias, del pensamiento o de la literatura, la atención se dirigía hacia fenómenos de ruptura¹³. Esta concepción peculiar en el tratamiento de la temporalidad de tales disciplinas está destinada a acentuar su autonomía.

Cualquiera que sea el ritmo que imprime a la temporalidad un orden dado de acontecimientos (espasmódico, seriado, coyuntural o de rupturas), el historiador no podría prescindir de esta dimensión. Su oficio está apegado a las nociones mismas de cambio y de transformación. Para él, los momentos más significativos son aquellos en los cuales se opera un cambio. ¿Lo coloca esto en oposición a los objetivos de una ciencia social que requiere, para la formulación de generalizaciones, la inmovilización sincrónica de su objeto que hace equivaler a la constitución ontológica de este objeto? Pero ocurre que la existencia misma de los fenómenos históricos está condicionada por el transcurrir. El tiempo es constitutivo de estos fenómenos, y sólo en virtud del movimiento temporal percibimos en ellos una forma de existencia. Si no se tiene en cuenta la dimensión temporal, el fenómeno histórico se disuelve en sus elementos aislados. Por eso, para Edward P. Thompson, un fenómeno como las clases sociales ni siquiera puede percibirse en la sincronía. Sólo la temporalidad les proporciona una entidad como experiencia vivida por aquellos que las integran: «si detenemos la historia en un momento dado, entonces no hay clases sino simplemente una multitud de individuos con una multitud de experiencias. Pero si miramos esos hombres en un período conveniente de cambio social, observamos patrones en sus relaciones, sus ideas y sus instituciones. La clase es definida por los hombres en cuanto viven su propia historia y, al cabo, ésta es la única definición de clase»¹⁴.

EL PROBLEMA DE LA CULTURA

El énfasis de Thompson en relaciones, ideas e instituciones es un énfasis en la cultura. El problema de la cultura, como el de las tempo-

13 M. Foucault, *L'archéologie du savoir*, París, 1969, pp. 12-13.

14 E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Londres, Penguin Books, 1980, p. 10.

ralidades, distancia y acerca alternativamente a las diferentes ciencias sociales. Tanto Raymond Williams¹⁵ como Norbert Elias¹⁶ han identificado la concreción original del concepto de cultura en experiencias europeas específicas. En el caso de Elias, *Kultur* se presentaba en la Alemania del siglo XVIII como una antítesis y una alternativa a *civilization*. Esta era una reacción a los modos cortesanos de la nobleza germana que estaban moldeados en formas de civilización francesa y a los cuales una clase media intelectual oponía virtudes elementales que eran específicamente germanas. Cultura aparecía así como una etiqueta que propiciaba procesos de autoidentificación y que favorecía la universalización de las querellas de una burguesía débil contra una aristocracia extranjerizante. Tal vez en ningún otro país europeo como en Alemania el espíritu podía inflarse con tanta grandilocuencia y la libertad interior del intelectual convertirse en un sustituto de la revolución burguesa.

Para Raymond Williams, en el caso inglés, cultura en el siglo XIX incluía los tipos de respuesta a las dislocaciones creadas por una revolución industrial. Una, «el reconocimiento de la separación práctica de ciertas actividades intelectuales y morales del ímpetu rector de un nuevo tipo de sociedad; otra, el énfasis en estas actividades, a la manera de una tribunal de apelaciones, que debían presidir procesos de juicio social práctico y ofrecerse al mismo tiempo como una alternativa de unión y de alivio».

En ambos casos se pone énfasis en el carácter cohesionador de la cultura, en su función como vehículo para propiciar relaciones humanas auténticas frente a una particular amenaza de disociación. Este carácter primigenio de la cultura está subrayado en su ampliación etnológica posterior. De experiencia vivida en circunstancias históricas específicas, el concepto ha adquirido rasgos suficientemente abstractos como para identificar elementos de cohesión en diferentes grupos humanos, es decir, para ver a cada uno como portador de una cultura específica que lo identifica.

Uno de los problemas del concepto reside en que estos rasgos cohesionadores o esta imagen de identificación están rodeados de

15 R. Williams, *Culture and Society, 1780-1950*, Londres, Penguin Books, 1982.

16 N. Elias, *The Civilizing Process. The Development of Manners*, Nueva York, 1978.

valores emocionales difícilmente comunicables u observables para un extraño. El evidente desacuerdo entre los antropólogos en la definición misma del concepto (en 1952 Alfred L. Kroeber y Clyde Kluckhohn inventariaron cerca de trescientas definiciones de cultura en uso entre los antropólogos) nace de la necesidad de contrastarlo con experiencias diversas, con toda la gama inagotable de datos proporcionados por una etnografía cada vez más extensa. En este proceso el concepto ha ido perdiendo los contornos concretos que le dieron origen para volverse más y más abstracto hasta abarcar todos los datos posibles que definen individualidades sociales, no sólo primitivas sino, una vez más, sociedades históricas.

El refinamiento en la abstracción del concepto de cultura puede medirse en distancia que separa la caracterización descriptiva de Taylor del énfasis en elementos simbólicos en Clifford Geertz. Para Geertz la cultura no es ya, como para Taylor, el complejo que incluye conocimientos, creencias, arte, moral, ley, costumbres, etc. sino el sistema de símbolos al cual debe remitirse todo este complejo para su intelección. Cultura no es el texto mismo sino el vocabulario con el cual leemos el texto. Así, Geertz define la cultura como «un tejido de significados encarnados en símbolos y transmitido históricamente, un sistema de concepciones heredadas expresadas de manera simbólica, por medio de las cuales los hombres se comunican y desarrollan su conocimiento sobre la vida y las actitudes hacia la vida»¹⁷. En esta definición de la cultura, con respecto a las anteriores, se ha operado un desplazamiento de la consideración de comportamientos o de realidades percibidas como externas a las interioridades expresadas en sistemas de significación simbólica, es decir, en códigos a los cuales debe remitirse toda realidad social para su interpretación.

La cultura así concebida ofrece un campo muy promisorio para las investigaciones históricas. Para comenzar, mediante ella podría revivirse la misma historia política, tal como lo sugiere la noción de *teatro del poder* utilizada por Edward P. Thompson o la evocación de Jacques Le Goff de un *ceremonial político*¹⁸. Si poseyéramos para cada

17 C. Geertz, *Interpretation of Cultures*, Nueva York, 1973, p. 89.

18 Jacques Le Goff, «L'histoire politique est-elle toujours l'épine dorsale de l'histoire?» en *L'imaginaire médiéval*, París, 1985, pp. 333-349.

época una red de significaciones a la cual pudiéramos referir cada gesto, cada ceremonia o cada uno de los actos sociales, es decir, si pudiéramos descifrarlos de acuerdo con un código establecido de antemano (o códigos, en el caso de la coexistencia de una multiplicidad de culturas, como en América Latina), desaparecería la extrañeza que produce el distanciamiento temporal. Éste ha sido uno de los problemas centrales de la construcción histórica, el cual ha tratado de resolverse con nociones como las de *vivencia* o con construcciones de tipo metafísico como las de *Zeitgeist* o *Volkgeist*.

No es un azar que esta concepción de cultura tenga su origen en la antropología, en donde siempre ha habido problemas de traducción del espectáculo de rituales sociales ajenos por entero al mundo europeo. El etnógrafo europeo o estadounidense se ha forzado a mirar a los otros sabiendo que tiene que hallar una clave en su propia cultura que le permita interpretar las ajenas. La situación en los países del tercer mundo es paradójica. Lo que para los europeos pasa por etnografía es, para nosotros, la sustancia de nuestra propia historia. Pero estamos lejos de reconocer esta realidad. Sin embargo, una obra como *Tristes tropiques* de C. Lévi-Strauss podría perfectamente escribirse a la inversa, sustituyendo Rio de Janeiro o San Pablo por El Havre o Hamburgo ante los ojos atónitos de un viajero latinoamericano. En Europa, la cultura podía integrar formas míticas elementales o productos más o menos espontáneos y populares con creaciones refinadas de una «alta cultura». En países del tercer mundo, como los latinoamericanos, esta integración ha sido deliberadamente repudiada en muchos casos. Para las elites de estos países, el mundo enrarecido de los productos culturales europeos ha sido el único que posee legitimidad como expresión de un ideal de humanidad o de sustento de las relaciones sociales. Esto ha conducido a una alienación de la propia historia, a la elección quisquillosa de factores que se amoldan a las convenciones europeas sobre el desarrollo del acontecer histórico.

Todo este sistema de significaciones que conocemos como cultura es un producto humano, al que deben referirse otros actos humanos. Esta circularidad, que Juan Bautista Vico descubría como condición y como posibilidad del conocimiento histórico, puesto que según él sólo era dable conocer las creaciones mismas del hombre, es la que

produce la paradoja del relativismo histórico. O más exactamente, la individualización de lo histórico. Todo hecho histórico debe interpretarse a la luz del código cultural dentro del cual se produce. Así, no se trata, como en la tradición clasicista (Vico incluido), de la posibilidad que brinda una naturaleza humana inmutable de penetrar las intenciones de otros seres humanos o, en la tradición de la escuela neokantiana (Windelband, Dilthey, Rickert, etc.), de valerse de la intuición para penetrar «hechos con sentido» o para situarlos en escalas de valores absolutos. Los códigos culturales deben ser reconstruidos cuidadosamente de antemano. Esta necesidad podría explicar por qué las historias son, la mayor parte de las veces, historias nacionales, que no se sienten en la obligación de explicitar sus propios códigos. O que, cuando se trata de penetrar un mundo histórico ajeno, la urgencia de una clave parece tan urgente como en el trabajo etnográfico.

LA ESCRITURA DE LA HISTORIA

El hecho de que la historiografía haya incorporado problemas centrales de las teorías de las ciencias sociales, y de que las fuentes mismas deban considerarse de acuerdo con el modelo lingüístico que sustenta la moderna crítica literaria, han modificado sustancialmente la escritura de la historia. Esta alteración parece no percibirse, pues el discurso histórico continúa viéndose como si se tratara de la misma narrativa cuyos patrones establecidos en el siglo XIX o se reprocha a los historiadores de no ser siquiera conscientes del lenguaje que utilizan¹⁹.

El problema del lenguaje historiográfico reside en las convenciones que utiliza. El papel de las convenciones en la representación histórica puede apreciarse si se comparan, por ejemplo, ciertos aspectos de los relatos medievales con la historiografía del Renacimiento. En la crónica medieval, escrita por encargo, el comportamiento de un soberano estaba prefijado por las convenciones del género. Si el relato incluía un gesto que no correspondiera a una imagen de su-

19 V. Hayden White, «The fictions of factual representation», en *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, Baltimore-Londres, 1978, pp. 121-134.

prema dignidad, el detalle aparecía como una falsedad patente a los ojos del lector, porque «los reyes no se comportan así»²⁰.

Durante el siglo XIX el relato histórico se desarrolló como una forma de representación de la realidad. Como en cualquier arte figurativo, esta representación debía establecer y luego sujetarse a las convenciones aceptadas entre las correspondencias del lenguaje y el tipo de realidad que trataba de reproducirse. Como se ha visto, esto no tenía nada que ver con el contenido de verdad de las fuentes consultadas sino que constituía una serie de estrategias paralelas a otras formas de representación realista como la novela, la pintura histórica o la fotografía²¹. El realismo histórico obedecía también a ciertas convenciones básicas o de género, capaces de transformar la experiencia bruta, atomizada, de los hechos sociales para hacer posible su transposición coherente en un relato. De la misma manera que la representación visual nos enseña a ver la realidad (del paisaje, por ejemplo) de cierto modo, la historia, construida a través de convenciones, compelia a ver la realidad social y política de cierto modo. Estas convenciones, con las cuales se construía la representación histórica y que operaban (en muchos casos, siguen operando) en la representación de la realidad social y política, no estaban constituidas por el mensaje explícito ideológico del relato sino simplemente por los elementos que se incluían o se excluían de él. Un acercamiento a la realidad histórica dependía de refinamientos del lenguaje o de la riqueza de las convenciones aceptadas.

La forma narrativa era predominante en la construcción histórica del siglo XIX. Como tal, debe verse en conexión con el resto de las formas narrativas. Este parentesco ha inducido a tratar la teoría de la construcción histórica (y no solamente del siglo XIX) como una parte de la teoría literaria y a extrapolar la teoría de los géneros literarios para el examen de las obras históricas²². Sin embargo, el trata-

20 V. Linda Gardiner, Janik, «Valla on Rhetoric and History», en *History and Theory*, 12:4 (1973), pp. 386-397.

21 V. Stephen Bann, *The Clothing of Clío: A Study of the Representation of History in Nineteenth Century Britain and France*, Cambridge, 1984, p. 165.

22 Véase por ejemplo, Hayden White, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth Century Europe*, Baltimore-Londres, 1973.

miento mismo de la historia literaria, es decir, de la historia de los *artefactos* literarios, muestra una clara diferencia. Las obras literarias no se reducen a ser tratadas como meras fuentes sino que reclaman recurrencias en lo intemporal. Este extrañamiento de la historia se deriva para la literatura, y especialmente para la poesía, de una concepción metafísica según la cual la palabra tiende permanentemente (e inútilmente) a la reconstitución del ser. La historia aparece entonces como una base empírica deleznable que omite el conflicto eterno de la poesía²³.

Las obras narrativas puramente literarias o de ficción parten de formas unificadas que preexisten a la obra como un molde y le prescriben unas reglas de construcción para que adquieran cierto carácter y no otro. Así, el artista se propone escribir una comedia, una tragedia, una novela, etc. Las formas literarias se alimentan de su propia tradición y no provienen de la vida. Estas tradiciones incluyen arquetipos y estructuras míticas fundamentales. La referencia mítica permanente otorga un aspecto intemporal a las obras literarias. Por debajo de la carnadura de referentes histórico-temporales, el conflicto trágico siempre estará referido a un ascenso y a una caída. Las obras históricas no pretenden abarcar este aspecto cósmico implícito en toda obra literaria. Por esta razón Northrop Frye traza una clara línea divisoria entre obras literarias y obras históricas. El mito (como forma básica de una trama o argumento) no está incorporado en estas últimas, al menos desde el comienzo. Sólo cuando la obra histórica intenta la interpretación global del destino o de las culturas humanas (en obras como las de Toynbee o Spengler) el esquema utilizado asume una forma mítica²⁴.

Cuando el relato histórico se incorpora dentro de una reflexión sobre las formas narrativas, o sobre sus procedimientos formales, parece forzoso tomar como ejemplos las obras históricas del siglo XIX o de la historiografía clásica. Ese tipo de análisis se adapta mal a obras recientes. Hoy, la anexión de los problemas de las ciencias so-

23 V. Paul de Man, *Blindness and Insight. Essays in the Rethoric of Contemporary Criticism*, Londres, 1983.

24 V. Northrop Frye, *Fables of Identity*, Nueva York, 1963, p. 36.

ciales a la historia ha eliminado el requerimiento de una información superflua destinada a crear un efecto de realidad²⁵.

Valiéndose del modelo lingüístico, Roland Barthes postulaba tentativamente un modelo hipotético de descripción del relato con el cual se pudieran contrastar todos los relatos posibles. Poco después, a la luz de esta primera tentativa, formulaba la pregunta de si había alguna diferencia entre el relato de ficción y la narrativa histórica al examinar el discurso de algunos grandes historiadores clásicos (Herodoto, Maquiavelo, Bossuet y Michelet)²⁶. Al examinar el enunciado histórico, Barthes identificaba *unidades de contenido*. Estas unidades proceden a la fragmentación del discurso, de su segmentación en unidades narrativas mínimas que aunque poseen un sentido no están condenadas todavía por una sintaxis. En el caso del relato histórico, estas unidades constituyen *coleccionces* particulares de cada historiador. En Herodoto, por ejemplo, hay *existentes* del tipo dinastías, príncipes, generales, y *ocurrentes* tales como devastar, reinar, sujetar, aliarse, etc.

Las *clases* de estos átomos del discurso no son diferentes de las que suelen hallarse en la narrativa imaginaria. Como en ésta, pueden ser *funciones* o *indicios*. La función es meramente distribucional en una concatenación plana u horizontal. Refiere a un acto complementario o consecuente: si se indica que un personaje descuelga un teléfono sabemos que tendrá que colgarlo en algún momento posterior. Un núcleo de gestos tiene un desarrollo consabido de tal manera que, introducido el primer elemento, el autor no tiene que explicitar lo que forzosamente va a pasar. Estas funciones pueden ser verdaderos núcleos que constituyen la armazón del relato o meros catalizadores que flotan entre los núcleos para dilatar la acción mediante un suspenso o para crear una atmósfera. El indicio no es, como la función, meramente distribucional y horizontal sino integrativo y vertical con respecto a un nivel superior de la organización del dis-

25 V. Roland Barthes, «L'effet du reel», en *Communications*, 11 (París, 1968), pp. 84-89. Sobre la manera como la información superflua crea un efecto figurativo en la pintura, véase Norman Bryson, *Word and Image, French Painting of the Ancien Régime*, Cambridge, 1981.

26 R. Barthes, «Introduction à l'analyse structurale des récits», en *Communications*, 8 (París, 1966) y «Le discours de l'histoire», en *Poétique*, 49 (febrero de 1982), p. 13.

curso. Su aparición, que puede parecer gratuita a primera vista, cobra sentido al pasar a este nivel superior (de la «acción» de los personajes o de la «narración»). Su poder sugestivo se confirma y lo que era indicio se convierte en certeza significativa. En el relato histórico el indicio es un segmento del discurso «que remite a un significado implícito, según un proceso metafórico». Barthes pone aquí como ejemplo a Michelet, que usa «el abigarramiento de los vestidos, la alteración de los blasones y la mezcla de estilos arquitectónicos a comienzos del siglo XV como un conjunto de significadores de un significado único, la división moral a fines de la Edad Media».

El discurso histórico oscila entre los polos de indicios y funciones. El predominio del uso de indicios inclina el relato hacia una forma metafórica (el caso de Michelet). Cuando predominan las funciones el relato toma una forma metonímica (historia narrativa de Augustin Thierry).

Barthes concluye en que el discurso histórico clásico posee una elaboración imaginaria. El hecho, construido con partículas (funciones, indicios) que pertenecen al dominio del historiador —o a su inclinación por uno de los tropos retóricos— como una colección privada, no puede tener sino una existencia lingüística. Por esta razón la referencia a lo real no es sino una ilusión, un efecto de realidad (*effet du réel*) obtenido mediante el escamoteo de uno de los términos referente-significado-significador. En este caso lo significado se confunde con el referente; es decir, se toma un término lingüístico por la realidad. O como lo expresa en su célebre fórmula de los *Essais critiques*, «Ce que définit le réalisme, ce n'est pas l'origine du modèle, c'est son exteriorité a la parole qui l'accomplit».

Barthes recibía claramente, sin embargo, «el desdibujamiento» (si no la desaparición) de la narrativa en la ciencia histórica contemporánea. Los conceptos prestados de las ciencias sociales no son ya meras colecciones privadas de un historiador u objetos tocados por un acto poético de reducción de la realidad. La intelección y no la pintura o la reproducción de la realidad (en la que el orden del relato quiere reproducir el orden de los acontecimientos) sería el signo de una ciencia histórica contemporánea. El acceso a lo inteligible —según Barthes— no son ya las cronologías sino las estructuras. Aunque, como se ha visto, colocar a la historia bajo el signo del estructuralismo

atrae otro problema: el de la calidad ilusoria de la representación temporal.

Naturalmente, siempre es posible el retorno a las formas narrativas convencionales. Inclusive se ha recomendado regresar a ellas para recobrar una síntesis significativa que se echa de menos en la proliferación de trabajos monográficos²⁷. Pero este retorno a las formas narrativas no puede mantener la ilusión de que los meros recursos narrativos son capaces de desplegar una sucesión temporal de acontecimientos. El recurso narrativo integra dentro de sus «funciones cardinales» lo consecutivo y la consecuencia. Es decir, lo que viene primero en el relato se asigna como causa de lo que viene después²⁸. El tratamiento argumentativo de las monografías desecha este recurso. Por eso, cuando se retoman sus elementos en una síntesis narrativa, la confusión entre consecutivo y consecuencia debe desaparecer. Por esta razón también una nueva narrativa no puede reducirse a desplegar linealmente un relato. Detrás de la superficie mansa de un encadenamiento de eventos operan estructuras de duración variable, corrientes profundas que deben retomarse una y otra vez en variaciones temporales que desafían la sucesión lineal. La múltiple temporalidad de los fenómenos históricos inhibe una trama que pueda reducirse a una estructura mítica del relato. La historia ha renunciado a saber del pasado tal como era, a reconstituirlo en sus propios términos o a adoptar sus referencias específicas. La atención se ha desplazado del contenido explícito de los documentos, que podía encadenar un relato, hacia sus contenidos marginales que fundamentan una forma argumentativa. Los documentos no sólo remiten a eventos, que pueden desdeñarse como anecdóticos. Remiten también a sistemas simbólicos dentro de los cuales es posible su lectura. Estos sistemas nunca están implícitos en su integridad en el documento sino que requieren una construcción previa.

Hoy no pueden tomarse los recursos narrativos como el núcleo central de la diferencia entre la historia y las otras ciencias sociales, como si la narrativa estuviera ligada indisolublemente al problema

27 V. Lawrence Stone. «El renacer de la narrativa: reflexiones sobre una nueva vieja historia», en *Eco*, N° 239 (Bogotá, septiembre de 1981). pp. 449-478.

28 R. Barthes, «Introduction à l'analyse...». *Op. cit.*

de la exposición temporal. O como si la narrativa debiera responder a una necesidad estética según la cual la historia debe desarrollarse como un juego dramático o como un argumento o intriga (*plot*) similar al de las obras de ficción²⁹. El esquema de la intriga o de las relaciones dramáticas parecía indispensable en el siglo XIX debido a que con él se introducía un elemento universal reconocible. Hoy, las relaciones (económicas, de poder, de jerarquías, etc.) que se atribuyen a los actores históricos (clases sociales, instituciones, etc.) no tienen por qué adoptar este esquema.

El esquema de la continuidad narrativa ha sido alterado para siempre por la conciencia del papel que desempeña en la construcción de la realidad el acto individual de la palabra (*la parole*). El ilusionismo historiográfico que consistía en «dejar que los hechos hablen por sí mismos» apropiándose a veces del lenguaje de las fuentes (como cuando el etnógrafo quiere comunicar sus experiencias con el lenguaje mismo de los nativos) se ha revelado algo mucho más problemático de lo que suponía la práctica de los historiadores del siglo XIX.

Los antropólogos, por su parte, han mantenido una ilusión similar. Uno de los problemas centrales de la etnografía ha consistido en penetrar el «punto de vista de los nativos» o el problema de ver *desde dentro* la comunidad primitiva. La publicación de los diarios de Bronislaw Malinowski, que había contribuido tanto a acreditar esos métodos, arrojó serias dudas de que el trabajo de campo y la observación participante fueran «ese milagro de empatía, tacto, paciencia y cosmopolitismo» que se había creído³⁰. De manera semejante, la inmersión del historiador en los documentos debía servir para garantizar la autenticidad de aquello que rescataba del pasado. Pero los documentos eran una conexión demasiado tenue como para percibir todas las gradaciones que distanciaba de un pasado. De allí que esta conexión quisiera potenciarse con la *vivencia* con las convenciones verbales de un *efecto de realidad*.

29 Northrop Frye, *Anatomy of Criticism: Four Essays*, Princeton, 1957.

30 Clifford Geertz, «From the native's point of view: on the nature of anthropological understanding», en Richard A. Shweder y Robert A. Le Vine (Comps.), *Culture Theory, Essays of Mind, Self and Emotion*, Cambridge, 1984, pp. 123-136.

El historiador está enfrentado así, como el etnógrafo, a la interpretación de hechos inscritos en códigos culturales cuya clave no se posee. Si el etnógrafo experimenta un distanciamiento con respecto a sociedades extrañas pero de las cuales puede ser un testigo (o testigo, al menos, de lo que queda de ellas), el historiador experimenta un distanciamiento de su propia sociedad en el tiempo. En el primer caso se corre el riesgo de caer en el etnocentrismo, en el segundo de cometer anacronismos flagrantes. Tanto en etnografía como en historia existe, por ejemplo, el problema de saber qué abarcan, en una sociedad extraña o en una sociedad en el pasado, nuestros mimbres de «economía», «política», «estructura social», etc. El contorno de los hechos que solemos distinguir con ellos o los aspectos que hemos abstraído de nuestra propia sociedad, se desdibujan enteramente en una sociedad primitiva o en el pasado de nuestra propia sociedad.

La solución del historiador no puede ser entonces muy diferente de la del etnógrafo. En antropología, dos tendencias teóricas, una funcionalista y otra cognoscitiva, ponen énfasis alternativamente en los comportamientos o en los símbolos y en los significados. Paralelamente, la historiografía ha desarrollado una historia de las *mentalidades* y otorga cada vez más importancia a lo simbólico. También en la sociología histórica de Norbert Elias la teoría de las *configuraciones* incluye elementos simbólicos como el ceremonial y la etiqueta³¹. Por su parte, Jacques Le Goff invita a examinar en cada época ceremoniales políticos cargados de sentido³² y Edward P. Thompson llama la atención sobre un *teatro del poder* como elemento esencial «tanto del poder político como de la protesta y aun de la rebelión», es decir, los elementos de una hegemonía cultural³³.

31 N. Elias, *La Sociedad cortesana*, México, 1982.

32 J. Le Goff. *Op. cit.*

33 E. P. Thompson, «Folklore, Anthropology and Social History», en *Indian Historical Review*, 3:2 (enero de 1978), pp. 247-266.

PERSPECTIVA Y PROSPECTIVA DE LA HISTORIA EN COLOMBIA, 1991*

ENFOQUES Y PARADIGMAS DE LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA EN COLOMBIA

Dentro del conjunto de las ciencias sociales, la historia es una disciplina *sui generis*. De su tronco primitivo, enraizado en una tradición humanística, se han ido desprendiendo poco a poco las otras disciplinas que se ocupan de la sociedad (economía, sociología, antropología). Desde finales del siglo XVIII y durante todo el siglo XIX estas nuevas disciplinas lucharon por alcanzar un estatuto científico, alejándose deliberadamente de la tradición humanística de la historia. Que lo hayan logrado en mayor o menor medida tal vez no sea un hecho tan importante. Sí lo es, en cambio, que ellas constituyen reflexiones formalizadas en teorías sobre el mismo objeto que aborda la historia, la sociedad. Para el quehacer historiográfico estas maneras sistemáticas de aproximarse a la realidad han sido de una gran importancia para enfocar su propio objeto de conocimiento, con una diferencia: la temporalidad que se resuelve en una cronología y en periodizaciones que persiguen identificar los cambios sociales. El hecho de que en la historia los fenómenos sociales estén inmersos en una temporalidad, señala los límites de la utilización de modelos y paradigmas, establecidos para la interpretación de sociedades contemporáneas o para sociedades casi inmóviles. El historiador, en efecto, persigue transformaciones sucesivas en aquellas conformaciones sociales que las otras disciplinas sociales entregan en teorizaciones sincrónicas y a veces intemporales.

Puede afirmarse, sin embargo, que el vigor de ciertos trabajos historiográficos que se consideran como ejemplares dentro de la disciplina ha dependido, desde comienzos de este siglo, de un diálogo

* Tomado de *Ciencias sociales en Colombia*. Primera edición, Colciencias, Bogotá, 1991.

permanente entre la historia y las otras ciencias sociales. Por esta razón, no es un azar que la historia haya comenzado a constituirse como disciplina académica universitaria en Colombia, casi simultáneamente con la formalización de otras ciencias sociales. A la profesionalización de estas disciplinas y a su implantación en la universidad colombiana contribuyó de manera decisiva una generación formada entre 1936 y 1952 en la Escuela Normal Superior.

Entre 1955 y 1965 aparecieron trabajos pioneros de Juan Friede, Luis Ospina Vásquez, Jaime Jaramillo Uribe, Gabriel Giraldo Jaramillo, Orlando Fals Borda, etc., los cuales empezaron a transformar de manera radical las preguntas y los modelos que informaban hasta entonces las construcciones historiográficas. La historiografía colombiana había vivido de una herencia del siglo XIX que, si bien no puede desdeñarse, estaba constituida por una narrativa cuyas finalidades eran en gran parte extrañas a la función del saber histórico. Se trataba de un relato ritual concebido para exaltar el patriotismo y que configuraba un canon inalterable de gestas heroicas. De allí que el mayor esfuerzo narrativo se concentrara en el período de la independencia, aquel del cual podía deducirse el mayor número de ejemplos de acciones dignas de ser imitadas.

Ahora, las preguntas se multiplicaban para aproximarse al conocimiento de una totalidad social, sin preferencias por un período o por unos actores históricos. La narrativa dejaba de ser una exposición lineal de una delgada capa de hechos privilegiados para proponer más bien un cuerpo de problemas que debían ser abordados analíticamente con el auxilio de teorías y de hipótesis explicativas inspiradas en las otras ciencias sociales. Surgían así como problemas, los procesos demográficos, los ciclos agroexportadores del siglo XIX, las estructuras de la tenencia de la tierra, los conflictos sociales y económicos, la formación de las clases sociales o las manifestaciones culturales de vastos sectores de la población. Con todo esto se abría el camino hacia un campo cada vez más vasto de preguntas, casi siempre sugeridas por el avance de las ciencias sociales en su conjunto. En adelante, el historiador no podía ignorar tampoco aquellos interrogantes que le planteaban economistas, sociólogos, antropólogos, politólogos, etc.

A partir de 1965 ha sido visible en Colombia la influencia de escuelas históricas prestigiosas. En primer término, la llamada escuela de los Annales, la cual deriva su nombre de la revista fundada por los historiadores franceses Marc Bloch y Lucien Febvre en 1929. Algunos historiadores colombianos se han formado dentro de esta escuela cuyo programa insistía expresamente en la recepción, por parte de los historiadores, de los problemas planteados por las diversas ciencias sociales. Esta apertura de los historiadores franceses databa de debates sostenidos desde comienzos del siglo con sociólogos y economistas. La escuela de los Annales desarrolló así un interés por la historia económica y en especial por la aparición de una economía, mundo que trajo consigo el expansionismo europeo. Los trabajos de Pierre Chaunu sobre el tráfico transatlántico desde el descubrimiento de América Latina. La escuela de los Annales abrió también amplias perspectivas en el campo de la demografía histórica y de la historia social. Más recientemente, la escuela ha tenido una franca apertura hacia problemas antropológicos y hacia la exploración de culturas populares. Para estos problemas han acuñado conceptos como el de mentalidades e imaginario colectivo, con los cuales se han penetrado fenómenos tales como el de las actitudes en diversos períodos frente a la muerte, fenómeno de piedad colectiva o los rituales asociados a las fiestas populares. La tendencia de la escuela ha ido derivando del estudio de problemas de la vida material, a aquellos que tienen que ver con formas de la conciencia colectiva.

También ha sido importante en la formación de los historiadores colombianos la familiaridad con trabajos historiográficos norteamericanos. Si bien en este caso no puede hablarse con propiedad de una «escuela», en cambio sí puede comprobarse la existencia de un estilo que hace énfasis en el manejo cuidadoso de una bibliografía para establecer con claridad lo que se denomina el estado de la cuestión y el uso de fuentes que se organizan en torno a un argumento central. La insistencia radica entonces en la necesidad de una comprobación empírica adecuada de los problemas propuestos. También ha tenido cierto impacto, sobre todo entre los historiadores económicos, el ejemplo de la llamada *New Economic History* norteamericana. Esta escuela insiste en la utilización de modelos construidos con la ayuda de la teoría económica y atribuye una especial importancia a

la cuantificación de dichos modelos. En nuestro medio, sin embargo, el rigor que se quiere introducir con modelos cuantificables se ve contrarrestado por la pobreza de las estadísticas históricas.

Debe mencionarse, finalmente, la influencia del marxismo en los medios universitarios, sobre todo en la década pasada. Aunque estos debates se resentían a menudo por el hecho de ser repetitivos y teñidos de fuertes dosis de dogmatismo, ellos contribuyeron sin embargo a familiarizar a los historiadores con cuestiones teóricas y a precisar problemas de periodización ligándolos con el funcionamiento de los sistemas económicos vistos en su conjunto. Hoy desarrollos más sofisticados del marxismo (como el de la escuela inglesa de *Past and Present*) se inclinan más bien a la exploración de fenómenos culturales cuya autonomía se admite abiertamente con respecto a las condiciones económicas. Curiosamente, esta tendencia ha acercado a los historiadores de *Past and Present* y a los de la escuela de los Annales y ha desarrollado un interés común por fenómenos de la conciencia colectiva. Naturalmente, un historiador inglés repele conceptos como el de mentalidades o imaginario, pero esto no impide su acercamiento a problemas tales como el de la religión y la decadencia de la magia, la invención de la tradición o las reacciones colectivas frente a las ejecuciones capitales en el siglo XVIII.

Este panorama sucinto de las influencias que obran sobre los historiadores colombianos indica la existencia de una gran diversidad de tendencias y de intereses en campos de investigación. No puede hablarse entonces de un paradigma único, sino de un enfoque múltiple y simultáneo sobre diversas capas de la realidad social, que enriquece el debate académico. Algunos historiadores conciben la historia social exclusivamente como el proceso de formación de clases sociales, otros prefieren explorar las costumbres y los hábitos cotidianos, mientras que otros prefieren remitir todo el proceso a su significación expresada en patrones culturales. Aunque estas exploraciones dan cuenta de la complejidad del tejido social es evidente que también dificulta la elaboración de una síntesis. En esto la historiografía colombiana no es una excepción. Muchos historiadores europeos han abandonado la vieja aspiración de la historiografía de llegar a una síntesis, para acoger más bien la idea de que se debe trabajar con hipótesis interpretativas de mayor o menor amplitud.

En todo caso puede concluirse que tenemos una historiografía que ha ido madurando en los últimos treinta años y que ha adaptado con éxito a nuestras propias circunstancias, paradigmas europeos y anglosajones de investigación.

LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA EN COLOMBIA CON RESPECTO AL NIVEL DE AMÉRICA LATINA

Los modelos narrativos de la historiografía de América Latina procedían claramente de Europa en el siglo XIX y gran parte de este siglo. Aunque el tema de estas narraciones se refiera a naciones específicas, habla un aire de familia en los temas y en los modelos implícitos de interpretación. Esta dependencia distorsionaba la percepción de la originalidad del proceso histórico americano y de la naturaleza de estas sociedades. La transformación en la historiografía, de formas narrativas en formas analíticas, en las cuales los problemas tienen que formularse explícitamente, lo mismo que los procedimientos empíricos para su solución, ha obligado a un proceso de adaptación de herramientas conceptuales de origen europeo. Este proceso ha sido similar en aquellos países de América Latina que han alcanzado un buen nivel historiográfico como México, Brasil, Argentina, Chile y el Perú.

Los desarrollos de una historiografía están casi siempre referidos a una unidad de análisis *sui generis*, la nación, o, dentro de ella, a sus regiones. El concepto de historia universal no pasa de ser una ilusión europeocéntrica, cuando no la pretensión de una hegemonía cultural. Sin embargo, el confinamiento nacional significa una limitación en el caso de América Latina. Cada país centra sus debates historiográficos en su propia experiencia como nación y a lo sumo se muestra receptivo de teorías y modelos interpretativos europeos y norteamericanos.

Ninguno de nuestros países elabora visiones de conjunto o trata de ampliarlas con métodos comparativos. Tampoco se amplía un campo de experiencia empírica con materiales referidos a un mismo problema, que procedan de dos o más países. Infortunadamente, esta tarea se le ha dejado a especialistas europeos y norteamericanos, que

no sólo cuentan con bibliotecas adecuadas, sino con la posibilidad de trasladarse a otros países.

Dentro de estas limitaciones, sobre las que volveré a insistir, puede afirmarse que las investigaciones históricas en Colombia han alcanzado un nivel comparable al de los países que recibieron más tempranamente innovaciones teóricas y metodológicas. A esto ha contribuido sin duda al hecho de que, pese a las convulsiones políticas y sociales de las últimas décadas, la universidad colombiana ha podido mantener un ambiente de libertad académica que en otras partes ha sido vulnerado por regímenes autoritarios.

VACÍOS TEÓRICOS, METODOLÓGICOS Y CONCEPTUALES EN LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA

Retomando el punto anterior, quiero insistir en que la historiografía latinoamericana (no se trata solamente de la colombiana) corre el riesgo de enquistarse en un cierto provincianismo. Este riesgo no proviene de su falta de recepción de corrientes europeas sino del aislamiento que le impone la unidad de análisis nacional.

La historia nacional como una especie de biografía colectiva, aparece con rasgos únicos e irrepetibles, que rechazan toda comparación. Si se toma una unidad de análisis diferente, la región o un sector de la economía, por ejemplo, la visión comparativa parece imponerse de suyo, con respecto a regiones en el mismo país o en otros países o a procesos similares en otras partes. El proceso de profesionalización de la investigación histórica en Colombia ha multiplicado las monografías especializadas sobre regiones o sobre sectores particulares, pero no ha llevado todavía a visiones comparativas de una cierta amplitud. Los trabajos monográficos, de manera similar a las historias nacionales, quedan confinados dentro de cada país. Temas y problemas potencialmente comparables en los diversos países latinoamericanos, son tratados aisladamente, sin que se comuniquen los resultados de investigaciones similares de un país a otro. Esta situación limita, obviamente, la ampliación de un campo empírico de observaciones y al mismo tiempo impide elevar el nivel teórico de los debates. Si la comunicación de los resultados de las investigaciones fuera más efectiva, existiría, inclusive, la posibili-

dad de autonomizar la elaboración teórica latinoamericana y hacerla cada vez menos dependiente de conceptos europeos y norteamericanos.

Esta situación no depende del todo de la actitud de los investigadores frente a la teoría o a los paradigmas investigativos propiamente dichos. Si bien existe un sesgo muy claro que privilegia las enseñanzas europeas y tiende a desdeñar las experiencias investigativas de otros países latinoamericanos, esto se ve reforzado por la estructura misma de las comunicaciones académicas. La experiencia más corriente de un investigador latinoamericano es la de asistir a congresos y simposios organizados y financiados por países del llamado primer mundo. El flujo de libros y de revistas especializadas ocurre también en un solo sentido, sin que trabajos excelentes originados en Latinoamérica puedan comunicarse de un país a otro. Por otra parte, las comunidades de especialistas agrupadas en asociaciones tales como AHILA (Asociación de historiadores europeos especialistas en América Latina) o en la LASA (Latin American Association), rara vez tienen en cuenta las historiografías nacionales de los países latinoamericanos en los problemas que éstas encaran. No puede negarse que esto se debe, en parte, al hecho de que los productos nacionales son heteróclitos y muchas veces no se conforman con estándares de excelencia internacional. Pero también, al hecho de que no existe una comunidad académica latinoamericana que haya fijado sus propios estándares, comparables con los de los trabajos de especialistas europeos y norteamericanos.

La madurez de las historiografías en los diferentes países latinoamericanos puede medirse por sus relaciones con el mundo académico internacional. En el caso colombiano, existe una recepción y un debate crecientes en torno a trabajos de especialistas europeos y norteamericanos. Estos trabajos son traducidos y circulan ampliamente en los medios universitarios. La situación inversa, es decir que los trabajos de historiadores colombianos sean tenidos en cuenta fuera de Colombia es más bien excepcional. Además, la ignorancia recíproca entre investigadores latinoamericanos es generalizada.

La ampliación de las comunicaciones académicas con el resto de los países latinoamericanos, se impone para salvar escollos de observación empírica y para la elaboración de modelos verificables

dentro de un rango más variado de experiencias. El auge de estudios regionales y la multiplicación de monografías sobre ciertos problemas particulares debe favorecer, la comparación, primero entre regiones y sectores del mismo país y, segundo, con otros países de América Latina. En una perspectiva comparativa comienzan a aparecer problemas antes descuidados. La historia urbana, los movimientos sindicales, los procesos agroexportadores o la incorporación a la economía mundial, son problemas que no pueden comprenderse a cabalidad sino dentro de esta perspectiva comparativa. Otro rango de problemas, como aquellos que se encaran con el análisis de procesos culturales, se enriquecerían también con la posibilidad de compararlos de un país a otro.

En otro plano, la diversidad de influencias metodológicas asegura la gradual cobertura de temas y de problemas sugeridos por investigaciones en otras partes. Algunos problemas, como el de la historia urbana, por ejemplo, no han sido abordados convenientemente, debido a que requieren una gran madurez y la reelaboración teórica de conceptos que provienen de varias disciplinas. En Colombia, finalmente, debido en gran parte a la manera como está concebida la organización de los archivos, ha habido un énfasis dominante en los estudios de historia colonial, un poco menos en la historia del siglo XIX y bastante inseguridad en el estudio de épocas recientes. Aunque, por ejemplo, la historia social más reciente se aborda de manera innovadora en estudios sobre la violencia, los estudios sobre historia política adolecen de un marcado tradicionalismo. La historia política no sólo debe incorporar una visión compleja de la sociedad y de la economía, sino también del mundo simbólico que se deriva de contenidos culturales específicos.

OBSTÁCULOS Y PROBLEMAS EN LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA

El problema más obvio de la investigación histórica reside en el hecho de que el tratamiento de sus temas más importantes requiere una panoplia de erudición y elaboración teórica que sólo se logra en largos años de experiencia investigativa. Las llamadas ideas de síntesis no aparecen de manera espontánea y, por esta razón, el peso de las concepciones tradicionales puede ser muy fuerte y difícil de de-

sarraigar. La única garantía para alcanzar un equilibrio entre el peso de las ideas tradicionales y la necesaria innovación, está en la existencia de un medio de permanente discusión y confrontación. Esta es la razón por la cual los estudios históricos en Colombia (como en otros países), dependen tanto de la vida universitaria. Fuera de este medio, las tendencias dominantes suelen ser las del dogmatismo o las de una verdad oficial que tiene su contrapartida en la censura.

De otro lado, una investigación enteramente ligada a una carrera universitaria ofrece las posibilidades y dificultades propias del medio universitario. Puede mencionarse, por ejemplo, el hecho de que en las universidades los estímulos a la producción intelectual terminan cuando el investigador alcanza el rango de profesor titular. Lo que haga en adelante no tiene mayor incidencia en su carrera, como si las exigencias hubieran terminado con el último paso en el escalafón docente. Puede pensarse, naturalmente, que un historiador universitario con alguna trayectoria, no requiere de especiales estímulos para proseguir con su trabajo.

Otras características de las universidades colombianas pueden resultar negativas para las actividades investigativas. Ellas se caracterizan, por ejemplo, por un encerramiento en sí mismas. Dificultades de manejos administrativos y privilegios de tipo corporativo tienden a cerrar todo canal de comunicación y de circulación, inclusive entre las universidades oficiales. En ellas no se conoce la institución del profesor visitante y la presencia de un conferencista que provenga de otra universidad, es un acontecimiento bastante raro. La coordinación del programa más modesto de investigaciones entre dos universidades es una tarea que puede calificarse de imposible, aunque entre profesores de diversas universidades pueden darse asociaciones espontáneas, las administraciones incumbentes no actúan para hacer más fluidos los intercambios académicos o para estimular encuentros y confrontaciones.

La penuria económica crónica de las universidades afecta la adquisición de libros y revistas especializados. En Colombia es dominante la ingenua creencia de que los métodos electrónicos más modernos de comunicación van a suplir, casi mágicamente, los esfuerzos que han dejado de hacerse en la formación paciente y disciplinada de colecciones bibliográficas. En algunas universidades

européas, estos esfuerzos suman ya siglos y es muy dudoso que su causal bibliográfico e informativo pueda transferirse en virtud de un fiat tecnológico. Además, como se ha visto, el mayor esfuerzo de circulación de información debe hacerse entre países de América Latina y no con los países del primer mundo.

La formación y la utilización de las bibliotecas en las universidades se ven afectadas también por métodos anacrónicos de docencia, que se basan en dos presunciones. Una, la de que la enseñanza consiste en comunicar toda la información posible sobre un tema y, otra, la de que toda la información debe provenir del profesor. De esta manera, la llamada cátedra magistral no impone ninguna exigencia a los estudiantes, los cuales se limitan a ser simples espectadores de una exposición, que debe contener encapsulada toda la información temática y bibliográfica sobre una materia. Los libros se relatan o se cuentan en la clase, no se leen fuera de ella, ni se debaten en el aula. Esta situación excluye cualquier compaginación posible entre investigación y docencia. Además, crea una situación de poder en la que la información del profesor, por limitada que sea en cuanto a su originalidad o su profundidad, no puede ser contrastada por estudiantes medianamente informados.

El obstáculo más irritante para las investigaciones en las universidades (y que difícilmente puede ser exagerado) reside en los dilatados trámites de control burocrático y financiero a los cuales queda sometida la ejecución de un proyecto. El hecho de que una investigación se realice en una universidad, duplica automáticamente las instancias y los trámites de cada proyecto, el mal no sólo debe ser aprobado por departamentos, comités de facultad y un comité de la universidad, sino someterse, además, a un segundo examen, por parte de las entidades financiadoras. Los fondos acordados al proyecto sufren también una doble tramitación y quedan sujetos a todos los procedimientos de control y auditoría de las universidades y de las entidades financiadoras. De todo esto resulta ordinariamente una dilación de meses y aún de años para obtener el primer avance de fondos, además de esfuerzos extenuantes para los investigadores que quieran justificar gastos efectuados u obtener avances sucesivos.

Estos obstáculos revelan la manera deprimente y mezquina como se concibe el apoyo a las investigaciones universitarias. De al-

guna manera, los presupuestos destinados a la investigación se asimilan a privilegios patrimoniales acordados por el Estado o a ventajas excepcionales de contratación por parte del Estado. El control financiero sobre las investigaciones se ejerce de manera muy similar al de contratistas de obras para el Estado, que van a obtener un lucro a costa de los contribuyentes y que, por tanto, deben ser celosamente vigilados.

RECOMENDACIONES

El enunciado de los problemas anteriores sugiere algunas recomendaciones. Ante todo, debe buscarse vigorizar los nexos dentro de una comunidad de historiadores dispersa en las universidades del país. Aunque la comunidad misma ha tomado en sus manos este problema y realiza congresos nacionales de historia, cada dos años desde 1974, y hace dos años fundó una asociación, estas iniciativas dependen de liderazgos espontáneos que no siempre se ven respaldados por gestos de buena voluntad institucional. Hasta 1987, por ejemplo, la celebración de los congresos nacionales fue muy regular, gracias a que directivos de las universidades que se ofrecieron como sede, comprendieron la importancia de estos eventos y apoyaron solicitudes de los organizadores ante organismos como Colciencias o el ICFES.

En este momento, el congreso que debía celebrarse en Popayán en 1989, teniendo a la Universidad del Cauca como sede, se ha retrasado y no se ven perspectivas de que se celebre, debido a que no encontró un apoyo en los directivos de esa universidad. Se requiere, entonces, una forma de institucionalización de los encuentros entre profesores, que rompa el aislamiento y haga posible la cooperación científica.

También debe romperse el aislamiento internacional, estableciendo corrientes regulares de personas y de ideas entre instituciones universitarias y centros de investigación.

La Universidad Nacional por ejemplo, respaldó la iniciativa de algunos profesores y celebró convenios con el Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA) y con la Universidad de Alcalá de Henares, que facilitan el intercambio de profesores con esas instituciones. De

igual manera, las universidades podrían buscar la colaboración de instituciones como el British Council, el DAAD alemán o la Fundación Fulbright para traer profesores visitantes a programas de posgrado. Para obtener el beneficio de una integración dentro de la comunidad académica internacional, las universidades deben vencer rigideces institucionales y ofrecer contrapartidas, en la medida de sus posibilidades (por ejemplo, el salario equivalente al de un profesor titular durante el tiempo de colaboración del profesor visitante) y los profesores prestarse a un diálogo con sus colegas extranjeros.

El tratamiento de las bibliotecas universitarias requiere también un cambio de mentalidad. Por un lado, la docencia debe fundarse cada vez más en un trabajo bibliográfico de los estudiantes. Por otro, debe hacerse un esfuerzo masivo y continuado en la adquisición de libros y revistas. En Colombia ocurre a veces que ricas bibliotecas privadas, reunidas pacientemente durante largos años, se dispersan por falta de ofertas de universidades o de alguna entidad pública. La promesa de que la informática o la electrónica van a sustituir este esfuerzo de paciencia y erudición es simplemente una tontería tecnocrática. Debe lamentarse, por ejemplo, que una de las colecciones americanistas más ricas del país, reunida en Pasto por el doctor Ignacio Rodríguez Guerrero, se haya dispersado y que muchos de sus libros hayan sido adquiridos por bibliotecas de universidades norteamericanas y europeas.

Finalmente, debe encararse de manera decidida toda tendencia a rodear las investigaciones de controles burocráticos excesivos. El control más efectivo sobre los resultados de una investigación debe provenir de una comunidad académica capaz de ejercer una crítica vigorosa, y no de rutinas de auditoría. La elaboración de proyectos que justifican gastos de la más variada índole se ha convertido en un arte que no siempre conduce a resultados satisfactorios. Francamente creo que aquí puede señalarse una curiosa división entre la comunidad de historiadores: entre aquellos que cultivan el arte de elaborar proyectos y los que pueden producir una verdadera investigación.

Por estas razones se ha sugerido que las forma de financiamiento de las investigaciones históricas se hagan más flexibles. Como la investigación histórica tiene un marcado carácter artesanal, no parece viable la atribución de fondos por programas. En cambio, las comu-

nidades de historiadores que integran unidades académicas en las universidades suelen desarrollar intereses afines. Valdría la pena identificar estas áreas de interés y financiar proyectos relacionados entre sí, otorgando al departamento respectivo funciones de control académico y la facultad de redistribuir los fondos entre sus miembros.

SUGERENCIAS Y OBSERVACIONES SOBRE EL USO DE PARADIGMAS EN HISTORIA PARA SU DESARROLLO

La historiografía colombiana ha tenido un desarrollo progresivo bastante ostensible en los últimos treinta años. Durante las dos primeras décadas (años sesenta y setenta) hubo desarrollos importantes en la historia económica. Se abordaron, por ejemplo, temas relativos a la tenencia de la tierra, a los ciclos agroexportadores, a la economía del café, a los procesos de industrialización, etc. Este tipo de investigaciones enfatizaba en fuerzas impersonales, a través de las cuales quería trazarse un cuadro general evolutivo de nuestra sociedad.

En los años ochenta se ha insinuado una tendencia a examinar procesos sociales propiamente dichos. Por ejemplo, ha habido un interés creciente en profundizar en los fenómenos de violencia política. Esta tendencia apunta a un mayor refinamiento del análisis y a la construcción de interpretaciones referidas a un contexto de valores culturales. A este resultado está contribuyendo lo que se ha llamado el «giro lingüístico», es decir, una mayor familiaridad de los historiadores con los modelos y los problemas del análisis literario y la creciente recepción de las reflexiones de una antropología cognoscitiva. La tendencia dominante puede describirse como el tránsito de una historiografía fundada en el análisis de condiciones materiales de vida a otra en la que aparecen en primer plano fenómenos inmateriales, de carácter cultural, o que están referidos a la conciencia de los autores históricos.

Si bien estos desarrollos requieren de herramientas intelectuales que deben ser asimiladas en debates teóricos, la existencia de varios posgrados y de varias revistas de buen nivel, aseguran este resultado. Las nuevas generaciones de historiadores muestran un interés creciente por interpretaciones de tipo cultural y por las innovaciones más recientes de escuelas historiográficas como *Annales* y *Past*

and Present. Esto permite prever una renovación en las interpretaciones de la historia política, por ejemplo, las cuales podrán beneficiarse no solamente de los estudios de historia económica y social de las décadas anteriores, sino de nuevos problemas y de nuevas metodologías, en torno a la producción simbólica y a las mentalidades y los imaginarios colectivos. Estos nuevos conceptos permiten abordar también temas descuidados o abandonados, tales como la historia de la ciencia y la historia de las ideas.

PERSPECTIVAS Y PROPUESTAS

Tanto las investigaciones históricas, como la investigación científica, en general, existen en Colombia en virtud del afianzamiento de la institución del profesorado de tiempo completo en las universidades. Así, las perspectivas de desarrollo de las investigaciones están unidas estrechamente al hecho de que las universidades consoliden patrones de excelencia académica y funden su razón de ser en la ampliación de los horizontes del saber y no meramente en una formación profesional rutinaria y ritualizada. La vida de las investigaciones depende de la capacidad de las universidades para crear debates intelectuales, en los cuales se exprese un sentido profundo de la responsabilidad intelectual, frente a problemas que, con base en la propia realidad, pueden ser definidos rigurosamente, dentro del marco de una disciplina académica.

Hasta hoy, el desarrollo de los estudios históricos en Colombia puede verse como una respuesta adecuada a preguntas implícitas en transformaciones sociales profundas y a veces caóticas. El éxito que puede atribuirse a la historiografía colombiana reciente, ha obedecido así a dos circunstancias: primero, que se trata de una disciplina cuyo objeto primordial es el análisis de los cambios sociales y, segundo, que como disciplina de síntesis no confina sus explicaciones a un solo aspecto de estos cambios, sino que busca explorar una por una las capas de un tejido denso y complejo.

Estas circunstancias señalan la dirección que podrían tomar las investigaciones históricas en el futuro. Como se ha visto, la tendencia dominante parece ser la de no conformarse con modelos explicativos, en los que los mecanismos de fuerzas impersonales de tipo

material se imponen como factores únicos de explicación, sino que se quiere incluir también factores culturales y la exploración de estructuras de la conciencia. En este terreno se mueven trabajos todavía pioneros sobre historia de la ciencia, historia de las ideas e historia de la cultura popular.

Aquí no cabría entonces señalar de manera dogmática prioridades que no consulten el interés personal de los investigadores, tal como éste puede ser percibido a través de las tendencias de la investigación misma. En las investigaciones históricas, los nexos que sin duda existen entre este interés y el entorno social son complejos y extremadamente difíciles de definir. El interés suscitado recientemente por los procesos sociales de la violencia, por ejemplo, puede verse como una respuesta obvia a estos problemas. Pero no ocurre lo mismo con investigaciones que se centran en problemas culturales. Puede percibirse, sin embargo, que muchas respuestas a problemas urgentes residen en este último tipo de investigaciones.

Por estas razones, sólo podría recomendarse el impulso de investigaciones que llenen vacíos evidentes o un tipo de trabajos que amplíen un diálogo con el resto de las ciencias sociales. Aquí puede señalarse, por ejemplo, la ausencia de investigaciones en historia urbana. Aunque en Colombia se ha desarrollado una historia regional, el énfasis de los trabajos recae en problemas rurales. Dentro de este campo sería deseable impulsar una historia detallada de poblamientos y de redes urbanas, lo cual permitiría ampliar el marco de los problemas dentro del cual se mueven usualmente los investigadores locales interesados en la historia de su región. Con pocas excepciones, tampoco existen tratamientos adecuados de las grandes ciudades. Estos tratamientos exigen el uso de un concepto de historia urbana en el que intervienen teorías psicológicas, jurídicas, lingüísticas, demográficas, antropológicas, urbanísticas, etc., cuyo dominio no es familiar a muchos historiadores. La historia urbana comprende así un rango tan amplio de problemas, que su éxito sólo podría asegurarse con una colaboración interdisciplinaria efectiva. Aunque a menudo se insiste en esta necesidad, el reclamo no pasa de ser una afirmación puramente formal, que no se materializa en una colaboración en torno a cuestiones concretas.

La historia cultural, la historia de las ideas, la historia de la ciencia, etc., que comienzan a desarrollarse en Colombia, requieren ser abordadas también con el concurso teórico de otras disciplinas. No se concibe una historia de la ciencia sin un dominio de los problemas científicos básicos o de las estructuras del saber científico. Ni una historia cultural sin una cierta familiaridad con las discusiones sobre el concepto mismo de cultura en el terreno antropológico. La historia de las ideas se mueve igualmente en un terreno en el que son imprescindibles amplios conocimientos de teorías literarias, filosóficas y políticas.

Como puede apreciarse por estas breves indicaciones, los problemas que pueden identificarse en el horizonte de las investigaciones históricas estaban íntimamente ligados a los de la formación misma de los historiadores.

ESTRATEGIAS PARA IMPULSAR LA INVESTIGACIÓN

Problemas generales

El problema de la formación de historiadores debe ser abordado con franqueza. La pregunta de ¿cómo ser historiador? no puede responderse simplemente esgrimiendo programas de estudios que comprendan varios ciclos y en los que se haya previsto el estudio de toda clase de materias a las que se supone la virtud de contribuir a esta formación. La formación de investigadores sólo puede llevarse a cabo en centros de investigación que hayan acumulado una masa crítica de experiencias transmisibles. Los procedimientos de la investigación histórica no son susceptibles de una sistematización canónica sino que están abiertos a un manejo imaginativo de las fuentes, que debe adecuarse a la naturaleza de los problemas. Todavía más, la existencia de una fuente sólo es aparente en presencia de un problema o de un rango de problemas. Los protocolos de escribanos, por ejemplo, siempre han estado a disposición de los historiadores.

Pero su utilización como fuentes históricas es apenas muy reciente, debido a que muchos de los problemas susceptibles de ser resueltos con ellos, no aparecían en el horizonte de los historiadores.

De allí que las discusiones teóricas, combinadas con las exploraciones empíricas en las fuentes documentales, sean imprescindibles para ampliar este horizonte.

La formación de un historiador no consiste así en proveerlo de herramientas o de recetas de investigación sino en un estímulo permanente de su imaginación frente a problemas nuevos. Se puede tener una maestría o un doctorado en historia que certifique la asistencia a un buen número de cursos, sin que por esto se haya convertido al estudiante en historiador. Esta calidad puede discernirse con la realización de una obra y no se respalda solamente con un título académico. El más eminente de los investigadores de problemas históricos se resistirá siempre a ser llamado historiador, con la conciencia de que su labor permanece inacabada o estaba todavía en ciernes. La razón de esta peculiaridad obedece a que la historia como disciplina aspira a ideas de síntesis o, al menos, a grandes hipótesis explicativas de hechos heterogéneos, irreductibles a seres uniformes. A estas ideas de síntesis o a estas hipótesis capaces de abarcar fragmentos heterogéneos no se llega sino después de un trabajo encarnizado y de investigaciones monográficas que deben cubrir un rango muy amplio de la existencia social.

Los estudios de especialización no son así otra cosa que la iniciación en una larga carrera. En gran parte, su éxito depende de que con ellos se haya introducido al estudiante en el debate vivo de problemas y no en el simple manejo de técnicas o en la obsesión de las metodologías.

En Colombia, la carrera del historiador no suele iniciarse con estudios de pregrado claramente definidos, como un primer ciclo que conduzca a otros ciclos sucesivos para completar una formación. El estudiante que inicia una carrera de historia no contempla ordinariamente la perspectiva de convertirse en historiador o en investigador, sino la de vincularse lo más rápidamente posible a un mercado de trabajo, generalmente en la enseñanza secundaria. Esto podría explicar por qué no existen en el país sino dos programas que se definen a sí mismos como carreras de historia (en la Universidad Javeriana y en la Universidad de Antioquia). Otros programas son un compromiso entre las urgencias de trabajo de los estudiantes y la aspiración de formar investigadores, como en el caso de la Univer-

sidad del Valle. Muchos otros programas son licenciaturas en historia o en algo descrito vagamente como ciencias sociales y cuya finalidad obvia consiste en proveer de profesores de historia, geografía, o cualquier otra cosa de difícil definición, a los colegios de primaria y bachillerato.

Existe así la anomalía de cinco posgrados en historia que conducen a una maestría (en la Universidad Nacional en Bogotá, en la Universidad de Medellín, en el Externado de Colombia, en la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Tunja y en la Universidad del Valle) y apenas dos programas de pregrado. Obviamente, estos últimos no alimentan sino en una mínima parte los programas de posgrado.

Éstos suelen reclutar a los aspirantes entre los egresados de otras carreras en ciencias sociales. Si bien esta circunstancia indica una apertura deseable de la historia hacia las otras ciencias sociales y la confianza en que la formación en una de ellas puede servir de base para adentrarse en los estudios históricos, no es menos cierto que se incurre en el riesgo de dejar vacíos en la formación histórica propiamente dicha.

Posgrados

Como se ha mencionado, en el país existen cinco programas de posgrado que conducen a un título de maestría. No existen programas de doctorado. El más antiguo de los programas de posgrado es el de la Universidad Pedagógica de Tunja que ha tenido dos períodos de funcionamiento. El programa del Externado de Colombia le sigue en orden de antigüedad y data de 1984. Los demás sólo han tenido una o dos promociones.

Características

La característica más sobresaliente de los posgrados en historia ha consistido en la orientación de los estudiantes hacia las investigaciones monográficas en fuentes primarias. La calidad de estas investigaciones ha dependido de la preexistencia, en la respectiva universidad, de una experiencia investigativa. Naturalmente, con alguna excepción, los programas de posgrado han sido impulsados precisamente

a partir de estas experiencias investigativas. Así, puede decirse que cuando una universidad pública decida la creación de un programa de este tipo, esto significa que sus respectivas unidades académicas dedicadas a la historia y a otras ciencias sociales han alcanzado una madurez académica a través de la investigación.

Los posgrados en diferentes regiones del país han propiciado la comunicación entre profesores e investigadores. Estos programas no sólo favorecen una utilización más plena de recursos humanos de toda la universidad y contribuyen a romper la identidad de los programas con los departamentos sino que, para mantener una cierta calidad, deben recurrir a la modalidad del profesor visitante. Curiosamente, es todavía más frecuente la presencia de profesores visitantes extranjeros, que nacionales. Y más fácil conseguir el concurso de profesores europeos y norteamericanos, que de otros países de América Latina.

Existe consenso en la necesidad de adoptar currícula muy flexibles con el objeto de ampliar cada vez más el rango de los problemas que deben ser investigados. El sistema de seminarios adoptado por los posgrados ha permitido orientar así, cada promoción hacia la investigación de problemas específicos, enfatizando, en cada una de ellas, algún aspecto (historia económica, por ejemplo, o historia social o historia de las mentalidades).

El hecho de que los candidatos a los posgrados de historia procedan de diversas ciencias sociales, ofrece ventajas en cuanto a la perspectiva amplia a la que puede inducirse a los estudiantes en la reflexión sobre métodos y problemas. Pero, en cambio, tiene el inconveniente de que la escolaridad del posgrado deberá dedicar un buen tiempo a nivelar a los estudiantes en el conocimiento de técnicas históricas (paleografía, manejo de fuentes, etc.), que son familiares a quienes han seguido estudios de historia en su pregrado. Aún superado este obstáculo, queda todavía un vacío más difícil de llenar en el conocimiento de extensas narrativas, las cuales han debido contribuir en el pregrado a la formación de un sentido histórico. Este problema es muy aparente en estudiantes que proceden de disciplinas como la antropología, la sociología o la economía y sus nociones de la temporalidad, casi siempre inadecuadas para emprender una investigación histórica.

Requisitos

En términos generales, los programas de posgrado en historia sólo exigen un título de pregrado en alguna de las ciencias sociales (a veces se amplía al derecho o a la arquitectura). La selección de los candidatos suele tener en cuenta también una experiencia investigativa previa o al menos que, mediante un trabajo, el candidato revele alguna disposición para el trabajo investigativo. En algunos casos se hace énfasis también en el conocimiento de una lengua extranjera por lo menos.

Ampliación de los ciclos en posgrados.

Niveles y requisitos

Paradójicamente, en los estudios históricos la urgencia de crear programas no reside en los posgrados sino en los estudios de pregrado. En el caso de los posgrados se requieren más bien acuerdos entre las diferentes universidades para escalonar los períodos de escolaridad y evitar de esta manera una saturación. Si en un año dado funcionan simultáneamente los cinco programas existentes, se produce naturalmente una reducción de los candidatos y un encerramiento que deja a cada programa a merced de una demanda puramente local. El escalonamiento permitiría también desplazar recursos de profesores de un programa a otro, vigorizando de esta manera una comunidad de investigadores y sus posibilidades de comunicación y modificando el ángulo mismo de sus perspectivas sobre el país.

Los requisitos para el ingreso a los posgrados deben tratar de unificarse en lo relativo a:

1. Prerrequisitos de niveles sobre conocimientos históricos básicos.
2. Experiencia investigativa.
3. Conocimiento de lenguas extranjeras.

Sobre la existencia de centros de investigación

En muchas ocasiones se ha hablado en Colombia sobre la necesidad de crear algo parecido al Colegio de México o el Instituto de Estudios Peruanos. Esta aspiración se mueve dentro de varias disyunti-

vas. Una, la creación de institutos o centros dentro de las universidades mismas, que liberen a los profesores de cargas docentes y administrativas, para que puedan dedicar su tiempo enteramente a labores de investigación. Un ejemplo sería el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad Nacional. Otra, la creación de institutos para-universitarios del tipo del Instituto Caro y Cuervo. Otra opción sería lo que se conoce con el nombre de *Think tank*, es decir, un instituto privado que capta fondos de fundaciones o de contratos de asesoría (el caso de Fedesarrollo).

Una experiencia más amplia, de tipo latinoamericano, parece mostrar que cada una de estas opciones obedece a coyunturas de tipo político, es las que la universidad puede tener ciertas iniciativas o, por el contrario, en las que tiene que renunciar a ellas y refugiarse en el apoyo de fundaciones e iniciativas privadas.

Aparentemente, la institución ideal sería la de un instituto para-universitario en el que concurrieran todas las ciencias sociales, con investigadores de planta en permanente comunicación.

El problema de este tipo de instituciones, al estilo del Colegio de México, estriba en que, financiadas por el Estado, su independencia de presiones y de interferencias políticas es muy problemática. Tratándose de un ente privado, la experiencia muestra que debe dedicar la mayor parte del tiempo a trabajos de consultoría.

Sólo queda entonces ensayar el instituto o centro de investigaciones incorporado a la universidad. Esta fórmula, que existió en la Argentina, sigue ligando la investigación a la suerte de la universidad. Si en países en los que la libertad académica ha sido vulnerada por regímenes de facto la investigación sufrió con los atentados contra la universidad, en Colombia todavía parece posible la creación de este tipo de institutos. Sin embargo, su debilidad reside en el carácter cerrado y corporativo de nuestras universidades, particularmente en el caso de la Universidad Nacional.

Tipo de investigación

La investigación histórica en un centro o instituto de investigaciones debe coexistir con otras investigaciones en ciencias sociales. Si bien los resultados de las investigaciones en otras ciencias sociales pue-

den tener algún grado de aplicabilidad, obviamente no ocurre así con las investigaciones históricas. Sin embargo, estas últimas pueden suscitar problemas u ofrecer respuestas que interesan al resto de las ciencias sociales.

Tipo de financiación

Se han mencionado brevemente los problemas que presentan diversos tipos de centros o institutos de investigaciones, precisamente en relación con las fuentes de su financiación. Por el momento, la fórmula más viable (o al menos la que ha tenido una efectiva realización en Colombia) parece ser la de institutos ubicados en las universidades. Esto define las fuentes y el tipo de financiación. Programas y proyectos de investigación atraen formas específicas de financiación, según su naturaleza: de la misma universidad, de entidades creadas para este efecto (Colciencias, Fondos del Banco de la República y de la FEN, etc.) o de contratos de asesoría.

Ventajas y programas

La mera consideración de la creación de centros o institutos de investigación (la mención de laboratorios parece querer aproximar las investigaciones en ciencias sociales a las de las ciencias físico naturales) evoca inmediatamente problemas que tienen que ver con financiación, independencia académica, interdisciplinariedad, etc. Por esta razón se ha sugerido brevemente que el problema debe tratarse analizando las opciones posibles: instituto universitario, instituto para-universitario (privado o público). Estas opciones tendrán siempre un trasfondo político inevitable, que debe tomarse también en consideración. Por eso se ha sugerido que, en las condiciones actuales de Colombia, las investigaciones tienden a encerrarse en los recintos universitarios.

Canales de comunicación e información

A lo largo de este documento se ha tocado insistentemente el problema de la comunicación entre los investigadores. Se ha tratado de

mostrar, por ejemplo, el absurdo de una situación en la que ni las ideas, ni los libros, ni los investigadores circulan en América Latina de un país a otro. Se ha sostenido que esto significa una seria limitación de nuestras experiencias que repercute en la calidad y en las pertinentes elaboraciones teóricas.

Se ha señalado también el exceso de corporativismo de universidades que se encierran en sí mismas, creando rituales académicos de reconocimiento, que no tienen nada que ver con el valor objetivo de sus tareas.

En el caso de la historia, la comunidad de investigadores universitarios ha hecho esfuerzos para superar estas camisas de fuerza institucionales y ha creado sus propios congresos y su propia organización gremial.

Iniciación en la investigación

En historia no parece muy importante una iniciación temprana en la investigación. El problema que se contempla en esta disciplina consiste más bien en que una vez iniciada una carrera como investigador, pueda lograrse una cierta estabilidad que permita aspirar a proyectos de cierto aliento y que usualmente significan varios años.

Lo que garantiza la continuidad y en ocasiones la excelencia de las investigaciones consiste en la creación de una escuela. Debe decirse que las escuelas históricas generalmente tienen un carácter nacional y que su solidez institucional se deriva en ocasiones de situaciones de poder dentro de las jerarquías universitarias. Estos rasgos, que en nuestro medio serían algo negativo, se compensan por un sentido de pertenencia dentro de una gran empresa investigativa.

La dificultad de iniciar a un joven en la investigación histórica en Colombia radica en que, no existiendo escuelas institucionalizadas, a lo más que se puede llegar es a un paternalismo clientelista. Esto se practica a menudo a través de los llamados asistentes de investigación, a los que se puede mantener con una vaga promesa de un puesto más estable o a los que se puede iniciar en la técnica de confección de proyectos destinados a la caza de fondos institucionales.

De manera más general, los métodos de enseñanza universitaria en Colombia no son muy propicios para incitar a la investigación.

Como se ha mencionado, la enseñanza reposa casi íntegramente en la llamada clase magistral que no es otra cosa que un monopolio, por parte del profesor, de los textos que la sustentan. La clase magistral crea una situación de poder en la que toda iniciativa debe proceder del docente y en la que la oportunidad de discusión y de debate es casi nula. No sería muy difícil demostrar que este curioso método de enseñanza se deriva del predominio de la escolástica colonial.

Propuestas

Para asegurar la incorporación de investigadores a los rangos profesionales deben reforzarse las exigencias de ingreso a la carrera académica universitaria. Reglas de juego claras a este respecto permitirían estimular una dedicación a labores investigativas. Si la universidad sigue sosteniendo que la labor primordial de sus docentes consiste en dictar clases magistrales y que existe casi una incompatibilidad entre la excelencia docente, es decir, la habilidad retórica exigida por la llamada clase magistral y los esfuerzos pacientes dedicados a la investigación, a la discusión crítica y al planteamiento de nuevos problemas, es bastante obvio que ella seguirá reclutando dictadores de clases, con una fuerte tendencia a la burocratización.

De todo esto se desprende el papel primordial que se asigna a la universidad en el incremento de la investigación histórica. Resulta utópico pensar en cualquier otro tipo de instituciones puede reemplazar a la universidad para alojar a individuos dedicados a este tipo de investigaciones.

ESTADO DE DESARROLLO E INSERCIÓN SOCIAL DE LA HISTORIA EN COLOMBIA*

INTRODUCCIÓN

La formación profesional de los historiadores en Colombia

En el curso de los últimos 30 años los estudios históricos en Colombia han ido encontrando formas de institucionalización que han roto con una tradición de estudios aficionados. Aunque esta tradición de trabajo no profesional no ha perdido un reconocimiento social ni privilegios legales, el producto profesional es fácilmente identificable por una comunidad académica nacional e internacional que le impone exigencias y estándares de rigor y de excelencia. Lo que gracias a una compilación antológica de Colcultura el gran público comenzó a identificar como una nueva historia no ha sido otra cosa que el producto de un trabajo universitario que venía gestándose desde finales de los años treinta. La característica más obvia de este trabajo era su sello profesional. Por esta razón, el editor del Manual de Historia de Colombia (editado también por Colcultura en 1978-1979) hacía énfasis en el perfil profesional del historiador.

El antecedente institucional más importante para la consolidación de la investigación histórica en Colombia como una actividad profesional fue sin duda la creación de la Escuela Normal Superior en 1936. La Escuela Normal calcaba los patrones de excelencia que habían colocado a *l'Ecole Normale Superieur* de París dentro de las llamadas grandes *écoles*. La presencia de eminentes profesores extranjeros en la Escuela Normal creó un clima de excitación intelectual y de interdisciplinaridad. Esto hizo posible que, a partir de una formación básica en ciencias sociales, al cabo de algunos años de

* Tomado de *La conformación de comunidades científicas en Colombia*. Tomo II, vol. 3. Misión de Ciencia y Tecnología. Colciencias, Bogotá, 1990.

investigaciones pioneras sus antiguos estudiantes comenzaran a echar cimientos de disciplinas específicas. La Escuela Normal formó así a la primera generación de profesores universitarios en historia, sociología, arqueología, antropología, geografía, etc. Esta generación conformó en la década de los años cincuenta el núcleo de un cuerpo académico que, pese a que sus miembros cultivaban diversas especialidades, se identificaba en virtud de ciertos propósitos básicos. Uno de ellos era el de promover el cultivo de sus propias disciplinas dentro de la universidad. Surgieron así, entre 1955 y 1965, programas de historia, antropología, sociología, psicología, etc.

Hasta la aparición de una primera generación de historiadores profesionales, formados bajo las incitaciones pioneras de los antiguos alumnos de la Escuela Normal, la Historia ni siquiera se concebía en Colombia como un conocimiento constituido en torno a la formulación explícita de problemas, los cuales debían resolverse de acuerdo con una metodología adecuada. El ejercicio de la Historia era una actividad vagamente literaria que se practicaba como un deber moral y como una prueba de amor a la patria. El saber histórico tenía una apariencia de materia sagrada en la que un relato epidérmico registraba secuencias de hechos políticos e institucionales. La memoria del buen ciudadano debía atesorar estas secuencias de manera ritual y casi automática. Los modelos clásicos de esta narrativa y gran parte del arsenal de hechos habían quedado establecidos desde el siglo XIX en la obra de los historiadores José Manuel Restrepo y José Manuel Groot. Un elemento de análisis institucional (para uso de políticos y de las facultades de derecho), el de los cambios institucionales que se interpretaban a la luz de peripecias políticas entre personalidades fuertes —caudillos— y el deseo formulado por civilistas de un imperio de la ley, fue introducido a finales del siglo XIX por la obra de José María Samper (*Derecho público interno de Colombia*).

Uno de los elementos que sirvieron para definir la vocación de los estudios históricos en Colombia fue el fenómeno de la violencia. Frente a hechos de agitación y de anomia social, las posibilidades de comprensión que brindaba una elaboración tradicional de aficionados eran muy escasas. Los fenómenos de agitación y de violencia sociales exigían encarar los procesos históricos de que hacían parte

no como una narrativa ajena a ellos o como un ritual de exorcismo cuyo contenido era el culto de los héroes sino con herramientas intelectuales capaces de penetrar su significado.

Economistas, sociólogos y politólogos podían encontrar muy pocas respuestas en la historiografía tradicional a problemas urgentes que, en teoría, los historiadores estaban obligados a plantear y a resolver. Por ejemplo: ¿cómo habían evolucionado las relaciones básicas entre el espacio y el número de hombres, es decir, las relaciones entre los procesos demográficos y los recursos básicos de tierra y de mano de obra? ¿Qué ciclos había conocido la actividad económica? ¿Qué factores económicos, políticos y sociales habían acompañado la expansión de una frontera agraria? ¿Qué había hecho posible la industrialización de ciertas regiones y por qué otras mantenían estructuras agrarias tradicionales? ¿Cuál era el origen de tensiones y de diversidades regionales? ¿Cuáles eran las características locales de la formación de empresarios? ¿Qué formas había revestido nuestra formación cultural? Este cuestionario podría ampliarse indefinidamente. Pero aún en esta forma abreviada puede decirse que la profesionalización de los estudios históricos apenas ha comenzado a desbrozar estos grandes interrogantes. La urgencia de resolverlos y el hecho de que constituyan territorios casi vírgenes de investigación ha prestado vigor en los últimos treinta años a los estudios históricos en Colombia.

Puede afirmarse que en los últimos treinta años la investigación histórica se afianza de manera regular en las universidades colombianas. A partir de la creación de departamentos de humanidades, destinados a atender en forma de servicios diferentes planes de estudio, se ha experimentado una evolución hacia la especialización de los docentes hacia áreas específicas de conocimiento como la historia, la filosofía, la literatura o las ciencias de la comunicación. Este proceso de especialización indujo a su vez la creación de planes de estudio diferenciados, sea como licenciaturas, sea como carreras. En muchos casos los departamentos que congregan a docentes con una determinada especialidad aún conservan ese rasgo de unidades de servicios, sin un programa propio, pero sin la indiferenciación absoluta de los viejos departamentos de humanidades. Esta situación ha permitido el estímulo de los estudios históricos en el seno de otros

programas. Por ejemplo, el caso más notorio ha sido la introducción de cátedras de historia económica y la producción de tesis de buen nivel en esta especialidad en las carreras de economía. Una tendencia similar se observa con respecto a la historia de la ciencia en algunas carreras científicas. La misma influencia se observa en otras carreras de ciencias sociales como la sociología y la antropología, lo cual permite reclutar egresados de esas carreras para programas de posgrado en historia.

Por todo esto, en un cuadro general sobre los estudios y las investigaciones históricas en Colombia parece razonable partir de la hipótesis de que la suerte de esos estudios y de esas investigaciones está ligada indisolublemente al desarrollo mismo de la universidad colombiana. Tal vez no sea irrazonable tampoco afirmar que esto ocurre con la generalidad de las disciplinas científicas. Esta hipótesis obliga a tratar de aclarar las relaciones de la universidad con centros de financiación y sugiere inmediatamente la necesidad de hacer más fluidas y más eficaces estas relaciones teniendo en cuenta la naturaleza y las peculiaridades de la universidad colombiana, los obstáculos a su desarrollo o sus rigideces institucionales.

Debo manifestar aquí mis agradecimientos a los doctores Germán Mejía, de la Universidad Javeriana, Medófilo Medina y Jorge Orlando Melo de la Universidad Nacional, a Gabriel Misas y a los funcionarios de la Misión Ciencia y Tecnología, quienes formularon observaciones a una primera versión de este informe que he procurado atender, y a los doctores Jorge Palacios P., director del Archivo Nacional, Beatriz Castro C. de la Universidad de los Andes, Roberto Luis Jaramillo y Javier Ortiz, de la Universidad Nacional en Medellín y Bernardo Tovar, de la Universidad Nacional de Colombia por las informaciones que me procuraron para la redacción de este informe.

CALIDAD DE LA FORMACIÓN PROFESIONAL

Observaciones generales

Actualmente existen en el país varios programas destinados a formar docentes en historia o a iniciarlos en la investigación histórica.

La formación de un docente de primaria o secundaria se adelanta generalmente bajo el rubro general de ciencias sociales. Sin embargo, muchos programas hacen énfasis en las disciplinas históricas y en rudimentos de investigación histórica (manejo de fuentes primarias y secundarias, análisis de textos, paleografía, estadística, discusión de problemas históricos en seminarios, etc.). Aunque existen programas de pregrado que formulan una intención explícita de formar investigadores, estos programas implican forzosamente encaminar a los estudiantes hacia un segundo ciclo de estudios de posgrado. De lo contrario los estudiantes deben orientarse forzosamente hacia la docencia en primaria y secundaria. Deben tenerse en cuenta además que los programas de posgrado en Historia atraen por igual a egresados de programas en ciencias sociales, a los que han sido formados en programas específicos de historia y a los egresados de otras disciplinas (antropólogos, sociólogos, economistas).

Planes de estudio de pregrado

Los planes de estudio de casi todos los programas en historia han aceptado un modelo básico que distingue tres niveles: uno, de información básica que se ciñe a exposiciones de tipo magistral sobre diferentes narrativas históricas. En este nivel se pretende que el estudiante conozca los rasgos generales y los hechos de la prehistoria, las civilizaciones orientales, la antigüedad clásica, la Edad Media, la época moderna y la historia contemporánea. Esta narrativa se dobla cronológicamente para introducir la exposición de los hechos concernientes a América y a Colombia desde la época precolombina hasta nuestros días.

Un segundo nivel desarrolla problemas teóricos y metodológicos y técnicas de investigación. En él se exponen las diferencias entre escuelas historiográficas, se señalan las relaciones de la Historia con otras ciencias sociales y se enseñan técnicas como la paleografía y la estadística.

Un tercer nivel, que se desarrolla en seminarios, está destinado a profundizar en problemas específicos (historia agraria, historia social, historia urbana, etc.) y a orientar a los estudiantes en la búsqueda de temas de investigación para sus trabajos de grado.

Este modelo básico adoptado a mediados de los años setenta, representa un compromiso entre la historia concebida como erudición y narrativa y la historia como disciplina analítica. El modelo ha sido forzado por la necesidad de atender las necesidades docentes de la educación primaria y secundaria y no por la lógica de la formación de investigadores. Esta lógica implicaría subordinar el examen de cualquier proceso histórico a herramientas teóricas y conceptuales que aislen lo más relevante y lo sometan a un examen crítico. Este modelo tiene que evolucionar en el futuro para hacer que las narrativas se amolden a las necesidades de la formación de investigadores. No se trata de saberlo todo sobre todas las civilizaciones que han existido sino poder comprender la evolución de las sociedades a través de categorías y de modelos adecuados del tipo que propone la sociología histórica. Para esto se hace necesario un debate pedagógico que avalúe los resultados obtenidos hasta ahora y que examine atentamente el problema de si los seminarios incorporan o no las investigaciones recientes o si ellos se reducen apenas a ser otra clase magistral. El área de las narrativas, particularmente sobre historia europea a la mal llamada historia universal, plantea también el problema de saber cómo se opera la recepción de contenidos elaborados en otras partes, es decir, de si existe un análisis crítico o historiográfico de dichos contenidos.

La información que se imparte sobre historia europea y aún sobre historia latinoamericana no parece suficiente como para despertar una vocación de investigadores orientada hacia esas áreas. En Colombia existen investigadores jóvenes que han realizado estudios en Europa y Estados Unidos con especialización en historia de algún país europeo o de Norteamérica. El caso de especializaciones en otros países de América Latina es más raro. Existe el problema de mantener y apoyar esas inquietudes e inclusive de impulsar los estudios latinoamericanos.

En el país existen solamente tres programas de pregrado que declaren en sus objetivos la intención explícita de formar investigadores. Dichos programas se describen como carreras de historia. Estos programas son de la Universidad Javeriana de Bogotá, el de la Universidad de Antioquia y el de la Universidad Nacional, con sede en Medellín. Actualmente existe un proyecto, que debe realizarse bajo

el marco general de un convenio de colaboración entre las dos universidades, de unificar los dos programas que existen en Medellín. Otro programa que persigue una formación introductoria en problemas de investigación histórica de la Universidad del Valle, conduce sin embargo, al título de licenciado. Este programa surgió en 1974 de la unificación de la carrera de historia con un programa paralelo de la facultad de educación. La unificación de los dos programas permite a los egresados optar por el ingreso al escalafón de la enseñanza secundaria o continuar el ciclo de estudios de posgrado.

El resto de los programas existentes, aún si su énfasis principal es el de los estudios históricos, son programas en ciencias sociales destinados a formar profesores en las materias que se designan así en el bachillerato. Programas de este tipo existen en la Universidad Pedagógica de Bogotá, en la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Tunja, en la Universidad del Quindío, en la Universidad del Tolima, en la Universidad Santiago de Cali, etc.

La Universidad de los Andes de Bogotá discute actualmente un proyecto para el establecimiento de una carrera en historia. Su acercamiento a este proyecto ha sido gradual y aunque mantienen un buen departamento de historia sólo ofrece 16 créditos en historia para todas las carreras como una opción humanística y un ciclo de 60 créditos (el equivalente de cuatro semestres) como extensión universitaria.

Los recursos en profesores e investigadores de tiempo completo de los departamentos de historia de las universidades es variable y oscila entre 7 profesores (Universidad de los Andes) y 19 (Universidad de Antioquia). Este dato es significativo sólo en la medida en que los profesores han obtenido posgrados y dedican una buena parte de tiempo a las labores de investigación, como se verá más adelante.

Los recursos de las bibliotecas universitarias en general son pobres y mal adecuados para los estudios de posgrado. Los sistemas de enseñanza universitaria en Colombia no han incorporado el uso sistemático de bibliografía y de su discusión en seminarios. Predomina la exposición magistral que debe cubrir un programa y los estudiantes se evalúan con el acuerdo tácito de que el examen versará sólo sobre aquello que se ha cubierto en la clase. Con esto la ense-

ñanza sigue siendo memorística y con un énfasis en la información, no en la discusión de problemas. Los seminarios deberían culminar con la elaboración de un trabajo (*paper*) de los estudiantes que les permita el examen crítico de una bibliografía. Sin embargo, la mayor parte de las veces estos llamados seminarios terminan siendo una exposición magistral y los trabajos el resumen apresurado de un solo libro.

Planes de estudio de posgrado

Los planes de estudio de posgrado en historia no guardan así una relación muy estrecha con los programas de pregrado. Por esta razón, un elevado porcentaje de estudiantes que optan por el posgrado no proviene de las llamadas *carreras de historia* sino que se recluta indistintamente entre egresados de otras carreras en ciencias sociales y que han tenido alguna experiencia investigativa o docente.

Actualmente existen en el país programas de posgrado en historia, el doble que carreras en historia de pregrado. Son ellos: Universidad Nacional, Bogotá, Universidad Nacional sede Medellín, Universidad del Valle, Universidad Pedagógica y Tecnológica, de Tunja, Universidad Externado de Colombia y Universidad Javeriana.

La característica general del currículo de los posgrados de las universidades públicas ha sido la de no atenerse a un programa rígido sino la de formar cada promoción ateniéndose a un punto focal o a una tendencia que oriente los trabajos de investigación. En la Universidad Nacional, por ejemplo, una primera promoción se orientó hacia problemas de historia económica y social. Las siguientes promociones se han orientado hacia la investigación de problemas de historia de la cultura. La Universidad del Valle hizo énfasis en su primera promoción en problemas y conflictos sociales de los países andinos. Una segunda promoción está siendo orientada hacia problemas de representaciones mentales y la metodología para abordar investigaciones de historia cultural. La Universidad Pedagógica de Tunja ha hecho énfasis sucesivamente en problemas de historia de Colombia y Latinoamérica, historia de las ideas, archivística e historia regional. El programa de la Universidad Nacional con sede

en Medellín se está orientando también hacia problemas culturales en su primera promoción.

Esta flexibilidad obedece a la necesidad de abrir varios frentes de investigación y a las oportunidades de discutir los logros más recientes de escuelas europeas y norteamericanas con profesores visitantes. La primera promoción del posgrado de la Universidad del Valle, por ejemplo, contó con la visita de seis profesores de Suecia, Francia, Inglaterra, Alemania y el Ecuador. La segunda promoción ha contado con cinco visitantes de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos. Estos programas de posgrado han visto también la necesidad de contar con profesores procedentes de otros departamentos de la misma universidad. Sin embargo, esta participación varía de acuerdo con una tradición de apertura hacia la interdisciplinaridad.

El surgimiento de programas de posgrado en las universidades ha estado condicionado por varios factores: uno, el más importante, ha sido la calificación y madurez alcanzada por profesores-investigadores. Otro, la necesidad experimentada de crear un espacio de interdisciplinaridad. También debe mencionarse el aumento del caudal de investigaciones cuya utilización se adecuaba mal a la rigidez de los programas de posgrado.

Estos programas pueden alimentarse y mantener un excelente nivel debido no sólo a la presencia de profesores visitantes o a la participación de profesores bien capacitados en otras áreas de las ciencias sociales sino también a la capacitación profesional de los historiadores. Así, en la Universidad Nacional de 18 profesores, cuatro tienen un título de magíster y cuatro de doctorado, obtenidos en universidades extranjeras. En la Universidad del Valle de 16 profesores de tiempo completo nueve tienen un título de magíster y tres son doctores. En Tunja, todos los 14 profesores de su planta tienen títulos de posgrado (diez de magíster, cuatro de doctorado). En cuanto a la investigación, como se verá más adelante, existe una gran regularidad y una calidad comparable a la de países con una reconocida tradición en este campo.

La exigencia del conocimiento de lenguas extranjeras en los posgrado amplía la posibilidad de utilizar recursos bibliográficos. Algunas bibliotecas universitarias cuentan con colecciones de revistas especializadas (*Journals*) que constituyen el principal recurso para

estos programas. Infortunadamente, la crisis financiera de la mayoría de las universidades ha interrumpido las suscripciones en el preciso momento en que podía impulsarse su utilización regular. Los programas de posgrado gozan también de la ventaja de la utilización de materiales de archivo.

INVESTIGACIÓN

Grandes líneas y proyectos de investigación

Origen de su definición

La investigación histórica en Colombia tiende a ser de carácter artesanal y monográfico. El director de Colciencias ha expresado con alguna razón insatisfacción a este respecto pues, según la experiencia de este organismo, los proyectos que suelen proponerse para ser financiados tienen generalmente un alcance temático y cronológico muy limitado.

Los trabajos clásicos de investigación histórica (como las obras de Luis Ospina Vásquez, de Juan Friede, de Jaime Jaramillo Uribe o, más recientemente, de José Antonio Ocampo) ofrecen una visión de síntesis de un problema o de una serie de problemas. Este resultado no es el fruto de una generosa asignación de recursos sino de la dedicación personal de largos años de investigación.

Algunos proyectos, respaldados por la industria editorial o por otro tipo de instituciones (Academia Colombiana de Historia, Colcultura, universidades y hasta periódicos y compañías de seguros) se presentan como grandes síntesis históricas. Podría citarse, por ejemplo, la *Historia extensa de Colombia* de la Academia de Historia, el *Manual de historia de Colombia*, promovido por Colcultura, la *Historia de Colombia* en fascículos de la editorial Salvat, la *Nueva historia de Colombia* promovida por editorial Planeta o la *Historia de Antioquia* financiada por El Colombiano de Medellín y la *Sudamericana de Seguros*. Estos proyectos, aun cuando aparecen bajo la responsabilidad de un director académico, en realidad son recopilaciones bajo el cuidado de un editor, unas más felices que otras. Para tales proyectos el editor ha elaborado un plan general de contenido, confiando la elaboración de cada tema a un especialista. Los lineamientos ge-

nerales para esta elaboración tienen que ser muy amplios pues hay una exigencia de respetar la libertad académica. Este plan de contenido puede señalar una orientación mínima al dar preferencia a unos temas sobre otros. Enfatizar, por ejemplo, aspectos sociales y económicos sobre aspectos de desarrollo y de peripecias políticas. Sin embargo, su labor no es la de un director de investigaciones puesto que en el plan no se contemplan hipótesis que deben ser discutidas y desarrolladas de manera conjunta por los colaboradores ni se buscan deliberadamente las conexiones entre un tema y otro.

Es claro que visiones panorámicas de este tipo, que sencillamente superponen de manera sintagmática unos temas a otros, no constituyen propiamente síntesis históricas. Es posible que en el estado actual de las investigaciones históricas en Colombia no sea posible todavía emprender una tarea de este tipo. Cuando al tratar un tema de una enorme complejidad se fuerza a la uniformización del trabajo en equipo, los resultados suelen ser muy discutibles. Un ejemplo de este procedimiento podría ser la Historia de Bogotá realizada por un equipo de investigadores de la Fundación Misión Colombia. Cada período convencional de la historia de Bogotá (Colonia, República, Siglo XX) se encargó a un director responsable de las tareas de un pequeño equipo. Los resultados finales de las investigaciones se entregaron a un redactor para que les diera una forma literaria. Esto no impidió que la obra reflejara de manera acumulativa las debilidades de formación y de entrenamiento de los investigadores individuales y el absoluto desconocimiento del lenguaje histórico por parte del redactor.

Tipos de problemas

Surge así la cuestión de saber qué tipo de proyectos colectivos de una cierta envergadura sería factible de llevar a cabo. Ante todo, debe excluirse aquellos proyectos panorámicos en los que quiera darse cuenta de un rango indefinido de problemas históricos (un proyecto que abarcara simultáneamente, por ejemplo, problemas políticos, económicos, sociales, intelectuales, etc.). Un proyecto colectivo que implique el manejo de hipótesis y modelos obliga a una reducción temática en la que todos los datos confluyan a una res-

puesta unívoca sobre un problema central. El modelo de este tipo de investigaciones serían, por ejemplo, los trabajos de la llamada *New Economic History* norteamericana. En su libro más debatido, *Time on the Cross*, Fogel se pregunta simplemente si la economía esclavista del sur de los Estados Unidos tenía una rentabilidad inferior o superior a la de la economía industrial de los Estados del norte. En torno al concepto de rentabilidad, susceptible de descomponerse en variables cuantificables, la esclavitud recibe un tratamiento en todos aquellos aspectos relevantes al problema.

Este ejemplo muestra la necesidad de que los grandes proyectos se desarrollen en torno a problemas para los cuales exista una teoría claramente formulada (en el caso del ejemplo, la teoría económica sobre la rentabilidad) o sobre aquellos en los cuales el grupo de trabajo pueda ponerse de acuerdo en un paradigma investigativo. El uso de teorías de una gran profundidad pero que no puedan ser formalizadas en un modelo cuyas variables se identifiquen con claridad induce solamente a la confusión y al empleo de una jerga. Una investigación colectiva sobre poblamientos en Colombia puede utilizar, por ejemplo, la teoría clásica de Walter Christaller sobre el lugar central. Esta teoría puede ser perfectamente operativa en un trabajo colectivo de una gran magnitud pues en ella los componentes están definidos con claridad y pueden ser recogidos de manera homogénea por un grupo numeroso de investigadores.

Hasta aquí se ha sugerido que en Colombia no existen todavía trabajos colectivos de investigación histórica a pesar de grandes proyectos editoriales que presentan los resultados globales de la disciplina. Estos resultados son el fruto de trabajos especializados individuales y de confección más bien artesanal. Esto no quiere decir, sin embargo, que no existen tendencias identificables que hayan orientado las investigaciones históricas. En las últimas tres décadas ha habido énfasis diferentes en cuanto a la cronología y en cuanto al tipo de problemas. En líneas generales, la década de los sesenta hizo énfasis en especial en los estudios de historia colonial. En el decenio siguiente predominaron más bien los estudios sobre el siglo XIX. En uno y otro caso las investigaciones estaban centradas sobre problemas de historia económica. Así, los trabajos más importantes se desarrollaban en torno a problemas tales como la demografía, la evo-

lución de los sistemas agrarios y los problemas de tenencia de la tierra, el surgimiento de un modelo agroexportador, la economía del café, etc. En los ochenta se ha hecho énfasis en los estudios sobre el siglo XX y el tema predominante ha sido la violencia. Para otros períodos históricos existe una tendencia a enfocar aspectos que habían sido dejados de lado en las investigaciones iniciales. Problemas, por ejemplo, de la formación cultural o problemas políticos con un trasfondo cultural. Esta tendencia podría caracterizarse en términos generales como la preferencia por temas de historia social o por el examen de estructuras ideológicas y mentales.

La última década ha visto también desarrollarse los estudios regionales en algunos centros como Medellín, Cali y Barranquilla. Otras regiones, como la del alto Magdalena (Huila, Tolima), partes de Santander o incluso la sabana de Bogotá y Cundinamarca, no han recibido una atención parecida. En estos estudios se incluye una amplia gama de problemas enmarcados por hipótesis globales que los acercan más a una verdadera síntesis histórica que los trabajos mencionados anteriormente y que tienen a la nación como unidad de análisis. La tendencia a desarrollar estudios regionales es muy importante por cuanto este tipo de trabajos incorpora a la investigación un grupo muy amplio de profesores de universidades de fuera de Bogotá y permite la utilización de archivos o de fuentes de información de difícil acceso.

Instituciones responsables

La mayoría de las investigaciones históricas de los últimos 30 años se han originado en las universidades. Fuera de las academias, las cuales apoyan investigaciones de manera muy indirecta, y de la *Fundación Misión Colombia* no existen centros especializados de investigación. Usualmente las universidades operan con comités de investigación que llevan a cabo un primer control de la idoneidad en la presentación de los proyectos. Si el proyecto es aprobado por el comité de la universidad, ésta lo remite a otras entidades financieras.

Financiación

La financiación de proyectos de investigación en historia recae en un porcentaje muy alto en las universidades. Esto se debe al hecho de que, aun recabando ayudas externas a la universidad, ésta satisface el rubro más costoso que consiste en el tiempo dedicado a la investigación por un profesor de su planta académica. Otros costos que cubren desplazamientos a archivos, xerocopias, material microfilmado, uso de computadores (cada vez menos debido al PC), pago de asistentes, gastos de papelería y secretaria, etc., suelen ser cubiertos por contrapartidas provenientes de Colciencias o el Banco de la República.

COMPARACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN NACIONAL

Observación preliminar

La comparación del trabajo historiográfico con respecto a un área próxima (América Latina) o con respecto a países en los cuales existió una profesionalización más temprana o una tradición académica más rica, debe tratar de establecer previamente qué se compara.

En el caso latinoamericano debe observarse que la influencia de escuelas históricas europeas ha sido general. En Colombia, como en México, Perú, Chile o Argentina (para señalar sólo aquellos países en donde existe un desarrollo comparable de la historiografía), muchos historiadores han sido formados en Francia, Inglaterra, España o los Estados Unidos.

La variedad de las influencias de escuelas y métodos de trabajo impone la necesidad de una reelaboración y discusión constantes para adecuar conceptos y categorías a la realidad latinoamericana. La investigación histórica posee peculiaridades que hacen irrelevante la adopción de teorías clásicas sobre la aparición y consolidación del fenómeno urbano como la de Marx Weber tiene referentes históricos muy amplios pero excluye observaciones sobre ciudades hispanoamericanas. Esto obliga a una reelaboración de la teoría europea confrontándola con esta realidad no contemplada en ella.

Por estas razones, en este punto de la comparación de las investigaciones históricas en Colombia con las de otros países, ha parecido preferible referirse más bien al contenido de trabajos comparables o

de áreas de investigación en las que se impone la cooperación internacional. A partir de allí puede evaluarse la importancia de esta cooperación o lo que los investigadores colombianos podrían aprender de ella.

Estudios regionales en América Latina

La unidad de análisis que parece imponerse de manera natural en los estudios históricos es la de la nación. Este imperativo aparente puede confinar las investigaciones en un provincianismo excesivo. De manera pedagógica, el incremento de los estudios regionales puede en cambio acercarnos a ampliar nuestras experiencias, incorporando en el campo de observación realidades empíricas y modelos interpretativos de una gran variedad. Si resulta enormemente difícil o a veces irrelevante comparar el proceso histórico global de dos naciones, en cambio resulta factible y útil comparar aspectos específicos o regiones que presentan similitudes observables a primera vista. De esta manera se ha ensayado comparar a la ciudad de Popayán con Querétaro (en México) y con Cuenca (en el Ecuador). De manera similar se pueden comparar procesos educativos, tipos de economía (del café, por ejemplo) o procesos de urbanización.

Las dificultades de ampliar la experiencia de los investigadores latinoamericanos en ese sentido resultan de la incomunicación académica y científica entre nuestros países. Las comunicaciones con Europa y con Estados Unidos son mucho más frecuentes en congresos internacionales que con colegas latinoamericanos. Libros europeos y norteamericanos circulan más fácilmente que aquéllos que se producen en un país vecino. Esa situación crea un provincianismo curioso, en el que los puntos de referencia pueden ser Berkeley, Oxford o París pero jamás Quito o Lima.

Investigación extranjera sobre Colombia. Su asimilación

La comparación de las investigaciones históricas colombianas con respecto a una producción mundial no tiene mucho sentido por razones que han tratado de explicarse en las observaciones generales. En cambio sí pueden mencionarse aquellas investigaciones de ex-

tranjeros que se refieren a Colombia. El problema que surge aquí no es tanto el de comparar esa producción con la que realizan investigadores colombianos sino más bien el de saber si esos trabajos se han incorporado de manera eficaz en la corriente de las investigaciones y de los problemas historiográficos que se proponen en Colombia.

Es un hecho muy conocido que los estudios de área (*field*) en los Estados Unidos han estado siempre influenciados por factores extra-académicos. Por esta razón el país que concentra el mayor número de investigaciones históricas y los trabajos más influyentes es México (podría citarse el caso de las investigaciones de Charles Gibson y de Woodrow Borah, las cuales han constituido un paradigma para los estudios coloniales). Colombia ha atraído, sin embargo, trabajos de calidad. Puede citarse entre los especialistas norteamericanos que han sido divulgados y que han influido en investigadores colombianos a David Bushnell, Frank Safford, Charles Bergquist, Ann Twinam, Catherine Le Grand, David Johnson, John D. Martz, Allan J. Kuethe, William Sharp, Richard Hylant, J. Leon Helguera, H. Delpart, Jane M. Rausch, Peter Marzahl y William P. McGreavy. Estos autores han contribuido con trabajos de gran solidez académica al tratamiento de temas muy variados: en historia política, con el estudio de la primera administración del general Santander, la vida de Mosquera, o el radicalismo del siglo XIX. En historia social, con estudios sobre la revolución de los comuneros, la guerra de los mil días o los conflictos sobre la tierra en Colombia. En historia económica con análisis sobre la comercialización de la agricultura o modelos globales del desarrollo económico en Colombia. En historia regional con estudios sobre Popayán, el Chocó, los Llanos Orientales, Santander o el Valle del Cauca.

En Sevilla (España) también han aparecido trabajos orientados por don Luis Navarro García sobre demografía histórica, la ciudad de Cartagena, la trata de esclavos y las instituciones en la colonia de Nueva Granada. En Inglaterra, Malcolm Deas, Roger Brew, Christopher Abel y Antony McFarlane se han ocupado también de problemas históricos colombianos. Alemania tiene un buen especialista en Hans Joachim König cuyo libro sobre el proceso de la formación nacional en Colombia está en proceso de traducción. En Francia Geor-

ges Lomné, Marie Danielle Damelas y Thomas Gómez se ocupan también en investigaciones históricas sobre Colombia.

Casi la totalidad de estos especialistas extranjeros han visitado a Colombia por períodos más o menos largos y han colaborado con programas académicos de universidades colombianas. Los programas de posgrado que funcionan en diferentes universidades del país han ido estrechando contactos con estos investigadores sobre la base de compartir experiencias y enseñanzas. Debe advertirse que esta recepción no hubiera sido posible sin un desarrollo equivalente de las investigaciones históricas por parte de historiadores colombianos.

PERSONAL DE LA INVESTIGACIÓN

Presencia de líderes

Aquí vale la pena señalar el liderazgo de algunas instituciones. Entre ellas, Fedesarrollo, que ha logrado un acercamiento entre economistas e historiadores, tal vez un caso único en América Latina. Más recientemente, el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad Nacional ha reunido un grupo de historiadores, sociólogos, economistas y politólogos que enfocan de manera interdisciplinaria problemas de coyuntura. La Universidad del Valle y las universidades de Antioquia y Nacional (sede Medellín) han impulsado de manera efectiva los estudios regionales.

En el terreno individual, la comunidad de historiadores colombianos parece estar de acuerdo en los nombres de sus precursores: Luis E. Nieto Arteta, Luis Ospina Vásquez, Juan Friede y Jaime Jaramillo Uribe. En otra generación, que comenzó a publicar sus trabajos hacia mediados de los años sesenta, podría identificarse como líderes a Álvaro Tirado Mejía, Marco Palacios y Jorge Orlando Melo. La labor de estos historiadores no sólo ha abarcado el campo de sus propias investigaciones sino que ha sido muy efectiva en la tarea de divulgar y editar trabajos ajenos. Han estado a su cargo grandes proyectos editoriales (en el Banco Popular, proyectos de Colcultura, de editorial Planeta o de El Colombiano que se han mencionado) o la traducción y la publicación de investigadores extranjeros. Su acción

se ha ejercido también en la dirección universitaria (rectoría en la Universidad Nacional y en la Universidad del Valle, dirección del ICFES) o en los centros de decisión sobre distribución de recursos para la investigación (FEN, Banco de la República, Fundación Santillana). En el campo propiamente académico, historiadores de esta generación han contribuido también a la consolidación de la universidad pública, la cual estuvo sujeta a profundas crisis entre 1965 y 1975.

Perfil de los investigadores y especialidades

Los historiadores, a diferencia de los matemáticos, alcanzan una madurez razonablemente tarde. El tipo de saber que es la historia exige una herramienta imprescindible, la erudición, y por esta razón el producto historiográfico más acabado, la síntesis histórica sólo se produce tardíamente. La formación de las rutinas y la disciplina de la investigación histórica exige que el futuro historiador se concentre inicialmente en trabajos de tipo monográfico.

El perfil ocupacional de los historiadores en potencia es bastante incierto. Esta incertidumbre nace de la ausencia de centros o institutos de investigación y al congelamiento, desde hace varios años, de la planta docente en las universidades públicas. Cuando la vocación investigativa y académica del sujeto es lo suficientemente fuerte, tiende a buscar la manera de proseguir sus estudios en universidades europeas o norteamericanas. Si esto no le asegura un puesto en la universidad pública cuando se abre un concurso, se convertirá en un profesor de cátedra en varias universidades privadas u optará por la enseñanza secundaria.

La preferencia por un determinado tipo de problemas obedece a factores complejos que tienden a concentrar un interés generacional. Entre estos factores habría que contar la influencia de un maestro, la de una innovación imaginativa que proviene del exterior (el interés que ha despertado, por ejemplo, el problema francés de las mentalités o de *l'imaginaire*) o la urgencia que plantean problemas colectivos (la violencia, por ejemplo).

En los años sesenta el énfasis de la investigación histórica se hacía en el período colonial y se abordaban problemas como el de la demografía histórica, la producción minera, las estructuras agrarias,

etc. Un poco más tarde dominaban los estudios sobre la economía del siglo XIX. Recientemente ha surgido una especialidad única, la de los violentólogos, cuyos trabajos han sido acogidos con entusiasmo por personalidades eminentes entre los historiadores extranjeros como Eric Hobsbawm.

El rasgo dominante hoy entre la comunidad de historiadores —por el origen tan variado de su formación en el extranjero— es el de la diversidad de sus enfoques temáticos y metodológicos. Al multiplicarse el número de los historiadores se han multiplicado también las perspectivas de un oficio que sigue siendo artesanal y que insiste en el carácter monográfico de los primeros ejercicios en investigación. Esta diversidad favorece las posiciones antidogmáticas, la ampliación de contactos interdisciplinarios y la atención hacia problemas descuidados o que se habían descartado previamente.

Publicaciones

Ya se han mencionado por lo menos cinco grandes proyectos editoriales. La historia es una de las ciencias sociales que tradicionalmente ha atraído más la atención de lectores no especialistas. Dado el gran volumen de las publicaciones, para las cuales existen reseñas y bibliografías, parece preferible señalar más bien fondos editoriales antes que publicaciones individuales.

La producción historiográfica del país alimenta ya a editoriales comerciales e inclusive algunas se han especializado en la publicación de obras históricas como *El Áncora Editores*, bajo la dirección de Patricia Hoher. Los fondos de *Carlos Valencia edits.* y de *Tercer Mundo* están constituidos en gran parte por obras de historia que se reeditan periódicamente. Las publicaciones de instituciones que tienen fondos editoriales son igualmente importantes. El *Fondo para la promoción de la cultura* del Banco Popular tiene un catálogo de cerca de 150 libros de carácter histórico. El Banco de la República ha publicado también colecciones de fuentes secundarias facsimilares, memorias, libros de viajes y clásicos del siglo XIX, además de un fondo editorial llamado *Archivos de la economía colombiana*. Recientemente ha iniciado una colección de historiadores jóvenes (Valencia Llano, Renán Silva, etc.). El mismo Banco de la República ha financiado la

traducción de obras importantes de investigadores extranjeros. El Fondo Cultural Cafetero, que mantiene un museo del siglo XIX, se ha especializado en la publicación de obras gráficas y monografías sobre ese siglo. Procultura ha realizado varias ediciones del *Manual de historia de Colombia*. Las universidades tienen también fondos bibliográficos. El más importante y con publicaciones más regulares es sin duda el de la Universidad Nacional.

La mayoría de las publicaciones periódicas se origina también en las universidades. La más importante, por su influencia académica nacional e internacional, es el *Anuario de historia social y de la cultura*, fundado por Jaime Jaramillo Uribe en 1963. Otras universidades como la de Antioquia, Valle, Quindío, del Norte, Andes, etc., tienen publicaciones periódicas que se reseñarán más adelante.

Grupos de investigación y tamaño de la comunidad

Los grupos de investigación histórica se ubican en Colombia en las universidades. Los nexos entre sus miembros tienen la permanencia que proporciona una comunidad académica estable. En algunos casos se producen asociaciones —a veces interdisciplinarias— para llevar a cabo un proyecto aunque lo más frecuente dentro de las unidades académicas constituidas por el departamento sea más bien una cierta coherencia de puntos de vista. La aparición de programas de posgrado y la unificación de los programas de pregrado son buenos indicadores de la madurez alcanzada por un departamento en particular o del grado de comunicación entre diferentes departamentos.

El tamaño de la comunidad de historiadores varía de acuerdo con la perspectiva que se adopte para conferir el apelativo de historiador. Si se trata de investigadores que hayan alcanzado una madurez que les permite orientar trabajos monográficos, se trata de una comunidad relativamente pequeña, de no más de medio centenar de personas. Pero si se incluye a todos los practicantes de la historia, a personas que han realizado un trabajo monográfico de algún valor o a aquellos que se menciona en los periódicos y en otros medios de publicidad como historiadores, la lista podría alargarse indefinidamente.

Estabilidad de los investigadores

La investigación histórica en las universidades es ya un hecho permanente y ojalá definitivo. Ella hace parte de las rutinas académicas en la medida en que programas de estudios superiores exigen la renovación permanente de un *stock* de conocimientos o que los estatutos docentes insisten en la investigación como un requisito indispensable para las promociones dentro de un escalafón. La estabilidad de los investigadores es entonces una consecuencia de la estabilidad de la planta docente de las universidades públicas. En algunas universidades privadas el fenómeno es inverso. Se otorga estabilidad a docentes que cumplan labores de investigación.

INFRAESTRUCTURA EN LAS UNIVERSIDADES Y CENTROS DE INVESTIGACIÓN

Acceso a la información y a la documentación

Tal vez el punto más débil de la investigación histórica en Colombia sea el de la información bibliográfica. En algunas universidades públicas, la crisis financiera permanente recorta periódicamente los presupuestos para la adquisición de libros y revistas. En el caso que conozco mejor, el de la Universidad del Valle, la cual contaba con una de las colecciones más ricas en *Journals* extranjeros, se han suspendido desde 1984 (a veces antes) las suscripciones.

En general, las bibliotecas universitarias no merecen ese nombre. En Colombia no se cumple el depósito legal y ni siquiera los bancos y las instituciones oficiales distribuyen sus publicaciones entre las bibliotecas universitarias. Así, muchas universidades norteamericanas o europeas poseen fondos de libros colombianos más nutridos que la generalidad de las bibliotecas universitarias en Colombia. La existencia de libros editados en otros países de América Latina es prácticamente nula.

El porcentaje más grande de recursos bibliográficos está concentrado en Bogotá. Fuera de la Biblioteca Nacional, la Luis Ángel Arango y las bibliotecas de diferentes universidades, cuenta con dos hemerotecas (Luis López de Mesa y la de la Biblioteca Nacional), el fondo

Anselmo Pineda y la sección de Libros raros y curiosos de la misma Biblioteca Nacional.

Gran parte de los fondos de la *Sala Colombia* de la Biblioteca Luis Ángel Arango provienen de donaciones de bibliotecas privadas. A este respecto conviene anotar que, por falta de una política al respecto, ocurre muchas veces que ricas bibliotecas privadas se dispersan. Así ocurrió recientemente con una biblioteca de más de cuarenta mil volúmenes que Ignacio Rodríguez Guerrero había reunido en el curso de su vida.

Archivos

Archivo Nacional de Colombia (ANCB). El Archivo nacional contiene documentos originados por la administración pública desde la época de la Colonia. Los documentos coloniales, a los que se agregaron recientemente los archivos de las notarías de Bogotá, fueron hechos encuadernar durante la administración del general Rafael Reyes y se agruparon en fondos de acuerdo con la entidad que les dio origen o la materia que tratan. Los asuntos administrativos y el manejo de la real hacienda originaron documentos contenidos en fondos diversos como: Reales Cédulas, Real Audiencia, Real Hacienda, Cajas de fundición, Abastos, Aguardientes, Naipes, Salinas, etc. Actividades locales quedaron registradas en fondos como Mejoras materiales y Censos. Pleitos judiciales, civiles y criminales, dejaron tras de sí una rica información sobre asuntos diversos como Tierras, Negros y esclavos y Causas criminales. Las relaciones con los indígenas generaron una documentación riquísima, las llamadas Visitas, que contienen datos sistemáticos sobre población, sobre la evolución de los resguardos indígenas y sobre los remanentes culturales de estos pueblos.

Si la historiografía tradicional buscaba casi exclusivamente documentos con un contenido narrativo para producir un relato sin cisuras, hoy cualquier documento es potencialmente útil para los propósitos de una investigación. Por esta razón casi todos estos fondos están siendo utilizados en investigaciones de diverso tipo. Además, toda esta documentación está siendo microfilmada dentro de un programa que está a punto de concluir. Con este programa los

documentos coloniales serán accesibles a los investigadores en cualquier punto del país.

Si los documentos coloniales están más o menos organizados y sus índices e inventarios resultan adecuados para su utilización masiva, no ocurre lo mismo con los documentos del período republicano. Éstos se conservan en cinco mil paquetes a los cuales los investigadores no tienen acceso por cuanto ni siquiera existe una descripción de su contenido. Por esta razón los investigadores que se ocupan del siglo XIX y del siglo XX han tenido que apelar siempre a otras fuentes. Para la historiografía tradicional sólo existía como historia el período de las guerras de independencia cuyos documentos, los únicos accesibles para el siglo XIX, están agrupados en un fondo denominado Historia. Sin embargo, los documentos más importantes de este período reposan en un archivo privado al cuidado de los descendientes del historiador José Manuel Restrepo.

Las condiciones locativas del Archivo fueron siempre precarias debido a la vecindad de Inravisión. Sin duda estas condiciones comienzan a mejorar con el traslado de esta entidad. Además, existe un proyecto para reubicar el ANCB en un edificio especialmente acondicionado en el sector de San Agustín.

Actualmente cursa en el Congreso un proyecto de ley destinado a crear el *Archivo General de la Nación*. El proyecto contempla tres objetivos:

1. Crear el Archivo General de la Nación como establecimiento público autónomo, adscrito al Ministerio de Gobierno. El concepto de Archivo general es mucho más comprensivo de lo que actualmente existe, que podría llamarse simplemente un repositorio de documentos antiguos. La nueva ley asigna al Archivo general dos funciones: una, la conservación de documentos como patrimonio cultural. La noción de documento se ha ampliado para incluir testimonios visuales, sonoros, cintas electromagnéticas, etc. Dentro de este patrimonio se incluyen no solamente documentos históricos en un sentido convencional sino también la información relativa a logros técnicos y científicos. La otra función asignada al Archivo general sería la de servir como soporte a decisiones administrativas.

2. Crear un programa sobre la organización de un sistema nacional de archivos. Este programa está destinado a enlazar los diferentes archivos de la administración pública (nacionales, departamentales y municipales) y prestar apoyo a los archivos de instituciones privadas (bancos, sindicatos, asociaciones, instituciones de enseñanza, etc.). Se prevé que la organización de este sistema permitirá pasar a un programa de sistematización que haga posible el cruce de información.
3. Arbitrar recursos para la creación del Archivo General de la Nación.

Como puede apreciarse de esta breve descripción, el proyecto de crear un Archivo general interesa no solamente a los historiadores aunque ellos puedan beneficiarse indirectamente con su realización. El proyecto puede describirse también como un comienzo de racionalización que incorpora la memoria en la toma de decisiones políticas y administrativas. Sus alcances lo convierten en un centro de interés no sólo para administradores e historiadores sino para muchas disciplinas científicas.

Archivos regionales. La conservación de archivos regionales parece derivarse en Colombia de unos antecedentes coloniales de las ciudades. Se juzga que ciudades como Popayán, Tunja o Buga merecen conservar archivos históricos pero no Barranquilla, Palmira o Girardot. Este criterio de conservación parece estar señalado por el Archivo Nacional mismo, en el cual la única parte aprovechable para la investigación es la de los fondos de la Colonia. Ni en Bogotá ni en las regiones se considera que desarrollos recientes (a partir de 1870, por ejemplo), como la creación de Bancos, el surgimiento de empresas industriales comerciales y agrícolas, los desarrollos urbanos o la actividad de establecimientos públicos, merecen un esfuerzo de conservación y centralización de sus documentos.

Vale la pena mencionar a este respecto el caso excepcional de Medellín. En esta ciudad, gracias a la visión inteligente y generosa de don Luis Ospina Vasquez, funciona la *Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales* (FAES) que se originó en torno a un archivo de empresas familiares y de una biblioteca privada y que ha ido creciendo

con materiales fotográficos y visuales, otros archivos y otros fondos bibliográficos.

Los archivos regionales importantes hacen un énfasis excesivo en torno a sus fondos coloniales y no se preocupan por ampliar este repertorio. Lo mismo que el Archivo Nacional, el *Archivo Central del Cauca* (en Popayán) conserva legajos concernientes al período republicano en paquetes cerrados, con el significativo nombre de «archivo muerto». El doctor Arboleda Llorente dotó a este archivo de índices minuciosos para los fondos coloniales y del período de la Independencia. Infortunadamente el Archivo ha adoptado la decisión de cobrar a los investigadores la suma de cien pesos por cada fotocopia de sus documentos, tal vez con la idea de que el archivo constituye un atractivo turístico que debe ser explotado convenientemente.

El archivo de Tunja, como el de Popayán, ha conservado los cuatro grandes rubros que caracterizaban la vida político institucional de la Colonia, a saber: los *Libros de cabildos* que recogen la actividad concejil desde el siglo XVI hasta el XIX. Los procesos judiciales que se suscitaban ante los alcaldes ordinarios. Los libros de las Cajas reales sobre las actividades fiscales de la Real Hacienda y los protocolos de los escribanos que consignaban todas las actividades económicas y contractuales. El archivo funciona en un claustro (San Agustín) restaurado por el Banco de la República. Allí mismo funciona una biblioteca y los cursos del posgrado de la Universidad Pedagógica y Tecnológica.

Otros archivos regionales tienen esta misma estructura básica, aunque en algunos falta alguno de los fondos como el de notarías o procesos judiciales por la dificultad de convencer a notarios y magistrados de los tribunales de que trasladen estos documentos a un archivo central.

La importancia de estos archivos radica, fuera de su interés para los estudios coloniales en centros como Cali, Buga, Medellín, Santa Fe de Antioquia, Pasto, Pamplona u Ocaña, en que podrían constituir el núcleo de un archivo concebido en términos modernos e integrado a un sistema nacional, tal como se ha descrito anteriormente.

Archivos parroquiales. En los años setenta Colcultura financió un programa destinado a inventariar archivos parroquiales. Este trabajo fue realizado para Boyacá, Antioquia y Valle del Cauca, por Inés

Pinto (UPTC), Beatriz Patiño (Universidad de Antioquia) y Nelly Vallecilla (Universidad del Valle). Estos archivos, importantes para el estudio de la demografía histórica y otros aspectos de la historia social, son de una utilización costosa y muy limitada debido a lo difícil y complicado de su acceso. Su centralización podría operarse mediante un programa de microfilmación que los pusiera al alcance de los investigadores en el Archivo General de la Nación.

Archivos eclesiásticos. Algunas ciudades como sedes de diócesis, con la excepción de la Arquidiócesis de Bogotá, que perdió sus archivos en los incendios del 9 de abril de 1948, conservan ricos repositorios de documentos esenciales para investigaciones de historia social y religiosa. Infortunadamente su acceso es muy difícil, por no decir imposible. Esta dificultad obedece, la mayor parte de las veces, a la ausencia de un archivero o de cualquier tipo de organización.

Archivos extranjeros. Algunos archivos extranjeros conservan materiales muy útiles para las investigaciones históricas de nuestro país. Debe mencionarse ante todo el *Archivo General de Indias* (AGI), meca obligada de los americanistas. Allí se conservan cuidadosamente y con una técnica excepcional todos los documentos que produjo la administración colonial española de su imperio americano. Cada división administrativa del Imperio por Audiencias conserva documentos relativos a su funcionamiento político-administrativo, a su organización fiscal (Contaduría), económica, eclesiástica y judicial. Con motivo de las celebraciones del 50. centenario del descubrimiento el AGI proyecta sistematizar todos los fondos para hacerlos disponibles para investigadores en discos ópticos.

Tal vez no sea exagerado decir que los archivos nacionales de los Estados Unidos en Washington sea el equivalente, para épocas más recientes, del AGI. En estos archivos no sólo se conservan reportes diplomáticos y consulares de gran interés sino todas aquellas piezas documentales que los acompañaban: recortes de periódicos, informaciones minuciosas sobre los negocios de bancos y multinacionales, sobre huelgas (por ejemplo, huelgas en la zona bananera, y en Barrancabermeja), informes técnicos, publicaciones oficiales colombianas, etc.

También revisten interés los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia (*Quai d'Orsay*) y *British Foreign Office*. Aunque hoy la conexión entre investigadores colombianos y estos grandes centros de investigación es apenas casual, los adelantos en técnicas de comunicación hacen prever su utilización sistemática en un plazo corto.

Investigaciones interdisciplinarias

La supervivencia de la historia como disciplina depende de su permanente apertura hacia los logros teóricos de otras ciencias sociales. Si en el curso de los siglos XVIII y XIX la Economía, la Antropología y la Sociología se desprendieron del tronco de la historiografía para constituirse en disciplinas autónomas, a partir de entonces se han producido movimientos alternativos de atracción y de repulsión. La atracción no ha producido una unificación de la teoría que haga posible la fusión de disciplinas que tienen un mismo objeto, el estudio de la sociedad, sino que ha generado más bien el nacimiento de nuevas disciplinas que se mueven en los márgenes de las más antiguas: la historia económica, la etnohistoria o la sociología histórica, por ejemplo.

En Colombia, las relaciones más fructíferas de los historiadores han sido con los economistas. La cátedra de historia económica que se ha mantenido en la Universidad de los Andes (gracias a la presencia de Álvaro López Toro, Indalecio Liévano Aguirre y Jaime Jaramillo Uribe) han producido trabajos importantes y una corriente ininterrumpida de comunicación entre economistas e historiadores.

Para ilustrar este punto baste recordar el debate que se organizó en esa universidad en 1975 en torno a la *Historia económica de Colombia* de W. P. McGreavy. En este debate, que debía decidir la suerte en Colombia de los métodos de la llamada *New Economic History* —la cual abogaba por el empleo inflexible de la teoría económica en trabajos históricos—, participaron tanto historiadores como economistas.

Además, uno de los centros más importantes de investigaciones económicas en el país, Fedesarrollo, ha estimulado trabajos tan importantes como *Colombia y la economía mundial, 1830-1910* de José Antonio Ocampo o *Crisis mundial, proteccionismo e industrialización*

del mismo J.A. Ocampo en asocio con Santiago Montenegro. En 1985-1987 Fedesarrollo tuvo también la iniciativa de producir un texto de *Historia Económica de Colombia* en el que colaboraron 4 historiadores profesionales y 5 economistas. Este libro, publicado en 1987, mereció el premio nacional de ciencias Alejandro Ángel Escobar.

Las relaciones con la antropología son igualmente estimulantes. En general, los antropólogos colombianos reconocen en la obra del historiador Juan Friede un antecedente importante de su disciplina. Hoy, entre jóvenes antropólogos como Karl Langebaek o Roberto Pineda, se ha despertado un interés por la etnohistoria que tiende un puente entre su disciplina y la historiografía.

Uno de los fundadores de la sociología académica en Colombia, Orlando Fals Borda, ha producido también obras históricas que pueden calificarse de pioneras. Por ejemplo, sus libros sobre *El hombre y la tierra en Boyacá* (1957), *Campesinos de los Andes* (1961) y más recientemente *Historia doble de la Costa*.

El campo en donde mejor puede observarse la independencia interdisciplinaria entre historia y sociología es sin duda en los estudios sobre la violencia. Si bien estos estudios se iniciaron con la obra conjunta de dos sociólogos y juristas a comienzos del decenio de los años sesenta, la perspectiva temporal ha ido enriqueciendo el caudal teórico y la apreciación de los hechos. La experiencia historiográfica sobre hechos recientes ha permitido un trabajo interdisciplinario en el cual los historiadores han ensayado nuevos métodos (la historia oral, por ejemplo) y se han familiarizado con los modelos de la sociología histórica. Esta colaboración se ha materializado con la creación del *Instituto de estudios políticos* de la Universidad Nacional, en el cual colaboran politólogos, sociólogos e historiadores.

RESULTADOS DE INVESTIGACIÓN

Competencias científicas acumuladas

La historia conserva nexos evidentes con las disciplinas humanísticas que la conformaron. La discusión frecuente sobre si la historia constituye un arte o una ciencia indica a las claras la naturaleza y la ambigüedad de su cometido. De todas maneras la historia ha dejado

de ser un mero discurso narrativo en el cual se supone implícitamente que el orden del discurso reproduce el orden de la realidad. Expuesta a los logros de otras ciencias sociales, la historia ha ido incorporando elementos analíticos y problemas específicos que se resuelven mediante la utilización de hipótesis y de modelos. Naturalmente, estos modelos no tienen una configuración metonímica ni pueden formalizarse de manera abstracta, con notaciones simbólicas que permitan definición unívoca de sus elementos. La precisión de las formulaciones historiográficas depende todavía de una capacidad expresiva, que evite una jerga destinada a disimular sus debilidades como conocimiento.

Aunque durante mucho tiempo la historiografía aspiró a tener un carácter de síntesis sobre el conocimiento de las sociedades en sus dimensiones espaciales y temporales, hoy procede más bien con la utilización de hipótesis globales para períodos específicos. Una buena parte de la vitalidad de los estudios históricos en Colombia se debe al interés que han suscitado permanentemente las cuestiones epistemológicas. Estas discusiones han hecho consciente a la comunidad de los historiadores de las posibilidades y de las limitaciones de su disciplina. Ella ha contribuido a la delimitación precisa de objetos de investigación, a la constitución de un rango de problemas que debe abordarse sistemáticamente y a un uso sensato y crítico de las teorías sociales. Cada vez se observa menos preocupación por acogerse a la «última» teoría o a las novedades de la moda intelectual y con mayor cuidado en el uso y en la interpretación de materiales empíricos. Los logros de este proceso de asimilación de los productos de escuelas historiográficas prestigiosas (*Annales*, *Past and Present*, *New Economic History*) se han materializado no sólo en trabajos monográficos sino en la compilación de obras colectivas que ya aparecen como un paradigma en Latinoamérica.

Formulación de problemas

¿Qué sabemos sobre la sociedad colombiana en su desarrollo histórico? Aquí vale la pena indicar más bien la existencia de debates capaces de canalizar las investigaciones. Existe, por ejemplo, un mejor conocimiento de la evolución general del desarrollo económico, de

sus limitaciones y de sus obstáculos. Se han explorado con algún detalle el modelo agroexportador del siglo XIX y la economía cafetera de nuestro siglo, los procesos de industrialización y los conflictos sociales y políticos que han acompañado estos desarrollos. Se conocen mejor los procesos demográficos, la economía minera, la evolución agraria y los patrones de propiedad de la tierra tanto para la Colonia como para los siglos XIX y XX. Existen así paradigmas de investigación y definición de rangos de problemas básicos que quedan abiertos a ulteriores investigaciones.

Publicaciones internacionales

Por sus características, en cierta manera «especializadas» cuando se trata de historias nacionales, los trabajos de investigación histórica no tienen un reconocimiento dentro de una comunidad internacional parecido al de las ciencias. En éstas, los resultados pretenden una validez universal y por tanto la comunidad científica internacional ejerce un control sobre su validez. En los productos historiográficos existen más bien áreas de interés (estudios europeos, estudios asiáticos, etc.) cuyos resultados se comparten en revistas académicas especializadas (*Journals*). En el caso de las investigaciones sobre Latinoamérica existe el *Handbook of Latin American Studies* que edita alternativamente cada año reseñas críticas sobre trabajos en ciencias sociales y sobre humanidades. Los trabajos históricos están incluidos en las humanidades. En los últimos años, las reseñas críticas sobre trabajos colombianos, que antes señalaban sus deficiencias como una historiografía de aficionados, son altamente elogiosas. También se han abierto las puertas del *Hispanic American Historical Review*, en donde recientemente ha aparecido un trabajo de Gonzalo Sánchez. Lo mismo puede decirse del *Latin American Research Review* en donde las reseñas de trabajos colombianos han sido también muy elogiosas.

En teoría, cualquier historiador colombiano que se haya acreditado en el país con trabajos rigurosos podría publicar en los *journals* más prestigiosos de su especialidad. Se observa, sin embargo, ciertas resistencias a dar este paso. Una de las razones podría ser que la difusión de trabajos históricos encuentra un público mucho más am-

plio en Colombia y los *journals* están dirigidos exclusivamente a un pequeño grupo de *scholars* especializados. Otra razón podría ser la de que las publicaciones colombianas encuentran generalmente su camino hacia bibliotecas de grandes centros universitarios norteamericanos y europeos más fácilmente que hacia las bibliotecas de nuestras propias universidades. Podría agregarse que la traducción de un trabajo implicaría entonces la voluntad de llegar a especialistas que, de todas maneras, tienen un fácil acceso a publicaciones hechas en Colombia.

La participación de historiadores colombianos en coloquios internacionales ha dado lugar a su inclusión en obras colectivas importantes. Más adelante se señalarán algunos casos.

FINANCIACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN

Fuentes y origen de los recursos

Las investigaciones históricas de tipo profesional en Colombia han sido una consecuencia indirecta de la institucionalización de la carrera universitaria. Con la institución de profesores de tiempo completo la universidad ha asumido el porcentaje más alto de los costos de una investigación histórica. Otros costos, que la universidad generalmente no puede asumir, son relativamente menores. Se trata, en la mayoría de los casos, de poner al alcance del investigador informaciones bibliográficas y de archivos, que están concentradas en Bogotá. Aquí puede verse la importancia que reviste el proyecto sobre un sistema general de archivos mencionados anteriormente. Hoy, cada proyecto pide recursos específicos (traslado del investigador, copias xerográficas o microfilmes, auxilios para obtener bibliografía, etc.) que podrían obviarse con una infraestructura compartida por todos los investigadores.

La dificultad que ofrece la concentración de recursos en Bogotá ha tenido, sin embargo, un resultado positivo imprevisto. Ella ha obligado a los investigadores de fuera de Bogotá a dedicar sus esfuerzos a la exportación de los archivos regionales. Esto, por supuesto, puede conducir a la larga a un provincianismo, a menos que se logren

canales de comunicación, de uniformización de problemas y de comparación de resultados.

Los costos adicionales de las investigaciones realizadas por profesores de las universidades generalmente son cubiertos por Colciencias o por el Banco de la República. Es probable que la participación financiera de estas instituciones tenga que ser mucho mayor para las universidades privadas en donde la proporción de profesores de tiempo completo es muy débil.

Condicionamiento de la investigación

Las universidades dan un respaldo a los proyectos de investigación generados en su seno. Sin embargo, estas instituciones prefieren adoptar rígidos esquemas de control financiero y de auditoría antes que ejercer un control académico sobre los resultados de una investigación. Esto ocasiona una enorme cantidad de papeleo que parece más importante que la investigación misma.

Aún si se trata de fondos que provienen de una fuente externa a la universidad, ésta lo somete a «procedimientos regulares» (léase: dilación de los desembolsos).

Cooperación científica internacional

En los Estados Unidos y en Europa existen asociaciones que reúnen a especialistas sobre América Latina. La *Latin American Association* (LASA) congrega a todos los especialistas norteamericanos sobre asuntos latinoamericanos y celebra enormes congresos cada tres años. Esta asociación discierne el premio Clarence Haring para el mejor trabajo histórico de estos tres años, premio al cual han sido postulados varias veces historiadores colombianos. Los historiadores latinoamericanistas tienen su propia asociación, la *Conference on Latin American History* que se reúne todos los años el primero de enero. Existen también la Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos (Ahila) que se fundó en París en 1972. Esta asociación publica un boletín llamado *Historia latinoamericana en Europa* y reúne un coloquio cada dos años. En Inglaterra existen seis institutos o centros de estudios latinoamericanos (en Londres, Cambridge, Oxford,

Essex, Glasgow, Liverpool). Además, la Universidad de Warwick tiene un centro de estudios caribeños y una escuela de estudios americanos comparativos. Estos centros reúnen a 28 historiadores, tres de los cuales han desarrollado sus trabajos en torno a Colombia (Christopher Abel en Londres, Malcolm Deas en Oxford y Anthony MacFarlane en Warwick). Estos historiadores, como los norteamericanos que ya se han mencionado, mantienen vínculos permanentes con los países sobre los cuales se desarrollan sus estudios y propician visitas de sus colegas latinoamericanos a universidades inglesas o facilitan la entrada en ellas de estudiantes colombianos. En los últimos años, por ejemplo, han recibido el M.F. o el doctorado en Oxford un número apreciable de historiadores colombianos.

En Escandinavia existe la *Asociación Nórdica de Investigaciones sobre América Latina* (Nosalf) fundada en 1973. Tiene su secretariado en el *Instituto de Estudios Latinoamericanos* (LAI) en Estocolmo. Integra investigadores en Suecia, Noruega y Dinamarca. Uno de sus animadores ha sido el doctor Magnus Morner que desde hace muchos años visita a Colombia y ha colaborado con nosotros en programas académicos (Posgrado en la Universidad del Valle).

En Alemania existen centros similares. En Berlín tienen su sede el *Instituto Iberoamericano del Patrimonio Cultural Prusiano* que posee una de las bibliotecas especializadas más completas de Europa y publica una serie llamada *Biblioteca Iberoamericana*. En la Universidad de Colonia funciona el *Instituto de Historia Ibérica y Latinoamericana*. Como fruto de la cooperación internacional pueden señalarse dos publicaciones de estos institutos, obras colectivas que resultaron de los coloquios celebrados en Berlín y en Hamburgo en 1983 con motivo del centenario del Libertador y en los que participaron historiadores colombianos. Son ellos, *Problemas de la formación del Estado y de la nación en Hispanoamérica* (Internaciones, Bonn, 1984) y Reinhard Lierh (editor), *América Latina en la época de Simón Bolívar. La formación de las economías nacionales y los intereses económicos europeos, 1800-1850* (Colloquium Verlag, Berlín, 1989).

En Francia existe el *Institut des hautes études de l'Amérique Latine* en París en donde han recibido seminarios y han realizado tesis de doctorado varios historiadores colombianos.

Debe anotarse que a través de estas instituciones algunos historiadores colombianos se han beneficiado con la institución de profesor visitante en universidades norteamericanas y europeas. Esto les permite no sólo mantener un diálogo con especialistas extranjeros sino también tener acceso a materiales bibliográficos que de otra manera permanecerían fuera de su alcance.

Paradójicamente, resulta mucho más fácil tener acceso y colaborar con especialistas norteamericanos y europeos que con historiadores latinoamericanos. Aunque existen centros de investigación muy importantes en América Latina (*el Colegio de México, el Instituto de Estudios Peruanos, el Instituto Francés de Estudios Andinos en Lima, el Instituto Bartolomé de las Casas en Cuzco, etc.*) el contacto con estos centros es mucho menor que con Escandinavia.

PROBLEMAS DE LA INVESTIGACIÓN

Líneas que no son objeto de investigación en el país

La ausencia más protuberante de las investigaciones históricas en Colombia es la de los estudios urbanos. El centenario de Bogotá trajo consigo un alud de publicaciones, las cuales revelan hasta qué punto existe una falta de madurez en este tipo de estudios. En ellos dominan todavía los procedimientos de la crónica impresionista, sin que parezcan estar influidos por las teorías urbanas o las elaboraciones de arquitectos y urbanistas.

Aunque conviene abordar el estudio histórico de las grandes concentraciones urbanas, no es menos imperiosa la investigación sobre otras formas de poblamiento urbano y sobre las redes urbanas. Como se ha señalado anteriormente, estos estudios tendrían la ventaja adicional de estimular la interdisciplinariedad con el curso de arquitectos, urbanistas, economistas y sociólogos.

Tampoco existe una historia de la Iglesia que merezca ese nombre. Un racionalismo banal o una exagerada intención apologética obstruyen el camino hacia la apreciación del papel jugado por la Iglesia en la conformación urbana, en la educación, la cultura y la política. Como se anotó anteriormente, tampoco los archivos eclesiásticos son de fácil acceso.

Hay esbozos de una historia empresarial y de vez en cuando se producen monografías de instituciones industriales y comerciales. Estos trabajos, realizados por encargo, tienen también un tono apologético y sus resultados suelen ser superficiales.

Aunque ha habido desarrollos importantes en la historia regional, muchas regiones colombianas permanecen en la oscuridad.

Carácter temporal de la actividad investigativa

Puede decirse, en líneas generales, que la actividad investigativa de los historiadores colombianos es bastante regular. Existe una continuidad en el tratamiento de ciertos problemas, lo que otorga una creciente madurez a los trabajos. Naturalmente, en ausencia de institutos de investigación, se trata casi siempre de una actividad de medio tiempo. En caso de la historia, sin embargo, es discutible si la investigación debe separarse de la docencia. Si los estudios de posgrado se alimentan de la investigación, ésta a su vez recibe estímulos de discusiones en seminarios.

Posibilidades de renovación y actualización de conocimientos

Las exigencias creadas por programas de posgrado y el paso de profesores visitantes por nuestras universidades han creado posibilidades interesantes en cuanto a la renovación y actualización de conocimientos.

Conviene recordar que el origen de la renovación de los estudios históricos en Colombia no fue un producto espontáneo. Ella se originó en personas que habían realizado estudios especializados en centros de reconocido prestigio: la *Ecole pratique des hautes études* en París, la Universidad de Oxford o universidades norteamericanas como Berkeley, Columbia, Chapel Hill o Texas. A este respecto ha existido en Colombia un lugar común que es hora de rectificar. Se ha creído siempre, de acuerdo con una tradición neoborbónica, que tenemos un exceso de cultura humanística, la cual carece de todo sentido práctico en un medio como el colombiano. Según esta creencia, debería buscarse compensar este exceso humanístico con estudios

que conduzcan a inmediatas aplicaciones prácticas y que nos alejen de la retórica y de la afición a la política.

Lo cierto es que nunca hemos tenido un exceso de saber humanístico como tampoco hemos tenido un exceso de saber científico. El lugar común del culto a lo práctico surgió en el siglo XIX como reacción contra una enseñanza escolástica, la misma que había condenado las enseñanzas de José Celestino Mutis de las teorías copérnicas. Ninguna apología del conocimiento práctico y útil podía desarraigarse, sin embargo, el escolasticismo como sistema de pensamiento. Esta era una tarea que competía más bien a la reflexión filosófica, de la cual nunca ha habido un exceso en Colombia. Hoy, en una sociedad pos-industrial, en la cual la ciencia juega un papel que no era claramente reconocible en tecnologías que dependían de la abundancia de ciertos recursos naturales, resulta una tontería seguir insistiendo en que tenemos un exceso de espíritus especulativos. Cualquiera estaría de acuerdo en que nuestro acervo científico debe ser incrementado para colmar una brecha que cada día es más grande con respecto a países del primer mundo. Pero esta brecha debe colmarse también con respecto al saber filosófico, a las ciencias de la comunicación, a la sociología, a la antropología, a la economía, a la historia y a la crítica literaria. Si tenemos un exceso de saber humanístico (entiéndase: no escolástico, del tipo de que se imparte en seminarios y en facultades de derecho) cabe preguntarse ¿dónde están los grandes helenistas colombianos? ¿Cuántos filósofos tenemos? O todavía más concretamente: ¿Qué sabemos sobre nuestra propia sociedad? ¿Sobre los obstáculos culturales a la discusión científica y a un espíritu antidogmático?

Lugares comunes como el de que tenemos un exceso de humanistas no son otra cosa que el fruto del subdesarrollo. El cultivo de la ciencia va de la mano con la solución de problemas epistemológicos y de la adecuación de estructuras mentales y sociales a esta tarea. Las razones que han concurrido a que no se connaturalice el cultivo de las ciencias en el país son las mismas para que toda elaboración teórica en economía tenga que presentarse, para que la filosofía quede reducida a una mera exégesis de textos europeos o para que ni siquiera exista una crítica literaria en el país.

Esta reflexión, bastante obvia, debe conducir a modificar una política que asocia utilidad y practicidad, en términos del siglo XIX, con tecnología aplicada, excluyendo así a la misma ciencia y al cultivo de otros saberes. No debe discriminarse, como lo ha hecho Icetex desde que se fundó, entre formación práctica-útil-deseable y formación científica y humanística como postergable. Una reflexión vigorosa y original sobre nuestra propia sociedad sólo puede ser el fruto de una combinación de saberes bien fundamentados (no retórica y escolásticamente) tanto en la observación empírica como en la sofisticación teórica.

LEGITIMACIÓN SOCIAL DE LA HISTORIOGRAFÍA

Vínculos con la comunidad académica nacional

Los practicantes de la historia en las universidades han sido conscientes de la necesidad de vigorizar tanto sus nexos académicos como su identidad gremial. No es un azar que los primeros congresos de historiadores universitarios ocurrieran en medio de las crisis que afectaron a las universidades públicas en la década pasada. El primero de estos congresos tuvo lugar en la Universidad Nacional en 1977. A partir de entonces se han venido celebrando cada dos años con una universidad pública como sede, así: Universidad del Valle, 1979, Universidad de Antioquia, 1981, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Tunja, 1983, Universidad del Quindío, 1985, Universidad del Tolima, 1987. El próximo congreso tendrá lugar en Popayán en 1990.

Estos congresos, cuya calidad y concurrencia han ido en aumento, permiten hacer balances del estado y orientación de las investigaciones, comunicar y discutir sus resultados, identificar y aplicar nuevas líneas de investigación y vigorizar los nexos entre una comunidad académica. Durante el último congreso, celebrado en Ibagué, se fundó una asociación de historiadores cuya sede funciona en Bogotá y organiza capítulos en varias ciudades del país. Como cabeza de esta asociación fue elegido Bernardo Tovar Zambrano, actual director del programa de posgrado en historia de la Universidad Nacional. Tovar ha adelantado las tareas relativas a personería jurídica, inscripción de miembros y organización de capítulos regionales. La

Asociación promovió este año una primera reunión en Bogotá de jefes de departamentos y directores de programas de historia con asistencia de funcionarios del ICFES y de Colciencias. Estas reuniones están destinadas a coordinar aspectos académicos de los planes de estudio, compartir experiencias y promover proyectos de investigación en los que puedan participar varias universidades.

Vínculos con el Estado y con el sector privado

Los vínculos entre los historiadores y el Estado, cuando se trata de profesores de universidades públicas, son aquellos que se desprenden de su calidad de empleados de establecimientos públicos que gozan de un grado variable de autonomía. En los casos de la historia, como en el resto de las ciencias sociales, los investigadores deben mantener una independencia con respecto a instancias oficiales. Sobre esta base de independencia, un grupo de historiadores, junto con sociólogos y politólogos, participó en un grupo de consulta reunido por iniciativa del Ministerio de Gobierno para formular recomendaciones sobre el tratamiento de la violencia. Naturalmente, los historiadores apoyarían las iniciativas del Estado sobre la organización de un sistema general de archivos y los programas de historia prepararían el personal especializado en archivística.

En el sector privado, los historiadores tienen vínculos claros con el sector editorial, el cual divulga los resultados de las investigaciones en varios niveles. La naturaleza del trabajo del historiador impone unas relaciones con la comunidad en general y no específicamente con el sector vinculado a intereses económicos específicamente con el sector vinculado a intereses económicos específicos y que se designa vagamente como sector privado.

Vinculaciones con la comunidad académica regional e internacional

Los historiadores colombianos han participado regularmente en los Congresos Internacionales de Americanistas. En 1985, por iniciativa del historiador Marco Palacios en el congreso celebrado en Manchester, el congreso tuvo su sede en Bogotá. Este ha sido un

evento decisivo para las ciencias sociales en Colombia pues contribuye a disminuir su aislamiento. A partir de entonces, se han incrementado los vínculos con investigadores y con centros de investigación internacional.

Ya se han mencionado otros vínculos, sobre todo a través de la institución de profesor visitante, con universidades y centros de investigación extranjeros. La colaboración internacional se ha incrementado con ocasión de la próxima celebración del centenario del descubrimiento. También se ha mencionado la debilidad de estos vínculos con países latinoamericanos.

Academias, asociaciones

En Colombia existe una Academia de Historia desde comienzos del siglo. Aunque tradicionalmente ha estado integrada por personas aficionadas a la historia antes que por historiadores profesionales, las labores de la Academia no podría desconocerse. Ella a propiciado tareas tan importantes como la publicación de documentos de archivo, la edición de textos que sirven como fuentes secundarias e inclusive algunos trabajos de positivo valor historiográfico. La Academia, sin embargo, no se ha mostrado muy receptiva hacia temas nuevos o hacia la innovación metodológica. Su recelo ha creado así relaciones distantes, aunque mutuamente respetuosas, con miembros de la comunidad universitaria. Recientemente, un debate sobre textos escolares llevó a declaraciones públicas desapacibles por parte de algunos miembros de esa institución pero la opinión pública estuvo de acuerdo con reclamar tolerancias hacia expresiones nuevas del quehacer histórico. Por lo demás, la Academia ha recibido en su seno a algunos historiadores que no se ajustan al patrón tradicional.

Existen también academias seccionales vinculadas a la de Bogotá cuya actividad es muy desigual. Algunas se han mostrado muy receptivas hacia la llamada Nueva Historia, como en el caso de Popayán y Tunja. Otras siguen patrones más tradicionales y se mantienen generalmente inactivas.

Recientemente se creó la Academia de Ciencias Económicas, la cual admitió en su seno a varios historiadores económicos. Aunque lo reciente de su fundación no permite todavía un evaluación de sus

labores, el hecho de que en ella coexistan economistas e historiadores refleja la tradición de colaboración entre estas dos disciplinas.

Ya se ha mencionado la Asociación de Historiadores fundada en Ibagué en 1987.

PUBLICACIONES EN HISTORIA

Publicaciones nacionales

Revistas institucionales

En el curso de este informe se han mencionado ya algunas publicaciones. Debe observarse que prácticamente la totalidad de las revistas que aparecen en Colombia sobre problemas históricos son de origen institucional. Existe un proyecto, en vías de ejecución, para editar una revista de circulación muy amplia, financiada por organismos de crédito. A continuación se dan algunas precisiones sobre las publicaciones existentes:

Anuario colombiano de historia social y de la cultura. Fundado por Jaime Jaramillo Uribe en 1963. Actualmente su director es Bernardo Tovar Zambrano. Esta revista, por sus características editoriales y por su contenido se equipara a los *journals* especializados del mundo anglosajón. Ha publicado 15 números desde su aparición.

Boletín cultural y bibliográfico. Lo publica la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República. Este Boletín ha tenido dos épocas y dos formatos. Hasta el volumen XX sus colaboradores tendían a ser académicos de la historia y sus reseñas bibliográficas apenas constituían una breve noticia sobre los libros. A partir del volumen XXI (que lleva publicados 19 números y llega al volumen XXIV) amplió su formato para incluir un rico archivo fotográfico de ciudades, eventos, manifestaciones folclóricas, etc. Las reseñas del libro se han ampliado y constituyen una verdadera discusión crítica confiada a especialistas sobre la producción bibliográfica del país.

Historia y espacio. Publicada por el Departamento de Historia de la Universidad del Valle en mimeógrafo. A pesar de la modestia de su impresión, esta revista ha ejercido influencia en el campo de los estudios regionales.

Revista de la Universidad de Antioquia.

Universidad Nacional. Revista de la sede de Medellín.

Tolima. Revista publicada por la Contraloría General de ese departamento.

Revista de investigaciones. Publicada por el Instituto de investigaciones y de posgrado de la Universidad del Quindío.

Revista de la Universidad de Caldas. Esta revista, bajo la dirección de Luis Enrique García Restrepo, ha publicado importantes números monográficos de estudios históricos regionales.

Cespedecia (Boletín científico del departamento del Valle del Cauca). Esta revista, bajo la dirección de Víctor Manuel Patiño R., está dedicada a estudios botánicos. Ha publicado tres números monográficos con importante documentación histórica (Nos. 43-44, 1982, «El tratado de los tres elementos» Tomás López, Nos. 45-46, 1983, «Relaciones geográficas de la Nueva Granada, siglos XVI a XIX» y Nos. 51-52, Documentos relativos a la historia de Cali).

Revista Colombiana de Antropología. Publicada por el Instituto Colombiano de Antropología. Contiene artículos históricos importantes de Vicenta Cortés, K. Romoli, Juan Friede, etc.

Boletín de Historia y Antigüedades. Órgano de la Academia Colombiana de Historia.

Repertorio Boyacense. Órgano de la Academia de Historia de Boyacá.

Boletín historial. Órgano de la Academia de Historia de Cartagena.

Desarrollo y sociedad. Publicada por el Centro de Estudios sobre Desarrollo Económico (CEDE) de la Universidad de los Andes.

Huella. Revista de la Universidad del Norte. Barranquilla.

Estudios sociales. De la Fundación Antioqueña de Estudios Sociales (FAES).

Revista Hispanoamericana. Órgano de la Fundación Hispanoamericana Santiago de Cali.

Historia crítica. Revista del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes de Bogotá.

Revista de estudios colombianos. Publicada por la Asociación de Colombianistas Norteamericanos.

Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Libros y textos

Se han mencionado ya los grandes proyectos editoriales en los cuales han participado historiadores de manera colectiva como la *Historia extensa de Colombia*, auspiciada por la Academia Colombiana, el *Manual de Historia de Colombia*, publicado originalmente por Colcultura, la *Historia de Colombia* publicada en fascículos por Salvat, la *Nueva historia de Colombia* publicada por Planeta, la *Historia de Antioquia* que apareció originalmente como un suplemento semanal de El Colombiano y más tarde como libro financiado por una compañía de seguros.

En el número 15 del *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Jorge Orlando Melo ha reseñado 100 obras de historia publicadas en la última década.

En materia de manuales, vale la pena recordar el proyecto de Fedesarrollo mencionado anteriormente de editar un manual con la colaboración de historiadores y economistas.

Los libros escolares de texto están bajo el control de la Academia de Historia y deben seguir programas oficiales del Ministerio de Educación. Este hecho abre un interrogante: ¿Cómo podrían incorporarse las investigaciones históricas en los manuales escolares? Este problema se debatió recientemente en un coloquio internacional entre varios historiadores y pedagogos latinoamericanos. El coloquio, auspiciado por el Instituto Georg Eckert für Internationales Schulbuchforschung de la ciudad de Braunschweig (RFA), encontró una situación similar en todos los países de América Latina. Se vio así la necesidad de un foro permanente para lograr interesar a los investigadores en cuestiones pedagógicas y a los pedagogos en problemas de adaptación de los resultados de la investigación. Naturalmente, el método de imponer un programa inflexible y un control que equivale a una censura sobre la difusión de las investigaciones no parece el más adecuado.

Circulación internacional de publicaciones nacionales

El origen institucional de las revistas colombianas asegura una cierta difusión entre bibliotecas universitarias de Estados Unidos y

Europa. El hecho de que los libros de historia que se producen en Colombia aparezcan reseñados favorablemente en *Journals* o en el *Handbook of Latin American Studies* asegura también su adquisición por parte de estas bibliotecas.

CONTEXTO INTERNACIONAL

Publicaciones periódicas

Los centros e institutos internacionales usualmente publican *Working Papers* u *Occasional Papers*. También se editan *Newsletter* como la *Latin American Population History* (Universidad de Minnesota). Otros centros como el *Instituto Iberoamericano de Berlín* o la *Cambridge University Press* publican series de libros especializados sobre América Latina (*Biblioteca Ibero Americana* y *Cambridge Latin American Studies*). En esta última se publicó la obra de Marco Palacios sobre la historia del café. Las *University Presses* de los Estados Unidos publican también obras de especialistas norteamericanos sobre Colombia. La Universidad de Texas (Austin) auspicia una serie de *Latin American Monographs* y la Universidad de California (Berkeley) la famosa serie *Ibero Americana*. La *Escuela de Estudios Hispanoamericanos* de Sevilla (España) tienen también cerca de 300 títulos, algunos de los cuales están dedicados a la Nueva Granada. Finalmente, debe mencionarse que el instrumento básico para reconocer y evaluar las tendencias de la investigación histórica sobre América Latina en el mundo es el *Handbook of Latin American Studies* que se publica cada dos años.

Revistas científicas

Las revistas especializadas sobre historia latinoamericana más importantes son:

Hispanic American Historical Review. Fundada hace casi setenta años. Los artículos de esta revista han registrado con fidelidad los progresos paulatinos de las investigaciones históricas sobre Latinoamérica entre investigadores norteamericanos. La revista ha enseñado también trabajos colombianos desde su aparición. Hoy, historiadores colombianos comienzan a colaborar en ella.

The Americas. Academy of American Franciscan History. Exister hace medio siglo y se publican en Washington.

Latin American Research Review. Esta revista, auspiciada por la *Latin American Association (LASA)*, publica artículos sobre el estado de las cuestiones y ensayos bibliográficos.

Anuario de Estudios Americanos. Se publica en Sevilla, bajo el auspicio del *Instituto superior de investigaciones científicas de España*.

Boletín Americanista. Publicado por la Facultad de Geografía de Historia de la Universidad de Barcelona.

Estudios de Historia Social y Económica de América. Revista de la Universidad de Alcalá de Henares, bajo la dirección de un amigo profesor de la Universidad Javeriana, Manuel Lucena Salmora.

Journal of Latin American Studies. Con cerca de 20 años de existencia, se publican en Gran Bretaña.

Journal of Caribbean Studies.

Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Brésilien (Caravelle). Publicado por la Universidad de Toulouse-Le Mirail con la colaboración del CNRS.

Cada nación latinoamericana publica revistas especializadas, mucho más cerradas al examen de problemas generales que las revistas europeas y norteamericanas. Este encerramiento un poco chauvinista señala la debilidad más protuberante de los estudios históricos en Latinoamérica. Escapan a este encerramiento algunas revistas como la *Revista Andina* que se edita en Cusco o la *Revista Latinoamericana de Historia Económica y Social (HISLA)* que se edita en Lima.

Fuera de estas revistas más o menos especializadas, existen otras diseñadas para proponer problemas de manera interdisciplinaria o con una insistencia en la renovación metodológica como *Comparative Studies in Society and History*, *Journal of Interdisciplinary History*, *Daedalus*, *History and Theory*, *Past and Present* y *Annales*.

RECOMENDACIONES

En el desarrollo general de este panorama sobre los estudios históricos en Colombia se han ido esbozando algunos problemas del área y se han insinuado algunas recomendaciones. Resumiendo:

1. La suerte futura de la investigación histórica en Colombia está ligada al éxito o al fracaso del proyecto sobre un sistema nacional de archivos y de un verdadero Archivo General de la Nación. Este proyecto de infraestructura básica de las investigaciones no sólo deberá ampliar la base empírica documental tradicional sino incorporar también otras formas de testimonios, visuales y sonoras, que hagan posible la más amplia interdisciplinaridad.
2. Existe una dispersión investigativa en pequeños proyectos artesanales que se presenta pretenciosamente por el temor de no ser calificados de científicos (solicitud de auxiliares de investigación, por ejemplo, que los responsables no saben cómo emplear).

No existen así proyectos de una cierta envergadura que permitan colmar vacíos importantes de la investigación (como en historia urbana o en historia de los poblamientos). Este tipo de proyectos se prestaría mejor a la interdisciplinaridad y al manejo masivo de fuentes. Pero exige una coordinación de esfuerzos y una comunicación más permanente entre instituciones e investigadores.

Como la investigación histórica se concentra en las universidades, podría aprovecharse la estructura misma de los departamentos de historia para financiar proyectos que tengan afinidades entre sí. Financiar, por ejemplo, proyectos en un determinado departamento sobre historia urbana o sobre la formación nacional. La ventaja de este método consistiría en introducir una forma intermedia entre el programa y los proyectos artesanales aislados. Esta iniciativa debería acompañarse de una descentralización de fondos que permita asignar unas determinadas cantidades a diferentes departamentos de historia y con ello estimular las tendencias investigativas existentes en cada uno de ellos.

Debe apoyarse entonces el encuentro periódico de investigadores, jefes de departamento y directores de programas. Ojalá pudiera crearse un Instituto de estudios interdisciplinarios (al estilo del Colegio de México o del Instituto de Estudios Peruanos) por el cual circularan periódicamente investigadores de todas las universidades del país. Esto resolvería el problema de la gran concentración de recursos en Bogotá y su ausencia en las regiones.

3. Si el estrechamiento de vínculos de cooperación entre investigadores colombianos parece imprescindible, también debe orientarse la cooperación internacional. Esta cooperación existe de una manera mucho más efectiva en la dirección primer mundo-tercer mundo que entre países del tercer mundo. En el caso de los estudios históricos la situación es casi aberrante. Si es posible contar en cualquiera de nuestros países con la visita de especialistas europeos o norteamericanos, conocer sus trabajos o visitar sus países, esto no ocurre con profesores de países vecinos.
4. Aunque existe un buen caudal de publicaciones, tanto en historia como en el resto de las ciencias sociales, los sistemas de distribución de libros en Colombia son muy defectuosos. Algunas instituciones almacenan una enorme cantidad de publicaciones ante la imposibilidad de distribuir las adecuadamente. Se recomienda la creación de una red de librerías universitarias que faciliten la distribución de libros, textos y revistas producidos por las mismas universidades.
5. En la enseñanza escolar, la historia del país no se propone como un conocimiento sino como un ritual de identificación patriótica. De esta manera se abre una brecha entre la investigación histórica y su divulgación. La difusión de los resultados de la investigación histórica, como en cualquier otra disciplina, presenta problemas pedagógicos, pero esto no quiere decir que deba someterse a un régimen de restricciones sobre lo que debe enseñarse o no a los estudiantes o sobre lo que conviene que éstos aprendan.

Se recomienda propiciar la creación de un grupo permanente de trabajo dedicado al estudio y a la discusión de textos escolares.



este libro se terminó de imprimir en agosto de 1997
en los talleres de tercer mundo editores.
cra. 19 no. 14-45, tels.: 2772175 - 2774302 - 2471903.
fax 2010209 apartado aéreo 4817
santafé de bogotá, colombia.

BIBLIOTECA
GERMAN COLMENARES

TERRITORIOS Y CIUDADES

- I Historia económica y social de Colombia - I. 1537/1719
- II Historia económica y social de Colombia - II. Papayán: una sociedad esclavista
- III Cali: terratenientes, mineros y comerciantes, siglo xviii
- IV Haciendas de los Jesuitas en el Nuevo Reino de Granada, siglo xviii
- V La Provincia de Tunja en el Nuevo Reino de Granada. Ensayo de historia social (1539-1800)

CRÍTICA Y ENSAYO

- VI Partidos políticos y clases sociales
- VII Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre historiografía hispanoamericana del siglo xix
- VIII Ricardo Rendon: una fuente para la historia de la opinión pública
- IX Ensayos sobre historiografía

VARIA

- X Selección de textos

GERMAN COLMENARES

- XI Ensayos sobre su obra

Ordenado con un criterio puramente cronológico, el libro se inicia con "Ciencia histórica y tiempo presente", seguido de cuatro ensayos representativos de la producción historiográfica de Colmenares, y se cierra con una mirada al "Estado de desarrollo e inserción social de la historia en Colombia", sin dejar de lado uno que analiza el caso de la Escuela francesa de *Les Annales*, cuya influencia es notable en la metodología utilizada por el autor.

